

JESUCRISTO Y LA SALVACIÓN DEL HOMBRE

3º Edición

Néstor Alejandro Ramos
Matías Zubiria Mansilla
Alberto del Valle Utrera
Fr. Horacio Ibañez O.P.



UNIVERSIDAD
FASTA

Universidad FASTA ediciones
Mar del Plata, Argentina
2010 -2016 Bicentenario de la Patria

Serie – Textos de Cátedra – Teología

Jesucristo y la salvación del hombre

Néstor Alejandro Ramos

Matías Zubiría Mansilla

Horacio Ibáñez O.P.

Alberto Del Valle Utrera

3ra edición.

Universidad FASTA

Gran Canciller

Fr. Dr. Aníbal Ernesto Fosbery O.P.

Rector Dr. Juan Carlos Mena

Vicerrector de Formación Pbro. Dr. Néstor Alejandro Ramos

Vicerrector Académico Dr. Alejandro Gabriel Campos

Vicerrector de Asuntos Económicos CPN. Pablo Federico

Vittar Marteau

Delegado Rectoral para la Subsede Bariloche

Dr. Hector Luis Partridge

Departamento de Formación Humanística

Director Lic. Matías Zubiría Mansilla

Jesucristo y la salvación del hombre

Néstor Alejandro Ramos

Matías Zubiría Mansilla

Horacio Ibáñez O.P.

Alberto Del Valle Utrera

3ra edición

Universidad Fasta Ediciones

Mar del Plata, 2010

Ramos, Néstor Alejandro

Jesucristo y la salvación del hombre / Néstor Alejandro Ramos; Matías Zubiría Mansilla; Horacio Ibáñez ; Alberto Del Valle Utrera – 3a ed. – Mar del Plata: Universidad FASTA, 2010.

EBook. eISBN 978-987-1312-29-0

1. Espiritualidad Cristiana. I. Matías Zubiría Mansilla. II Horacio Ibáñez. III Alberto Del Valle Utrera. IV Ravasi, José Miguel, adapt. V Título

CDD 248.5

Nada obsta a la Fe y Moral católicas para su publicación. Fray Dr. Aníbal Fosbery O.P.

Puede imprimirse. S.E.R. Mons. Juan Alberto Puiggari. Mar del Plata, 05 de agosto de 2003

eISBN 978-987-1312-29-0

Diseño de tapa: DG Fernando Salerno.

Responsable de Edición Lic. José Miguel Ravasi.

© 2010 Universidad FASTA Ediciones.



Jesucristo y la salvación del hombre by [Universidad FASTA](#) is licensed under a [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-Sin ObraDerivada 3.0 Unported License](#).

Índice

<i>Introducción</i>	1
<i>Capítulo 1. El Misterio de Cristo en las Sagradas Escrituras</i>	5
1. El Misterio de Cristo en el Antiguo Testamento	7
1.1. La historia de Israel	11
2. El Misterio de Cristo en el Nuevo Testamento	21
2.1. Los misterios de la vida de Cristo	22
<i>Capítulo 2. El Salvador</i>	37
1. Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre	40
2. Naturaleza divina y naturaleza humana en Cristo	42
3. Una sola Persona divina	46
4. La Redención: misión de la segunda Persona divina	49
5. Dos conocimientos en Cristo	52
6. Dos voluntades en Cristo	57
<i>Capítulo 3. La Iglesia y su misión</i>	63
1. La Iglesia como Pueblo de Dios	64
1.1. El Pueblo de Dios en el Antiguo Testamento	68
2. La Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo	78
3. La Iglesia como Sacramento universal de salvación	85
<i>Capítulo 4. Propiedades de la Iglesia</i>	93
1. La unidad de la Iglesia	94
2. La santidad de la Iglesia	100
3. La catolicidad de la Iglesia	102
4. La apostolicidad de la Iglesia	104
4.1. La sucesión apostólica	104
4.2. La apostolicidad como comunión de personas	106
4.3. La comunión de las iglesias locales con la Iglesia de Roma	106
4.4. La jerarquía eclesial	107
4.5. El ministerio episcopal	110

Capítulo 5. Necesidad de la Iglesia para la salvación	119
1. El concepto de salvación en la Iglesia Católica	119
2. La Iglesia es necesaria para la salvación	121
3. La Iglesia como “sacramento de Cristo”	124
4. Cristo como Mediador	130
5. La fe como adhesión a Dios y a su Verdad	137
Capítulo 6. La salvación en el más allá	143
1. La búsqueda del más allá en las religiones comparadas	144
1. Escatología individual: Muerte y destino del individuo	145
2. Escatología a nivel colectivo: destino de toda la humanidad o fin de la historia	146
3. Acto final (germano-escandinavo): no hay eternidad ni vida divina	147
4. Otra forma de caracterizar la Historia, propia de estos tiempos, es la de analizar si tiene o no tiene salida	148
2. El destino del hombre a la luz de la fe católica	148
2.1. “Creo... en la resurrección de la carne y en la vida eterna [...]”	149
3. Escatología individual.	150
3.1. Teología de la muerte (realidad y misterio)	150
4. Escatología intermedia - El Purgatorio	160
4.1. Existencia del Purgatorio	161
4.2. Desigualdad de las penas	168
4.3. Duración	169
5. Escatología colectiva	172
5.1. Juicio final	172
5.2. El Cielo	174
5.3. El Infierno	184
6. Fe cristiana y reencarnación. La unicidad de la persona humana. Los problemas de la reencarnación	193
6.1. El concepto de reencarnación y su origen en la filosofía antigua	193
6.2. La difusión de esta creencia en la actualidad. Respuesta de la fe católica	196

6.3. El contexto de la reencarnación que se difunde en nuestros días	199
6.4. Incompatibilidad con la fe cristiana	202
Anexo	205
<i>Espiritismo o invocación de los espíritus</i>	205
1. La evocación de los espíritus	205
2. El espiritismo en el Antiguo Testamento	208
3. El espiritismo en el Nuevo Testamento	209
4. El problema en la actualidad	210
<i>Capítulo 7. Religiones. 1. La religión de Israel</i>	213
1.1. La Alianza de Dios con el pueblo de Israel	213
1.2. El Dios de Israel	214
1.3. El credo	216
1.4. La liturgia hebrea	218
2. El Islam	219
2.1. Los fundamentos del Islam	222
2.2. El Dios del Islam	223
2.3. Los dogmas fundamentales del Islam	225
2.4. Algunas notas de la sociedad islámica	226
3. Las Religiones de la India	227
3.1. El Hinduismo	227
3.2. Budismo	231
<i>Capítulo 8</i>	237
<i>La búsqueda de la salvación y las sectas</i>	237
1. ¿Qué es una secta?	237
2. Diferencia entre Religión y Sectas	238
3. Características distintivas de las sectas	239
4. Diferentes tipos de sectas	241
5. Las principales sectas	243
5.1. Los Pentecostales	243
5.2. El Ejército de Salvación	244
5.3. Testigos de Jehová	244
5.4. Umbandismo	245

5.5. Mormones	246
5.6. Niños de Dios	247
5.7. Los Mennonitas	248
5.8. Grupos Espiritistas	248
5.9. Grupos Gnósticos	249
5.10. Hare Krishna	249
5.11. Iglesia del Reverendo Moon	250
5.12. Sectas Platillistas	251
5.13. Siloísmo	251
5.14. Sectas destructivas	252
Conclusión	253
Bibliografía	256

Introducción

El texto que presentamos responde a la necesidad que se nos presentó de ofrecer a nuestros alumnos de la Universidad FASTA (Mar del Plata) una síntesis de los temas que enseñamos en la cátedra de Teología. Por eso, tiene todos los límites propios de una síntesis de temas distintos y complejos, y conviene tener presente la perspectiva desde la cual abordamos los temas.

Pretendemos hablar de la salvación o bien de la felicidad y de la plenitud del hombre, de aquello que realmente puede satisfacer las ansias de realización que todo ser humano tiene. Por eso, nos abocamos a la realización espiritual, pues el hombre está hecho de tal manera que no puede ser feliz de cualquier forma, sino poniendo en acto sus potencialidades tanto sensitivas como espirituales.

La naturaleza espiritual del hombre hace que no pueda llenarse con cualquier cosa, sino que busque naturalmente una Verdad que pueda saciar su inteligencia y un Bien que colme la capacidad de amar de su voluntad. Esa Verdad y ese Bien no pueden encontrarse sino en Dios: un Ser trascendente y personal que se comunica con los hombres.

En este volumen, pretendemos exponer sintéticamente la forma en que el hombre alcanza esa realización espiritual o salvación, cómo se encuentra con la Verdad y el Bien y en qué consiste esa plenitud que se inicia en el tiempo y se perfecciona en la eternidad.

Para ello, comenzamos con el tema de Cristo. En efecto, la salvación para el cristianismo no pasa por una teoría de vida, sino por el encuentro con Dios en la Persona de Cristo. El primer capítulo, escrito por el prof. Matías Zubiría, explica la concepción bíblica de la salvación y el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento en Jesús, el Mesías

divino. El texto señala los rasgos que permiten descubrir la entraña de este misterio: el aspecto humano y el aspecto divino de una Persona que es, a la vez, Dios y hombre. La Revelación es, entonces, el primer paso de este intento por conocer a la Persona del Salvador.

Por ello, el tema del segundo capítulo es la Persona divina y consiste en un sintético intento por exponer el esfuerzo que la Teología ha hecho a lo largo de los años para explicar la unión de dos naturalezas en Cristo y las consecuencias que ello tiene. Cristo es el único Salvador y Mediador entre los hombres y Dios, porque sólo en Él se unen estos dos extremos: la naturaleza humana y la naturaleza divina.

De esta forma, la idea central de nuestro texto es que no hay salvación fuera de Cristo; además, tampoco se necesita sumarle otras verdades religiosas, porque su Verdad respecto de Dios y de los hombres es la Revelación divina, plena y definitiva.

A continuación, tratamos acerca de la Iglesia por ser ella la que prolonga en el tiempo la misión salvífica que iniciara Jesús con su sacrificio en la Cruz. Dios quiso que la salvación no fuera un hecho individual, subjetivo, interno; sino que, para salvarse, el hombre contara con la asistencia de otros hombres. Lo humano se convierte, entonces, en instrumento de la acción de Dios: primero, en el mismo ser de Cristo, y luego, por la elección de hombres que realicen acciones salvíficas en nombre de Dios.

La Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo y está al servicio de Él. Por eso, resulta ser un espacio donde los hombres pueden hallar la plenitud de los elementos salvíficos. Ella reconoce los elementos de Verdad y de gracia que hay en las otras comunidades cristianas, así como la Verdad sobre el único Dios que enseñan el judaísmo y el islamismo; también ve la búsqueda de Dios en la experiencia religiosa de tradiciones como el budismo o el hinduismo; pero no deja de

decir que tiene conciencia clara de ser el instrumento del único Mediador y Salvador entre los hombres, que es Cristo.

Fray Horacio Ibáñez, O. P., es el autor del capítulo que completa la noción de salvación, es decir, su realización en el más allá y el acceso que tiene el hombre a ella. Siguiendo fielmente el texto sagrado y el magisterio eclesial, trata de la Vida eterna, del Cielo, del Purgatorio, del Juicio y del Infierno. Finaliza esta reflexión un anexo en el que tratan dos temas vinculados a la Vida eterna:

1- la posibilidad de comunicación con los seres difuntos, según la doctrina cristiana;

2- la reencarnación como forma de negación de la salvación personal y definitiva, como enseña el cristianismo.

Habiendo llegado a este punto es que podemos concluir en que la salvación consiste en un encuentro personal con Dios, en una visión cara a cara con Él, que sólo puede darse en la Vida eterna; y que es voluntad de Dios que todos los hombres se salven, aunque de ninguna manera resulta una imposición, sino más bien un don que se acepta o rechaza libremente.

De allí que quisimos agregar un último tema a nuestro estudio: la “salvación” en las sectas, a cargo del prof. Alberto Utrera. El reclamo de los alumnos en clase hizo que le diéramos a esta cuestión un espacio cada vez mayor; por eso, en forma sintética, se exponen aquí los componentes doctrinales, psicológicos y sociales de la desvirtuación de una genuina experiencia religiosa, que se produce en las sectas.

Si bien hay más cosas por decir y más textos para profundizar, este libro que presentamos tiene como fin servir de síntesis introductoria para los alumnos.

La verdad más urgente para enseñarle a los hombres de hoy es el valor de la persona humana como imagen y semejanza de Dios. Para ello, es necesario que descubran que el modo que tienen de encontrar y vivir esta Verdad a través de Cristo, la Imagen de Dios invisible.

Capítulo 1. El Misterio de Cristo en las Sagradas Escrituras

Lic. Matías E. Zubiría Mansilla

Siempre que hablamos de un misterio lo hacemos en relación a aquello que no se conoce con la sola fuerza natural de la razón, sino que se necesita la luz de la **Fe** para poder aceptarlo, es decir, que es **suprarracional** (supera la razón humana).

San Pablo dice: «es la revelación del misterio, tenido secreto en los tiempos eternos, pero manifestado ahora mediante los escritos proféticos, conforme a la disposición de Dios eterno, que se dio a conocer a todas las gentes para que se rindan a la fe» (Rom 16,25-26).

Como podemos observar, el misterio tiene las siguientes características:

1. El misterio es un secreto de Dios.
2. Sólo puede ser conocido por la Revelación que Dios nos hace.
3. La Revelación es un misterio del amor de Dios.
4. A pesar de que se revela, sigue siendo insondable.

Desde esta perspectiva es que encaramos nuestro estudio cristológico: desde el misterio revelado por Dios a todos los hombres. En esta unidad, buscaremos responder la siguiente pregunta: ¿quién es Cristo?

Para encontrar la respuesta, nos detendremos primero en las Sagradas Escrituras, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, para luego encontrar el desarrollo de los dogmas fundamentales sobre Jesús de Nazaret: el Misterio de la Encarnación, la Unión Hipostática y la misión Redentora del Hijo.

Recomendamos, para una mejor comprensión de esta unidad, que sea leída con una Biblia en la mano, ya que será necesaria la búsqueda de muchos pasajes que hacen referencia y descubren el misterio revelado por Cristo, que es Dios mismo hecho hombre.

1. El Misterio de Cristo en el Antiguo Testamento

«Escudriñad las Escrituras... pues ellas dan testimonio de mí» (Jn 5,39).

Cabe hacernos una pregunta: ¿es necesario estudiar el Antiguo Testamento para conocer a Cristo?

La *Dei Verbum* dice:

«Dios amantísimo, buscando y preparando solícitamente la salvación de todo el género humano, con providencial favor se eligió un pueblo, a quien confió sus promesas. Hecho, pues, el pacto con Abraham (cf. Gn 15,18) y con el pueblo de Israel por medio de Moisés (cf. Ex 24,8), de tal forma se reveló con palabras y con obras a su pueblo elegido como el único Dios verdadero y vivo, que Israel experimentó cuáles eran los caminos de Dios con los hombres, y hablando el mismo Dios por los Profetas, los comprendió más hondamente y con más claridad de día en día, y los difundió ampliamente entre las gentes (cf. Sal 21,28-29; 95,1-3; Is 2,1-5; Jer 3,17). La economía, pues, de la salvación preanunciada, narrada y explicada por los autores sagrados, se conserva como verdadera palabra de Dios en los libros del Antiguo Testamento; por lo cual, estos libros, inspirados por Dios conservan un valor perenne: “Pues todo cuanto está escrito, para nuestra enseñanza fue escrito, a fin de que por la paciencia

y por la consolación de las Escrituras estemos firmes en la esperanza” (Rom 15,4)»¹.

Otros textos significativos sobre la pregunta que nos hicimos:

Lc 1,68 s.: «Bendito el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo y levantó a favor nuestro un cuerno de salvación en la casa de David, su siervo, como lo había prometido por la boca de sus santos profetas desde antiguo, para... acordarse de su alianza santa, el juramento que juró a Abrahán, nuestro padre...» (cf. Lc 1,54-55).

Jn 4,22: «Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judíos» (cf. Rom 9,11).

Mt 5,17: «No he venido a abrogarla [a la ley], sino a consumarla».

Heb 1,1: «Muchas veces y en muchas maneras Dios habló en otro tiempo a nuestros padres por el ministerio de los profetas, últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo...».

1 Ped 1,10-12: «Acerca de la cual [la salvación] inquirieron e investigaron los profetas que vaticinaron la gracia a vosotros destinada,

¹ Concilio Vaticano ii, Constitución Dogmática Dei Verbum sobre la Divina Revelación (DV), Roma, 18 de noviembre de 1965, 14.

escudriñando qué y cuál tiempo indicaba el espíritu de Cristo, que en ellos moraba y de antemano testificaba los padecimientos de Cristo y las glorias que habían de seguirlos. A ellos fue revelado que no a sí mismos, sino a vosotros, servían con esto, que os ha sido anunciado ahora por los que os evangelizaron, movidos por el Espíritu Santo, enviado del cielo y que los mismos ángeles desean contemplar» (cf. 1 Cor 10,11).

Ef 3, 4-5: «Por su lectura [de lo que anteriormente os he expuesto] podéis conocer mi inteligencia del misterio de Cristo, que no fue dado a conocer a las generaciones pasadas, a los hijos de los hombres, como ahora ha sido revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu. Que son los gentiles coherederos y miembros todos de un mismo cuerpo, copartícipes de las promesas por Cristo Jesús mediante el evangelio» (cf. Mt 13,17; y también Jn 8,56).

Rom 16,25-26: «Al que puede confirmarnos según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio, tenido secreto en los tiempos eternos, pero manifestado ahora mediante los escritos proféticos, conforme a la disposición de Dios eterno, que se dio a conocer a todas las gentes...».

Con esto, podemos sacar algunas conclusiones:

a) Tanto el AT como el NT constituyen un solo y mismo misterio: la realización en Cristo del designio de Dios sobre el mundo. Pero representan dos etapas distintas en la realización de este único misterio: una de

preparación, que es el Antiguo Testamento; otra de realización definitiva *en Cristo*, que es el Nuevo Testamento.

b) El AT no es todavía la plena manifestación del designio de Dios; éste sólo se da en Cristo, que es Dios mismo que nos habla.

c) El AT es un período de preparación, de expectativa y de esperanza; es el tiempo de la paciencia de Dios (cf. Rom 3,26). Su objetivo es preparar y hacer desear al que va a venir.

d) Por lo tanto, es prácticamente imposible introducirse realmente en el misterio de Cristo y comprender quién es Él si no se sitúa este misterio en su verdadero contexto: el del Antiguo Testamento.

Debemos comprender que Dios se revela paulatinamente al hombre, preparándolo para recibir esa Revelación con una hermosa y sutil pedagogía divina; por ejemplo, pensemos que nosotros no le enseñaríamos análisis matemático a un niño de jardín de infantes, ya que no está capacitado para poder comprenderlo; hace falta que pase tiempo y formación antes de llegar a esa instancia. Lo mismo hace Dios: luego de la caída del pecado original, comienza la historia de salvación, durante la cual Él mismo se revela, preparando a su pueblo con hechos y palabras intrínsecamente ligadas, para que, en la plenitud de los tiempos, pueda conocer a Jesús de Nazaret, Dios hecho hombre.

En esta primera parte del tema, trazaremos el camino que Dios hizo recorrer a su pueblo, preparándolo para la venida de Cristo; el pueblo que aguardó y esperó una salvación, y que aguardó y esperó a un Salvador.

1.1. La historia de Israel

¿Por qué los israelitas reconocieron a Jesús como el Mesías, el Salvador? ¿Qué es lo que ellos sabían para poder darse cuenta de quién era Cristo? ¿Por qué las palabras del Mesías, por momentos, hablan sobre dar cumplimiento a lo que está escrito?

Podemos hacernos muchas preguntas más; la respuesta siempre referirá a lo que ellos esperaban, al tiempo de la preparación, al aprendizaje previo realizado por el Pueblo a través de su historia.

La plenitud de la Revelación es Cristo; por lo tanto, todo lo hecho y dicho antes de Él por Dios es lo que lleva hacia esa plenitud. Veremos sintéticamente cómo Dios prepara al Pueblo de Israel, a través de las diferentes etapas de su historia, para este gran misterio divino que se llama Jesucristo. Se produce, entonces, una experiencia, una espera y una purificación progresiva de la idea de salvación: desde el drama del pecado a la esperanza del Dios que salva.

Para profundizar sobre este tema, recomendamos la lectura de FAYNEL PAUL, *Jesucristo es el Señor*, Salamanca: Sígueme, 1968.

1.1.1. El pecado original y el protoevangelio

«Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer y entre tu linaje y el suyo; él te aplastará la cabeza mientras tú le acechas el calcañar» (Gn 3,15).

No nos detendremos en los detalles del texto bíblico que, como está visto, no refiere a un relato histórico², pero es importante aclarar que el relato del pecado original del libro

² Cfr. Ramos, Alejandro, *Antropología Teológica*, Buenos Aires, Agape y Universidad FASTA, 2007, cap. I y II.

del Génesis es, en definitiva, el tema de fondo. Por ese pecado cometido por el primer Adán es que esperaremos al segundo Adán, que es Cristo, el Salvador.

Tengamos en cuenta los siguientes puntos:

a) La justicia original: en el relato del Génesis, se manifiesta que el estado original del mundo es una comunión: la comunión perfecta del hombre con Dios (Gn 3,8), la comunión del hombre con la naturaleza (Gn 1,28-30), la comunión del hombre consigo mismo y con sus semejantes (Gn 2,25; compárese con 3,10-21); y coronando y acabando todo este misterio de unidad, el privilegio muy significativo de la inmortalidad (Gn 3,3).

b) El pecado original: luego aparece el pecado en el mundo. Frente a los dones dados por Dios, el hombre responde con el pecado, desobedeciendo la ley del Creador. Con esto se rompe la armonía original, la comunión perfecta. Aparece la división, la oposición, la ruptura: del hombre con Dios (Gn 3,23), del hombre con la naturaleza (Gn 3,18-20), del hombre consigo mismo (Gn 3,7) y con sus semejantes (Gn 4,8); y finalmente, ruptura y enfrentamiento supremo: la muerte (Gn 3,19). Pero no hay que separar nunca al primer Adán del segundo (cf. Rom 5). En efecto, si Dios permite hoy esta solidaridad universal en el mal, es precisamente porque Él ve y quiere, al mismo tiempo, la solidaridad de todos los hombres en Cristo. El primer Adán no es más que la figura de Aquél que había de venir (cf. Rom 5,14).

c) El protoevangelio: ésta es la primera promesa de salvación. Dios no se da por vencido al ver su obra desordenada por el pecado del hombre. Junto con el pecado, aparece la primera señal de salvación, es decir, la primera promesa que se llama

protoevangelio (*proto*: preparación, *evangelio*: buena noticia). En Gn 3,15, Dios dice a la serpiente: «enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo, él te pisará la cabeza mientras tú le acechas el calcañar». ¿Quién puede vencer a la serpiente, aplastarle la cabeza?, ¿puede hacerlo el hombre que, estando en un estado de comunión plena con Dios, no lo logró y ahora está herido por la marca del pecado original? Evidentemente, le pisará la cabeza Aquél que esté sobre ella: ése es Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Para que podamos verlo con más claridad, en el libro del Apocalipsis, Juan nos dice: «y fue arrojado el gran Dragón, la Serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero; fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él. Oí entonces una fuerte voz que decía en el cielo: Ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios y la potestad de su Cristo, porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche delante de Dios...» (Apoc 12,9-10).

d) El mundo de pecado: los capítulos 4-11 del Génesis subrayan el dominio del pecado en el mundo y, a su vez, muestran la gracia que obra Dios en ese mundo, como pasa, por ejemplo, con Noé (Gn 7). Allí se ve a Dios dispuesto a aniquilar todo, pero su misericordia triunfa.

1.1.2. Abrahán y la primera alianza

«Para hacer la misericordia de nuestros padres, y acordarse de su alianza santa, el juramento que juró a Abrahán, nuestro padre» (Lc 1,72-73).

Aquí nos encontramos con el comienzo de la historia de la salvación, la cual comienza con Abrahán. Por primera vez, Dios entra en la historia del hombre para rescatarlo. Elige a uno que se llama Abrahán y, con una promesa solemne, se

compromete a hacer de él el padre de una multitud de pueblos: «aquél por quien serán benditas todas las naciones de la tierra» (Gn 12,3; 15,1s.; 17,1s.). Este hombre se llamaba hasta entonces «Abram», pero en adelante, se llamará «Abrahán» (Gn 17,5). Para los semitas, el nombre significa lo que uno es; así Dios, al cambiarle el nombre, le cambia el ser, al modo de una *conversión*.

Enseguida, Dios estipula con Abrahán una alianza: «Yo establezco contigo, y con tu descendencia después de ti por sus generaciones, mi pacto eterno de ser tu Dios y el de tu descendencia después de ti» (17, 7). Esta promesa/alianza es:

1. *Gratuita*: la salvación la obra Dios en el hombre de manera incondicional. Dios da el cordero del sacrificio que reemplaza a Isaac, su hijo (Gn 22,13).

2. *Universal*: Dios dice explícitamente “todas las naciones de la tierra”; si bien se origina con la raza de Abrahán en este tiempo de preparación, está destinada a todos. Esta característica se cumple con la Alianza eterna y definitiva en Cristo (cf. Gál 3,26-28).

3. *Dios sólo pide una respuesta de fe*: si bien Dios da gratuitamente, pide que su don sea aceptado y acogido libremente. Esto implica un compromiso no sólo de la razón, sino de la vida. La salvación es obra de Dios, uno solo es incapaz de lograrla sin la fe. En esta promesa, el sacrificio de Isaac (Gn 22) es una muestra de la respuesta del hombre a Dios.

4. *El objeto de la promesa es doble y único*: Dios promete heredero y herencia, descendencia y tierra; y es Cristo quien cumple plenamente esta doble condición. Esta promesa será la que, en adelante, va a atravesar toda la historia religiosa de Israel: «Acuérdate

del juramento que juraste en otros tiempos a nuestro padre Abrahán» (Ex 32,13).

1.1.3. Moisés y el Éxodo

«Dios oyó sus gemidos, y se acordó de su alianza con Abrahán, Isaac y Jacob. Miró Dios a los hijos de Israel, y atendió» (Ex 2,24-25).

Ésta es la *primera realización* de la promesa hecha a Abrahán. Dios salva a su pueblo de la esclavitud de Egipto, prefigurando así misteriosamente la gran liberación de los hombres en Jesucristo. Nuestra pascua, la que es realmente nuestra, es el Señor.

Lo que sucedió en Egipto es bien conocido por todos. Por ello, no recordaremos aquí más que sus rasgos principales.

Desde hace 400 años, los israelitas están sometidos al yugo de los egipcios. Hoy, desfallecen bajo este yugo. Mortero, ladrillos y labores agrícolas, nada se les ha ahorrado (cf. Ex 1,14). Es esclavitud verdaderamente, con todo lo que tiene de doloroso y humillante; se los golpea (2,11) y se asesina a sus recién nacidos (1,22).

Pero Dios se acuerda de ellos, hace de Israel su pueblo y elige nuevamente a un hombre: Moisés. A él le revela su propio nombre: “Yo soy” (cf. Ex 3,13-16).

Dios renueva a través de Moisés la alianza con su pueblo, la cual es sellada con un sacrificio, signo de su concreción. Pero en este caso, Dios pide una contrapartida: como Israel ya cree en Él y ya conoce a Abrahán, ahora le da *una Ley* que deberá cumplir.

Los rasgos principales de estos hechos son los siguientes:

1. *El éxodo es una liberación*: la experiencia que el Pueblo tiene de este hecho histórico es que *Dios salva*. Yahveh es el único Salvador de la esclavitud. Si bien en estos tiempos la salvación refiere a una esclavitud terrenal, como es estar presos en un país, esto será capital en la formación de la conciencia de Israel: *Dios salva de la esclavitud del pecado* (hecho obrado por Cristo). A esto nos referimos al principio cuando dijimos que la idea de salvación se va purificando a lo largo de la historia, a través de los hechos y palabras obrados por Dios en su pueblo.

2. *Este misterio de salvación es un misterio de alianza y compromiso*: la alianza adquiere una amplitud y una fuerza renovadas, porque no sólo todo el pueblo es llamado a participar en ella guardándola y obedeciendo la ley (Ex 19,5), sino que hay más todavía: precisamente a causa de esta ley y del compromiso recíproco que ella supone, se convierte realmente en la base de la vida religiosa de Israel. Por la alianza, Dios y el hombre terminan por vincularse y comprometerse recíprocamente; éste es verdaderamente el misterio de *Dios-con-nosotros*. El compromiso de Dios – digámoslo una vez más– es un compromiso gratuito e incondicional; es un don de gracia. Sin embargo, Dios exige una contrapartida humana, porque da, pero quiere que su don sea libremente aceptado por el hombre, o mejor todavía, exige una colaboración: la Ley. Dios da, pero exige que el hombre conquiste, en cierta manera, lo que Él le da.

No sólo será Cristo quien realice la alianza, sino que Él mismo será la alianza, la unión sustancial entre Dios y el hombre, el verdadero Dios con nosotros.

3. *La alianza quedará sellada por un sacrificio (Ex 24,1-8)*: Dios da libremente y exige al hombre que haga sacrificios en su nombre, aunque

sean estériles. Por ello, es esencial comprender este sentido del sacrificio.

Hoy en día, si hacemos un trato/alianza con alguien, firmamos un documento que significa el compromiso asumido. En aquel tiempo, los sacrificios eran lo que significaba el sellar/firmar una alianza. Por este motivo, si no había sacrificio, no había alianza, porque no había testimonio de haberla efectivizado. Esto es fundamental para comprender el sacrificio de Cristo, el Cordero del sacrificio Pascual; Él es la alianza (Dios-hombre) y ésta se sella con el sacrificio que Él mismo lleva a cabo.

Por este motivo, se insiste tanto en la necesidad de la muerte de Cristo para hacer efectiva la alianza de Dios con el hombre, la cual se lleva a cabo con la Encarnación del Verbo y se sella con el Sacrificio del Cordero. El resultado de la Alianza nueva y eterna es la reconciliación del hombre con Dios.

4. La historia de Israel es la historia de esta alianza: En adelante, toda la vida de Israel debe ser dirigida y orientada por ella. La historia de Israel es la historia de la fidelidad de Dios hacia los hombres, en contra de todas las infidelidades de ellos hacia Él. Dios aparece ya en esta historia como Aquél que sabe sacar bien del mal, haciendo que los pecados de los hombres sirvan a su designio de salvación. Concretamente, es la experiencia progresiva de la salvación: desde las primeras promesas realizadas (la entrada a la Tierra prometida, la victoria sobre los enemigos, etc.) hasta la esperanza acrecentada de que Dios permanecerá fiel a su palabra dirigiendo la historia.

Es en este contexto, que los castigos no tienen, a fin de cuentas, más que una sola finalidad: lograr que Israel adquiera conciencia de su pecado haciéndole experimentar que, fuera de Dios, no existe ningún Salvador. En definitiva,

es por esto que al Antiguo Testamento se lo reconoce como “el tiempo de la *paciencia de Dios*”.

1.1.4. David y el Mesianismo real

«Y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre» (Lc 1,32).

La institución de la realeza representa en la historia del Pueblo elegido una etapa decisiva. Nada más curioso, por otra parte, que la aparición y la evolución de esta idea de la realeza.

Israel pide a Dios un rey; la petición no carece de peligro. Israel, como hemos dicho ya, no es un pueblo como los demás. Es preciso que por nada del mundo lo olvide y que, so pretexto incluso legítimo de tener un rey “como las demás naciones”, no llegue a rechazar a su único y verdadero Rey: Yahveh. Sin embargo, Él acepta el riesgo, y enseguida estamos ante el gran éxito: el prestigioso reino de David y de Salomón.

Y este éxito es apoyado y consagrado por Dios, porque es su promesa solemne. Él asegura a David que lo acompañará y que consolidará su trono y su reino para siempre (2 Sam 7,11-16). En un sentido, por tanto, nada ha cambiado en el régimen profundo del Pueblo de Dios. Es siempre Yahveh, y sólo Yahveh, el rey de Israel. Pero, así como hasta entonces Él ha sido rey directamente, en adelante, va a tener un lugarteniente en la persona de su Ungido (1 Cro 28, 5).

Así surge, por lo tanto, el *mesianismo real*, uno de los acontecimientos que va a marcar más profundamente el alma del pueblo judío, aun en nuestros días. El primer anuncio del gran misterio de la salvación comienza con aquellas palabras: «Y concebirás en tu seno y darás a luz un hijo... Él será grande... Y le dará el Señor Dios el trono de David, su

padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin» (Lc 1,32).

Si prestamos atención a la historia de Israel, veremos que el mesianismo real es un modo de entender la salvación. En aquel tiempo, por el éxito obtenido con David y Salomón, el Pueblo de Israel concibe la salvación con características nacionales y políticas: a través de un caudillo como David, debe gobernar a todas las naciones de la tierra para dirigir las hacia Dios.

Por ello es que después considera que el Salvador esperado será un Rey que gobierne con cetro de hierro, se sienta en un trono a gobernar de forma efectiva política y nacionalmente. Justamente, Cristo buscará en su predicación que no confundan su misión mesiánica espiritual con este personaje nacional y político. Esta idea de salvación se purificará en los años siguientes a causa del destierro.

1.1.5. Los profetas y el destierro

«He aquí que vienen días, oráculo de Yahveh, en que yo haré alianza con la casa de Israel y la casa de Judá, no como la alianza que hice con sus padres (una alianza nueva)» (Jer 31,31).

Luego del esplendor del pueblo en la época de los reyes, vendrá otra etapa dolorosa, pero rica en la vida espiritual: la invasión de los babilonios que lleva al destierro del pueblo y a la destrucción del templo. Dice Faynel:

«Es ésta la época de la gran humillación del pueblo elegido; y es al mismo tiempo la de las más hermosas y ricas esperanzas. Golpe a golpe, toda una serie de catástrofes se abaten sobre Israel. En primer lugar el cisma, después el fin del reino de Judá, luego el desierto y deportación a Babilonia, más tarde la diáspora, las persecuciones, etc. Es

realmente un milagro que Israel no sucumba a la tormenta: por suerte, tiene sus profetas que le hablan una y otra vez del amor indefectible de Yahveh hacia él, y que le ayudan a interpretar en este sentido los acontecimientos dolorosos por los que va a atravesar».

Entonces, aparecen los profetas del destierro que predicarán en torno a tres grandes temas:

a) la fidelidad absoluta de Dios hacia su pueblo;

b) la necesidad de una nueva alianza eterna renovada. No se debe pensar ya solamente en la posesión de un reino terrenal, sino en el Reino de Dios sobre esta tierra: un Reino de justicia y de santidad (Am 9,10; Is 29,19-21); la superación de perspectivas hasta entonces demasiado nacionalistas. En este sentido, se dice que esta nueva alianza será universal. Todo tiene su razón de ser: puesto que lo esencial es la fidelidad, la circuncisión del corazón (Jer 4,4; Is 56,3-8; Ez 20,28), no se ve por qué ésta ha de ser monopolio de Israel según la carne, es decir, según la raza. Este paso será tan difícil y doloroso para los israelitas que, en tiempos de Cristo, incluso cierto número de ellos permanecerá tenazmente opuesto a Él. Ahí estará realmente una de las mayores dificultades frente a este gran misterio de universalismo y catolicidad que es Cristo (Ef 2,11-18).

Para concluir, en estas etapas de la historia de la salvación, Dios prepara a su Pueblo con una sutil y eficaz pedagogía divina, que permitirá reconocer, en la plenitud de los tiempos, al Mesías, Rey y Profeta Celestial, esperado durante tantos años.

La idea de salvación se irá purificando paso a paso hasta que se pueda comprender aquello que está

implícitamente revelado: Aquél que viene será el mismo Dios hecho uno de nosotros. Toda la historia de Israel avanza precisamente en esta dirección, en la medida misma en que se conserva en el alma del Pueblo elegido:

1) la convicción de que Yahveh se interesa por él, y de que incluso es Él, en definitiva, el único verdadero dueño de su historia;

2) la espera del “día de Yahveh” que será, precisamente, la gran manifestación de este dominio y de ese amor de Yahveh hacia su pueblo. Hasta el mismo profeta Isaías espera diciendo: «¡Oh, si rasgaras los cielos y bajaras!» (63,19).

2. El Misterio de Cristo en el Nuevo Testamento

Ahora abordaremos el estudio bíblico cristológico desde el Nuevo Testamento, a través de los misterios de la vida de Jesús.

A partir de estos misterios, descubriremos dos datos principales:

1) Cristo es quien estamos esperando según las promesas hechas desde antiguo; Él es el objeto de la promesa de la Antigua Alianza;

2) Jesús de Nazareth es verdadero hombre y verdadero Dios, dos naturalezas y una Persona divina, y tiene autoridad de perdonar los pecados, es decir, de redimir a todo el género humano.

Nos centraremos en los misterios principales:

1) el misterio de la Encarnación de Cristo;

2) las palabras y enseñanzas de Jesús;

3) los milagros de Cristo;

4) la Pasión y Muerte de Cristo;

5) la Resurrección de Cristo y Redención de los hombres.

2.1. Los misterios de la vida de Cristo

2.1.1. El misterio de la Encarnación de Cristo

- El Prólogo de Juan

El misterio de la Encarnación es en donde aparece con mayor claridad lo que Jesús de Nazareth es: el Hijo de Dios hecho hombre, *verdadero Dios y verdadero hombre*.

«En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe.

»En ella estaba la vida y la vida era luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron [...]

»Vino a su casa y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron les dio el poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; la cual no nació de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios.

»Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad [...]

»[...] Porque la ley fue dada por medio de Moisés: la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo.

»A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, Él lo ha contado» (Jn 1,1-18).

Nada más claro que el prólogo del evangelio de Juan para saber quién es Jesucristo:

- 1) la Palabra hecha carne;
- 2) la Palabra es Dios;
- 3) la Palabra es enviada por el Padre;
- 4) la Palabra dio el poder hacernos hijos de Dios (perdonar los pecados);
- 5) la Palabra es quien da la gracia;
- 6) LA PALABRA ES JESUCRISTO.

- Las genealogías de Jesús

Podemos conocer quién es Jesús a través de sus *genealogías*, las cuales se presentan en los Evangelios sinópticos. Éstas presentan a Cristo como el Mesías que había sido anunciado por los profetas, al que estábamos esperando desde el destierro causado por el pecado original. En definitiva, Aquél que iba a pisar la cabeza de la serpiente (cf. Gn 3,15).

Nos encontramos con dos genealogías: Mt 1,1-17 y Lc 3,23-38; ambas ponen de manifiesto la *naturaleza humana* de Cristo a través de su ascendencia; pero se distinguen en función de cuál es la ascendencia valedera en

cada caso. Por su nacimiento, es verdadero fruto de aquel Pueblo elegido y, por lo tanto, es descendiente de Abrahán; además, viene a salvar al género humano por ser descendiente de Adán (en Lucas); por último, es el Mesías por ser descendiente de David. Del pueblo de Israel, Jesús sacó la naturaleza de la carne, y así, ambas genealogías muestran el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento en la persona de Cristo.

- La Virgen María

«Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva» (Gal 4,4-5).

Jesús nace de la santísima Virgen María, mujer del linaje de David (bajo la ley)³. Royo Marín sostiene que fue *convenientísimo* que el Hijo de Dios se encarnase en una mujer, porque ella es quien suministra la materia necesaria para que la generación humana se efectúe por parte de madre⁴.

A partir de esto, se puede decir que el Verbo de Dios toma la naturaleza humana de María. Por lo tanto, tenemos en la concepción de Cristo una cosa natural y otra sobrenatural:

³ Cf. Royo Marín, A., OP, Jesucristo y la vida cristiana, Madrid, BAC, 1961, pp. 240-241.

⁴ Cf. Idem, pp. 240-241.

1) es natural que Cristo haya nacido de mujer; es decir, que recibió la materia que todo ser humano recibe de la mujer en la concepción;

2) es sobrenatural que Cristo haya nacido de una Virgen, es decir, que no conoció varón (Lc 1,34-35), con lo cual tenemos otra Persona que interviene: el Espíritu Santo.

- El Espíritu Santo

«María respondió al ángel: ¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón? El ángel le respondió: *el Espíritu Santo* vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios» (Lc 1,34-35; cf Mt 1,18).

Si bien la concepción de Cristo es obra de la Trinidad, se atribuye especialmente al Espíritu Santo la concepción de Cristo-hombre en el seno virginal de María; no como la segunda Persona de la Trinidad que fue engendrada desde tiempos eternos por el Padre. Esto es aclarado en varias oportunidades en las Sagradas Escrituras, es decir, la referencia a la obra del Espíritu Santo sobre la Virgen Madre de Dios (Mt 1,18; Mt 1,20; Lc 1,34-35).

Como podemos ver, se trata de un dogma donde «la sana razón descubre sin esfuerzo su perfecta posibilidad, teniendo en cuenta que se trata de una concepción milagrosa, sobrenatural, y nada es imposible para Dios (Lc 1,34)»⁵.

Aclaremos también que la concepción, animación y asunción del Verbo en la naturaleza humana de Cristo se realizó en un solo y mismo instante. Así lo dice implícitamente

⁵ Cf. Idem, pp. 243.

el ángel Gabriel: «Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y llamado Hijo del Altísimo» (Lc 1,31-32). Esto implica que el Hijo del Altísimo es concebido, lo que equivale a decir que, desde el primer momento, Cristo es Dios y Hombre.

2.1.2. Las palabras y enseñanzas de Jesús

«Yo he venido al mundo para dar testimonio de la verdad» (Jn 18,37).

Cristo no se entregó a una vida puramente contemplativa, sino que vino a dar testimonio de la Verdad para poder liberar al hombre del pecado, de modo que éste pueda llegar al Padre a través de Él. Por lo tanto, haremos una breve reseña de cómo, desde sus palabras y enseñanzas, manifiesta su misión: ser el Mesías y el Hijo de Dios.

A través de su humanidad, Cristo fue manifestando su divinidad, es decir, fue mostrándole a los apóstoles, progresivamente, que es Dios. Tengamos cuidado de no pensar que nuestro conocimiento causa su divinidad, ya que esto es absolutamente falso. Él siempre fue, es y será Dios. A través de lo visible, su humanidad deja ver lo invisible, que es su divinidad.

Podemos considerar los siguientes puntos:

1) Jesús fue develando poco a poco el secreto mesiánico: progresivamente y con cuidado, fue dando a conocer lo que Él es: *el Mesías y el Hijo de Dios*. No quiso causar confusión entre los judíos que, en aquel

tiempo, estaban esperando un caudillo que los liberara del yugo de los romanos⁶.

2) Para revelarse como Mesías, utilizó en su prédica un título personal: “*Hijo de hombre*”, el cual toma del profeta Daniel: «y he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia. A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás» (Dn 7,13-14). Como pueden ver, llamarse a Sí mismo Hijo de Hombre es atribuirse un título mesiánico. Hay varios textos significativos sobre el Hijo del hombre; por ejemplo: «Para que vean que el Hijo del Hombre tiene en la tierra el poder de perdonar los pecados» (Mc 2,10); otros textos lo presentan como el “*Siervo doliente*”: «comenzó a enseñarles cómo era necesario que el Hijo del hombre padeciese mucho, y que fuese rechazado por los ancianos y los príncipes...» (Mc 8,31); por último, manifiesta la venida gloriosa del Hijo del hombre profetizada por Daniel: «En verdad os digo que vosotros, los que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta sobre el trono de su gloria, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel...» (Mt 19,28); o también: la declaración solemne de Jesús que decidirá su muerte ante el Sanedrín: «¿Eres tú el Mesías, el hijo del Bendito?» Jesús dijo: “Yo soy, y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios y venir sobre las nubes del cielo” (Mc 14,61-62).

⁶ Cf. FAYNEL, P., *La Iglesia*, Barcelona, Herder, 1982, pp. 66-70.

3) La prédica a través de *parábolas*: éste es otro punto a destacar de la enseñanza de Cristo. Pero ¿por qué enseñaba por medio de parábolas? Él mismo responde: «Y acercándose los discípulos le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas? Él respondió: Es que a vosotros se os ha dado el conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no. Porque a quien tiene se le dará y le sobraré; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden. En ellos se cumple la profecía de Isaías: “Oír, oiréis, pero no entenderéis, mirar, miraréis, pero no veréis, porque se ha embotado el corazón de este pueblo, han hecho duros sus oídos, y sus ojos han cerrado; no sea que vean con sus ojos, con sus oídos oigan, con su corazón entiendan y se conviertan, y yo los sane» (Mt 13,10-15). Santo Tomás sostiene que la doctrina permanece oculta por el modo de predicarla, ya que el pueblo no era capaz de recibir abiertamente esa doctrina por el prejuicio mesiánico que mencionamos, el cual estaba alejado de la verdadera misión de Cristo; y no era digno de recibirla claramente, por su obstinada incredulidad y por tener el corazón duro (cf. Lc 11,15; Jn 12,10-11, etc.).

4) *El Hijo de Dios Vivo*: «¿Quién pensáis que soy yo?» Pedro responde: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”» (Mt 16,15-16). La confesión de Cesarea de Filipo es el punto más alto de la prédica de Jesús a sus amigos, los apóstoles. Es el momento en el cual la suerte ya está echada y la pasión está comenzando; entonces, lo reconocen como el Hijo de Dios vivo.

5) También hay otros relatos donde Él sugiere y hasta declara quién es:

Mt 24,36: «En cuanto a ese día o a esa hora, nadie lo conoce, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino

sólo el Padre». Esto es respecto de su lugar en el día del Juicio.

Mt 12,1-ss: «Le quedaba todavía uno, un hijo amado, y se lo envió también el último, diciéndose: “A mi hijo le respetarán”. Pero aquellos viñadores se dijeron para sí: “Éste es el heredero. Matémosle y será nuestra la heredad”». En este caso, Cristo es el Hijo muy amado del dueño de la viña.

Lc 22,66: A la pregunta: «Si eres el Mesías, dínoslo», Jesús responde: «Si os lo dijere, no me creeríais; y si os preguntare, no responderíais; pero el Hijo del Hombre estará sentado desde ahora a la diestra del poder de Dios». «Entonces, le dijeron todos: “Luego ¿eres tú el hijo de Dios?”. Él les declaró: “Vosotros lo decís, Yo soy”». Esta declaración ante el sumo sacerdote Caifás es la más solemne; allí es cuando los judíos sospechan que es Hijo de Dios y encuentran el motivo para condenarlo a la Crucifixión: porque siendo hombre se ha hecho Dios.

2.1.3. Los milagros de Cristo

Durante el ministerio público, Jesucristo realizó milagros con su Poder divino como una forma de mostrar su misión. Por lo tanto, esos milagros fueron la manifestación de su divinidad. Los más importantes son la Transfiguración y la Resurrección, porque muestran, en Él, su plenitud de Gracia y su Filiación divina con el Padre, venciendo a la muerte para la redención de los pecados.

Los milagros forman parte esencial del ministerio de Cristo, por lo siguiente:

1) *son signos del Reino:* «Habiendo oído Juan en la cárcel las obras de Cristo, envió por sus discípulos a decirle: “¿Eres tú el que viene o hemos de

esperar a otro?” Y respondiendo Jesús, les dijo: “Id y referid a Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados; y bienaventurado el que no se escandalizare en mí” (Mt 11, 2-6);

2) *son signos de salvación*: Esto queda implícito cuando dice: «Tu fe te ha salvado». Cristo cura el cuerpo y el alma. Vincula el milagro de curación con la sanación del alma, como en la curación del paralítico (cita), primero sana el alma del pecado, y esto cura al cuerpo. De ahí se concluye que son signos de salvación de todo el hombre, tanto su dimensión espiritual como física⁷.

3) *son signos ocultos*: porque Cristo manda a callar a los que reciben el milagro para evitar que el fanatismo mesiánico de su época confunda su mensaje. El pueblo de Israel espera a un Mesías como David para salir de la esclavitud de Roma, recuperar su tierra y su reino; Cristo es Mesías y es Rey, pero no será su misión rescatar al pueblo de Roma, sino del pecado. Él hará milagros en público cuando se evidencie su condición mesiánica, lo cual, sin embargo, será en vísperas de su muerte, por lo que toda ansia de conquista nacional y política quedará sin sentido.

4) *son signos del poder divino*: «Yo tengo un testimonio mayor que el de Juan, porque las obras que mi Padre me concedió hacer, esas obras que yo hago, dan en favor mío testimonio de que el Padre me ha enviado, y el Padre que me ha enviado, Ése, da testimonio de mí” (Jn 5,36-37). Respecto a este punto,

⁷ Cf. Idem, p. 78.

Royo Marín señala tres razones teológicas dadas por Santo Tomás⁸: a) por la *calidad* de las obras, en cuanto superan todo poder natural y sólo pueden ser realizadas por el poder divino; b) por la *autoridad* con que realizaba los milagros, en virtud de su propio poder (cf. Lc 6,19); 3) por *la doctrina* que declara Dios donde el milagro confirma la palabra.

2.1.4. La Pasión y Muerte de Cristo

Como anticipábamos al estudiar el Antiguo Testamento, era necesario que Jesucristo padeciese para la liberación del género humano: «A la manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado en la cruz el Hijo del Hombre, para que todo el crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna» (Jn 3,14-15).

Marcos dice: «Comenzó a enseñarles cómo era preciso que el Hijo del Hombre padeciese mucho y que fuese muerto y recitase después de tres días» (Mc 8,31).

Es clara la necesidad de la Pasión de Cristo en cuanto que es el mejor modo de redimirnos, aunque Dios lo podría haber hecho de cualquier otro modo dado que nada es imposible para Él. Pero es éste el modo a través del cual nos ha mostrado cuánto nos ama, entregándonos a su Hijo muy amado. Por eso, San Pablo dice: «Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros» (Rom 5,8).

A su vez, nos da el ejemplo: «Cristo padeció por nosotros y nos dejó ejemplo para que sigamos sus pasos» (1 Ped 2,21).

⁸ Cf. ROYO MARÍN, A., OP. *Jesucristo y...* op. cit., p. 296.

La necesidad de la Pasión también se funda en que Cristo debe pasar por la Muerte, porque, al morir a causa del pecado del hombre, puede vencer a la Muerte con su Resurrección (cf. 1 Cor 15).

Además, las profecías se cumplen con el sacrificio del Cordero: «Era preciso que se cumpliera todo lo que está escrito en la ley de Moisés y en los profetas y en los salmos de Mí... Porque estaba escrito que el Mesías padeciese y al tercer día resucitase de entre los muertos» (Lc 24,44-46). Pero, sin embargo, debemos aclarar que no es Dios quien muere, sino que es la humanidad de Cristo la que sufre la Pasión, ya que su divinidad es impasible⁹.

Cristo padece la Pasión y la Muerte por voluntad propia y obedeciendo la voluntad del Padre Celestial; por eso, nos enseña San Pablo: «Como por la desobediencia de uno, muchos fueron hechos pecadores, así también por al obediencia de uno muchos serán hechos justos» (Rom 5,19).

Entre los efectos de la Pasión de Cristo nos encontramos con¹⁰:

1) La *liberación del pecado*, como dice el Apocalipsis: «Nos amó y nos limpió de los pecados con su Sangre» (Apoc 1,5).

2) La *liberación del poder del diablo*; Juan sostiene: «Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera, y yo, si fuese levantado de la tierra, todo lo atraeré a mí» (Jn 12,31-32).

⁹ Cf. Idem, p. 313.

¹⁰ Cf. Idem, pp. 336-346.

3) La *liberación de la pena del pecado*: «Él fue quien tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores» (Is 53,4) con el fin de otorgarnos esta liberación.

4) La *Reconciliación con Dios*, porque San Pablo es claro en su Carta a los Romanos: «fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo» (Rom 5,10).

5) La *apertura de las puertas del Cielo*, en la Carta a los Hebreos dice: «en virtud de la sangre de Cristo tenemos firme confianza de entrar en el santuario que Él nos abrió» (10,19).

6) La *Exaltación de Cristo*, en donde se cumple el misterio de *kenosis* (en griego, «humillación») del Mesías: «el cual, siendo de condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; antes bien, se humilló a Sí mismo, y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz, por lo cual Dios lo exaltó y le dio el nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua proclame Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Flp 2,6-11).

En conclusión, la muerte de Cristo fue necesaria para la redención del pecado, siendo a la vez el signo más visible de su humanidad y la muestra más poderosa de su divinidad.

2.1.5. La Resurrección de Cristo y Redención de los hombres

La Resurrección es un dogma fundamental de la fe católica. Está explícitamente revelado en la Sagrada Escritura; por ejemplo: «Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicias de los que mueren» (1 Cor 15,20).

Dios Padre exalta a su Hijo unigénito con la gloria de la Resurrección, según enseña San Pablo en la Carta a los Filipenses: «... Dios lo exaltó y le dio el nombre que esta sobre todo nombre...».

Este milagro, a su vez, aumenta en nosotros la caridad, en cuanto que vemos lo que Dios hizo por nosotros; confirma la fe en la divinidad del mismo Jesús; y alimenta la esperanza, porque esperamos resucitar como Jesucristo lo hizo.

Royo Marín¹¹ concluye en lo siguiente:

1) «La causa eficiente de nuestra Resurrección será la omnipotencia de Dios», ya que «El que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos, dará también vida a vuestros cuerpos mortales por virtud de su Espíritu, que habita en vosotros» (Rom 8,11).

2) «La Resurrección de Cristo será la causa eficiente instrumental y la causa ejemplar de nuestra futura Resurrección, del mismo modo en que su muerte en la Cruz fue la causa meritoria de la misma», es decir, Él es quien nos vivificará con la Vida del Verbo mismo de Dios y nosotros resucitaremos como Él lo hizo (cf. Flp 3,21).

En conclusión, toda la Sagrada Escritura está orientada a este suceso salvífico e histórico que es Cristo, su Encarnación, Vida, Pasión, Muerte y Resurrección. Las antiguas promesas hechas a Abrahán se cumplen en Jesucristo.

¹¹ Idem, pp. 362ss.

La antigua Alianza se renueva; se celebra, entonces, una nueva, eterna y definitiva Alianza entre Dios y el hombre, que es Cristo mismo; Él es la admirable unión de Dios y el Hombre en la persona del Verbo Divino; en Él, en su Persona divina, se da la Alianza, que es sellada por el sacrificio del Cordero Pascual.

Este sacrificio era necesario, ya que, por él, Jesucristo vence a la muerte con la Resurrección, quedando exaltado sobre todos, nos libera del pecado y nos lleva a la Vida Eterna.

Capítulo 2. El Salvador

La religión cristiana propone una salvación que no pasa por una realización sólo individual y subjetiva, sino que resulta del contacto personal de los hombres con Dios, que también es Persona. Ésta es quizá la Verdad más importante que tiene el cristianismo para decir a los hombres de hoy; esto es así porque en la actualidad es frecuente encontrar la idea de una realización humana que depende, en definitiva, de lo que el hombre puede sacar de sus potencialidades.

No pocas religiones, las orientales por ejemplo, proponen la perfección del hombre como una suerte de estado del alma al cual se llega por medio de un ejercicio espiritual que consiste, muchas veces, en la negación de los deseos y pasiones, y que tiene su punto de partida en la toma de conciencia de la pertenencia a una Totalidad.

En esas propuestas religiosas, la salvación o estado de perfección pareciera concluir en una disolución del individuo con todo lo que ello implica. Con el cristianismo ocurre precisamente lo contrario, puesto que no se puede hablar de un Dios cristiano si no es a partir de la noción de un Dios que es Persona. Por la revelación del Nuevo Testamento, sabemos que no sólo Dios es un Ser personal, como vemos en la Revelación del Antiguo Testamento, sino que, además, en Él hay tres Personas; tres individuos distintos por las relaciones que tienen entre ellos, pero con la misma y única Naturaleza divina.

El Dios cristiano, entonces, nunca existió como un ser individual solitario y aislado. Desde toda la eternidad, hay un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo: Dios es familia o comunidad desde siempre.

Este Dios quiso, por su infinita bondad, crear seres que participaran de esta dignidad que constituye el *ser persona*, y por eso, creó a los hombres a imagen y

semejanza suya. Por este motivo, para el cristianismo, la salvación, lejos de consistir en una disolución de las personas en un todo, estriba en el encuentro de las personas humanas con las Personas divinas. De este modo, el concepto de persona constituye la clave de comprensión de la propuesta cristiana.

Más aun, cuando Dios quiso darse a conocer y manifestar a los hombres la salvación que propone, eligió, en un principio, a personas que hicieran de intermediarios (patriarcas, profetas, etc.); pero también quiso hacerse Él presente en persona. Para revelarse de manera definitiva, el Padre envió al Hijo, quien asumió la naturaleza humana y fue concebido por una mujer, María, por obra del Espíritu Santo. Esta presencia personal y directa de Dios en la historia significa que Él sale al encuentro personal del hombre. Ese encuentro es fruto del descenso de Dios a los hombres y, de esta forma, del ascenso de los hombres a Dios en Cristo, en su naturaleza humana.

Como dice el apóstol:

«Hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo, hombre él también, que se entregó a sí mismo para rescatar a todos. Éste es el testimonio que él dio a su debido tiempo...» (1 Tim 2,5-6).

Por lo tanto, la principal tarea que tenemos que emprender si queremos conocer la Verdad sobre la salvación del hombre es conocer a la Persona divina que se hizo hombre para hacernos visibles al Dios invisible.

La salvación cristiana se afirma, entonces, en dos grandes verdades: una, como dijimos, el valor de la Persona divina y humana; la segunda, el valor de lo humano para Dios.

El hecho de que Dios haya asumido la naturaleza humana, una naturaleza infinitamente inferior a la suya,

señala con claridad que seguramente Dios la aprecia más que nosotros mismos. De allí que haya querido servirse de ella como instrumento válido para llevar a cabo la Redención de los hombres.

La plenitud espiritual se alcanza, de manera definitiva, en la Vida eterna; sin embargo, no sólo se realiza en la otra vida, sino que tiene su inicio en esta existencia temporal. La visión cara a cara de Dios es la realización acabada del acto de fe por el cual el hombre, aquí en la tierra, comienza a conocer a Dios. La salvación, entonces, no es sólo una realidad eterna, sino también temporal. La fe cambia el sentido de la vida de una persona, porque la dirige hacia objetivos y valores completamente nuevos, trascendentes.

Esos fines y valores trascendentes son los que permiten el despliegue de todas las potencialidades humanas, físicas y espirituales; por ello, hacen posible también una plenificación de la existencia histórica.

Con la humanización del Hijo de Dios, se inicia, entonces, la humanización y la divinización del hombre¹².

En Jesús, no sólo se revela la naturaleza del Hijo de Dios, sino también se muestra el modo más perfecto de la existencia humana. El Hijo es imagen del Padre, porque fue engendrado por Él; y además, al asumir la naturaleza humana, realiza otra imagen: la imagen más acabada de lo que Dios quiso hacer en el hombre cuando lo creó a imagen y semejanza suya.

Hay también otro significado valioso en este descenso de Dios a la historia humana; Él no está aislado y distante del hombre, más bien deberíamos decir que, con lo que hizo,

¹² KESSLER, H., "Jesucristo, camino de la vida" en *Manual de Teología Dogmática*, Barcelona, Herder, 1996, p. 503.

podemos descubrir en Él una pasión por el hombre. Posee un profundo deseo, un amor sin límites por este ser que Él mismo sacó de la nada haciéndolo existir; quiere estar junto al hombre. Por este motivo, Dios se hace hombre y será hombre para siempre. Después de este gesto de amor, nadie debe pensar que el hombre pueda estar alguna vez solo y abandonado. Aún en su estado más profundo de soledad, puede él encontrar, en la inmensidad del espacio, un Tú que le brinde seguridad y sea su compañía.

En este intercambio entre Dios y el hombre, ni Dios deja de ser divino por hacerse humano ni el hombre pierde su condición por hacerse imagen de Dios. Por el contrario, la Bondad divina se muestra más grande que nunca y la bondad humana adquiere una realización trascendental.

1. Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre

En Jesús de Nazareth se realiza el misterio más grande de la fe cristiana porque, sin dejar de ser Dios, se hizo hombre de verdad. Resulta muy difícil explicar cómo lo divino puede caber en lo humano; por eso, no fue simple formular una explicación teológica. A lo largo de la historia de la Iglesia, se intentó explicar a partir del dato de la Revelación, pero es algo complejo expresar cómo este hombre que vivió en un momento concreto de la historia se comportaba como Dios y como hombre.

En los relatos evangélicos, aparece el mismo Jesús formulando la pregunta a sus propios discípulos: «¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que es?». En las distintas respuestas, unos lo identifican con alguno de los profetas anteriores; pero es Pedro quien toma la palabra y responde: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo». Jesús lo felicita porque esa confesión de fe es una Revelación divina (Mt 16,13-19). Y desde entonces, los apóstoles se ven obligados a tratar de explicar quién es este Jesús de Nazareth.

Después de tres siglos y mucho debate en el seno mismo de la Iglesia, ésta logra proclamar oficial y formalmente cómo es que hay una naturaleza humana y otra divina en el hijo de José y María. El Concilio de Calcedonia (año 451) define la fe de la Iglesia de esta manera: «Siguiendo, pues, a los Santos Padres, todos a una voz enseñamos que ha de confesarse a uno sólo y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el mismo perfecto en la divinidad y el mismo perfecto en la humanidad, Dios verdaderamente, y el mismo verdaderamente hombre de alma racional y de cuerpo, consustancial con el Padre en cuanto a la divinidad y el mismo consustancial con nosotros en cuanto a la humanidad, semejante en todo a nosotros, menos en el pecado (Heb 4,15); engendrado del Padre antes de los siglos en cuanto a la divinidad, y Él mismo, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de María Virgen, Madre de Dios, en cuanto a la humanidad; que se ha de reconocer a uno sólo y el mismo Cristo Hijo Señor unigénito en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación, en modo alguno borrada la diferencia de naturalezas por causa de la unión, sino conservando, más bien, cada naturaleza su propiedad y concurriendo en una sola persona y en una sola hipóstasis, no partido o dividido en dos personas, sino uno sólo y el mismo Hijo unigénito, Dios Verbo Señor Jesucristo»¹³.

La fe de la Iglesia, entonces, afirma que existen dos naturalezas que se unen en Cristo: la humana y la divina. Trataremos ahora de explicar en qué consiste esta unión para después entender cómo es posible que un mismo sujeto sea hombre y Dios a la vez.

¹³ DENZINGER-HÜNERMANN, *Magisterio de la Iglesia*, Barcelona, Herder, 2006, n 301-302.

2. Naturaleza divina y naturaleza humana en Cristo

En primer lugar, hay que decir que estas naturalezas, cuando se unen, no se funden o mezclan constituyendo una sola, sino que, después de la unión, ambas permanecen perfectamente íntegras e inconfusas. En otras palabras, el Verbo divino, al asumir la naturaleza humana, no deja de ser Dios. Esto es lo que enseña la palabra de Dios

«Al principio existía la Palabra
y al Palabra estaba junto a Dios
y la Palabra era Dios.

Al principio estaba junto a Dios.

Todas las cosas fueron hechas por medio de
la Palabra

y sin ella no se hizo nada de todo lo que
existe.

En ella estaba la vida,
y la vida era la luz de los hombres.
La luz brilla en las tinieblas,
y las tinieblas no la percibieron.

Apareció un hombre enviado por Dios,
que se llamaba Juan.

Vino como testigo,
para dar testimonio de la luz,
para que todos creyeran por medio de él.

Él no era la luz,
sino el testigo de la luz.

La Palabra era la luz verdadera
que, al venir a este mundo,
ilumina a todo hombre.
Ella estaba en el mundo,
y el mundo fue hecho por medio de ella,
y el mundo no la conoció.
Vino a los suyos,
y los suyos no la recibieron.
Pero a todos los que la recibieron,
a los que creen en su Nombre,
les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios.
Ellos no nacieron de la sangre,
ni por obra de la carne,
ni de la voluntad del hombre,
sino que fueron engendrados por Dios.

Y la Palabra se hizo carne
y habitó entre nosotros.
Y nosotros hemos visto su gloria,

la gloria que recibe del Padre como hijo
único,

lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,1-14).

Para comprender mejor esto, tenemos que recordar que por *naturaleza* entendemos la esencia de una cosa, en cuanto es principio de las operaciones que le son propias. La naturaleza no es lo mismo que la persona porque no responde a la pregunta “¿quién es éste?” determinando un sujeto, sino que responde a la pregunta “¿de qué es éste?”; no dice si es Juan o Diego, sino si es hombre o no, por ejemplo. La naturaleza designa a la cosa, a su ser; la persona designa al yo¹⁴.

Es metafísicamente imposible la fusión de la naturaleza divina con la naturaleza de un ser creado, porque eso implicaría una transformación pasiva o activa de los componentes; este fenómeno se da cuando dos sustancias completas forman una nueva naturaleza, como por ejemplo, cuando el hidrógeno y el oxígeno forman el agua; o bien cuando dos seres incompletos forman una única naturaleza, como por ejemplo, la materia y la forma (cuerpo y alma) constituyen al hombre. Tampoco es posible la transformación por asimilación completa de un ser en otro, como cuando el hombre incorpora un alimento.

Ninguna de estas uniones se puede producir en el caso de Cristo, puesto que la naturaleza divina es inmutable, perfecta e impenetrable; y por otra parte, la naturaleza humana jamás puede transformarse en divina. Luego, es necesario

¹⁴ Cf. YEPES STORK, R., Fundamentos de Antropología, Navarra, Eunsa, 1996, pp. 94-100

que ambas naturalezas continúen siendo tales y la unión se verifique en la Persona¹⁵.

Cuando decimos que en Cristo hay dos naturalezas que, al unirse, siguen existiendo como distintas, estamos diciendo que Él es verdadero Dios y verdadero hombre. Sin embargo, no hay más que una sola Persona, un solo Yo: *el Yo divino del Hijo de Dios*. Esto es lo que expresa el dogma del Concilio de Calcedonia. En Cristo, hay una sola Persona divina: la del Verbo, en dos naturalezas distintas: la divina y la humana.

Por lo tanto, no hay fusión de las naturalezas. Esta primera aclaración es importante porque algunos errores en el ámbito cristiano consistieron en afirmar una fusión y, por lo mismo, la existencia de una sola naturaleza en Cristo, quedándose sólo con la humana o con la divina. Como pudimos ver en los textos bíblicos, aparecen claramente acciones que manifiestan la existencia de ambas naturalezas. El aspecto humano de Jesús se manifiesta desde el hecho mismo de su concepción natural, narrada al inicio de los evangelios; también en aquellos pasajes en los cuales Jesús se manifiesta muy humano porque se siente cansado del viaje y con sed (Jn 4,6); o cuando se duerme y al despertar ordena a los vientos calmarse para evitar el naufragio de la barca (Mt 8,24); también cuando es tentado por el demonio en el desierto (Mt 4,1). Como cualquier hombre, siente temor y angustia, entre otros sentimientos.

Por otra parte, hay textos que hablan de su divinidad: cuando es llamado “Hijo del Altísimo” (Lc 1,30); también cuando es adorado como Dios siendo niño en el pesebre (Mt 2,11); cuando se transfigura y se muestra resplandeciente en el Cielo (Mt 17,2); o bien, cuando perdona los pecados y, para

¹⁵ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*. Madrid, BAC, 1998, III, q. 2, a.1.

mostrar su divino poder, realiza el milagro de hacer caminar a un paralítico (Lc 5,20); finalmente, cuando resucita al tercer día de su muerte y asciende a los Cielos (Lc 24,5.25)¹⁶.

Estas acciones manifiestan las dos naturalezas, porque la naturaleza, como dijimos, es el principio de operaciones de un ser y, por lo tanto, Jesús no podría haber hecho estas acciones si no fuera verdaderamente hombre y verdaderamente Dios. Esto aparece claramente, por ejemplo, en el prólogo del evangelio de San Juan: «Al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios... Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (1,1.14); o también cuando Él mismo afirma que con el Padre es “una sola cosa”, es decir, un solo Ser (Jn 10,30); por eso, más adelante expresa que el que lo ha visto a Él, “ha visto también al Padre” (Jn 14,9).

3. Una sola Persona divina

La unión, por lo tanto, de las dos naturalezas en Cristo se realizó en la Persona divina del Verbo. Luego, en Cristo, no hay más que una sola persona, no humana sino divina.

La *persona* se define así: «sustancia individual de naturaleza racional»¹⁷. El ser personal es una sustancia porque existe por sí misma, a diferencia de los accidentes que necesitan existir en otros (por ejemplo: el color, el tamaño, la figura, etc.), de modo que siempre existen en una sustancia a la cual modifican.

¹⁶ Cf. PIOLANTI, A., *Dio unomo*, Ciudad del Vaticano, Librería Editrice Vaticana, 1995, pp. 120-125.

¹⁷ BOECIO, *De duabus naturis et una persona Christi*, c.3: PL. 64-1345.

El ser personal es también un ser individual, es decir, distinto de los demás e indistinto de sí mismo. La persona es siempre única en el mundo, completa en sí misma e incomunicable a los demás.

Finalmente, la persona es también de naturaleza racional puesto que el hombre, al estar dotado de alma, puede conocer, amar y obrar por sí mismo, es decir, con libertad, con conciencia del fin de sus acciones y, por lo tanto, con responsabilidad ética de sus actos.

Por todo esto, podemos decir que la persona es el modo más perfecto de ser de una sustancia por tener la autonomía metafísica. Esto significa que la persona no puede dejar de ser quien es y fundirse en otro ser perdiendo su propio ser, y tampoco utilizarse con otro fin que no sea ella misma. La persona, entonces, tiene este doble aspecto:

- su ser individual no depende de otro;
- su realización requiere la apertura a los demás seres¹⁸.

Siendo imposible la fusión de la naturaleza divina con la humana, el único modo posible para que dicha unión se produzca es que la Persona divina (que sigue siendo formalmente la misma) asuma una nueva naturaleza en su Ser personal. La unión se realiza, entonces, en la persona del Hijo de Dios; esto es, las acciones de Cristo se atribuyen a la única Persona divina, tanto si proceden de la naturaleza humana como de la divina. En otras palabras, el Yo de Jesús

¹⁸ FORMENT, E., *Personalismo Medieval*, Valencia, Edicep, 2002, pp. 229-297.

es divino: el mismo y único Yo que tiene hambre y sed, hace milagros y resucita¹⁹.

Sólo de este modo es posible que Jesús sea el Salvador de todos los hombres:

- es necesario que sea *hombre* para que, por medio de Él, la salvación llegue a todos los hombres;
- también es necesario que sea *Dios*, para que el poder de salvar sea realmente universal.

La salvación requiere un contacto, un puente entre ambas naturalezas: la Persona del Verbo. Esta unión que se da en la persona es la que, en Teología, se llama *unión hipostática*, porque *hipóstasis* en griego significa *persona*.

Por lo tanto, la persona de Cristo es compuesta, ya que en ella subsisten dos naturalezas distintas. La humanidad en Cristo se une sustancialmente, no accidentalmente, a la segunda Persona de la Trinidad; esto significa que el Verbo no se reviste de humanidad al modo de una apariencia externa o de una vestimenta, sino que es verdaderamente hombre y, por lo tanto, su humanidad es completa: consta de alma y cuerpo como nosotros. Si esto no fuera así, no sería verdadero hombre y no podría ser nuestro Salvador²⁰.

Esta unión hipostática entre lo divino y lo humano es la forma más elevada de unión posible del orden natural con el sobrenatural, puesto que no se trata ya de una participación de la Vida divina, como ocurre con la gracia, sino que la

¹⁹ ROYO MARÍN, A., *Jesucristo y...*, op. cit., pp. 40-52.

²⁰ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, op. cit., III, 2, q. 2, a. 4-6.

naturaleza humana de Cristo se une sustancialmente a la Persona del Verbo, siendo asumida por ella. La gracia es siempre un accidente, es decir, algo agregado a la sustancia humana; por eso, no convierte al hombre en Dios, sólo pone la presencia de Dios en el alma y le da capacidad para realizar actos sobrenaturales. En cambio, en la unión hipostática, las dos naturalezas se unen en el Ser mismo del Hijo de Dios. Para decirlo en otros términos, cuando Jesús se llama a sí mismo “Hijo de Dios”, no quiere decir que sea un hombre especialmente bendecido por Dios como un profeta importante, sino que Él es Dios y posee la misma sustancia divina del Padre y del Espíritu Santo.

Jesús es Santo, porque tiene el Ser de Dios; y al existir en ese Ser, la humanidad que Cristo asume es elevada al estado más perfecto. Cristo es perfecto hombre, porque realiza la humanidad de la manera más elevada y tiene, además, la plenitud de las gracias por ser, a la vez, Dios²¹.

4. La Redención: misión de la segunda Persona divina

Como dijimos anteriormente, la persona que asume la naturaleza es la Persona del Verbo.

En Dios, hay una sola esencia y tres Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que no se distinguen en nada, salvo en las relaciones entre ellos. No se distinguen porque comparten la misma esencia, los mismos atributos o perfecciones, es decir, los tres son Dios, los tres son eternos, los tres son perfectos, etc. Sin embargo, sí se distinguen por la posición que ocupan uno respecto de otro:

- sólo al Padre le compete ser principio y origen,

²¹ Idem, a. 8-10.

- sólo al Hijo, ser engendrado por el Padre,
- sólo al Espíritu Santo, ser fruto del amor mutuo entre el Padre y el Hijo.

Ahora, si bien en todas las acciones que la Trinidad realiza fuera de Sí misma intervienen las tres Personas juntas, siempre se le atribuye a cada una de ellas acciones en particular de acuerdo al lugar que ocupan dentro de la misma Trinidad divina; así por ejemplo, al Padre se le atribuye la Creación.

El Hijo es la imagen perfecta del Padre y es engendrado por un acto de conocimiento por el cual Dios se piensa a Sí mismo. El Hijo es, entonces, la idea perfecta que el Padre tiene de Sí mismo, y como la Encarnación tiene por objetivo la manifestación de Dios haciendo visible al Dios invisible, era conveniente que se encarnara el Hijo. El Hijo natural de Dios, además, vino a salvar a los hijos adoptivos, mostrándoles la verdadera Sabiduría divina. Como dice el apóstol:

«Él es la imagen del Dios invisible,
 el Primogénito de toda la creación,
 porque en él fueron creadas todas las cosas,
 tanto en el cielo como en la tierra,
 los seres visibles y los invisibles,
 Tronos, Dominaciones, Principados y
 Potestades:
 todo fue creado por medio de él y para él.
 Él existe antes que todas las cosas
 y todo subsiste en él.
 Él es también la Cabeza del Cuerpo,

es decir, de la Iglesia.
Él es el Principio,
el Primero que resucitó de entre los
muertos,
a fin de que él tuviera la primacía en todo,
porque Dios quiso que en él residiera toda la
Plenitud.
Por él quiso reconciliar consigo
todo lo que existe en la tierra y en el cielo,
restableciendo la paz por la sangre de su
cruz.” (Col 1,15-20).

Ahora bien, nosotros deberíamos preguntarnos también por qué Dios asume la naturaleza humana y no otra. La respuesta tiene dos razones principales:

- 1) por su dignidad: porque se trata de una naturaleza racional que puede conocer y amar a imagen de Dios;
- 2) porque los hombres habían caído en el pecado de soberbia de querer ser como Dios, se habían alejado y necesitaban ser redimidos.

Hay que aclarar aquí que el Verbo de Dios asume una naturaleza humana y no una persona humana, porque a esa naturaleza humana le faltaba, para ser persona, la subsistencia (la existencia en sí) que es la que tiene el Verbo. Como dijimos antes, no puede haber fusión entre las naturalezas, ni tampoco dos personas. La naturaleza humana

que asume el Verbo carece de personalidad humana, la cual es sustituida por la personalidad divina del Verbo²².

De esta manera, el Salvador lleva a cabo la Redención de los hombres asumiendo la misma naturaleza que se había alejado de Él por el pecado; de esta forma, reafirma la dignidad del hombre a pesar de la debilidad que a éste lo caracteriza y usa la naturaleza humana como instrumento para su victoria, dándole una dignidad aun mayor.

5. Dos conocimientos en Cristo

El hecho de que Cristo haya asumido la naturaleza humana implica la asunción de un cuerpo humano individual, real, verdadero, es decir, que no se trata de una apariencia humana o de un fantasma, sino de un hombre. Esto es lo que transmiten todos los evangelios y los testigos allí presentes.

Pero no sólo asume un cuerpo, sino también un alma racional verdadera, porque si no, no sería verdadero hombre. Por lo tanto, tiene *inteligencia y voluntad*.

En Cristo, hay un conocimiento que tiene origen directamente en la naturaleza divina y otro que corresponde a la naturaleza humana y a su desarrollo lógico normal. Ambos se complementan en la *única psicología humana* de Jesucristo, así como en nosotros se complementan el conocimiento intelectual y el conocimiento sensitivo.

En efecto, hay un conocimiento humano que, como el nuestro, es progresivo y se perfecciona con el tiempo a medida que la persona madura. Esto, naturalmente, le sucede a Jesús. Sin embargo, posee también un conocimiento que

²² Cf. Idem, III, q. 50, a. 22-4.

tiene que ver con su preexistencia en Dios desde toda la eternidad.

En Dios, hay una inteligencia que es infinita, porque Él, al ser espíritu puro sin mezcla de materia ni de potencialidad alguna, tiene el máximo grado de inmaterialidad. Esta Inteligencia infinita:

- se conoce a Sí misma de manera perfecta, porque en Dios se identifican ser y pensar;
- conoce todas las cosas distintas de Sí mismo, porque proceden de Él (es su Creador) y porque preexisten en su Inteligencia (las pensó antes de ser creadas).

Este conocimiento de las cosas es también perfecto y, por lo tanto, no discursivo sino intuitivo; es causa de las cosas, anterior a ellas. El conocimiento que Dios tiene abarca todas las cosas: las que han existido, las que existen y las que existirán. No hay nada de lo que existe que escape a su conocimiento (ni siquiera el mal) y, por lo tanto, este conocimiento es invariable.

En Jesús, se da este conocimiento porque Él no deja de ser Dios por haber asumido la naturaleza humana. Él mismo dice: «Yo hablo de lo que he visto en el Padre» (Jn 8,38). Y también dice: «El que viene del cielo da testimonio de lo que ha visto y oído» (Jn 3,31-32). Por eso, podemos decir que la inteligencia humana de Cristo tiene este conocimiento de Dios y de todas las cosas, que es de origen divino, no humano, y que es perfecto.

Lo que resulta difícil es explicar cómo, en una psicología humana, se da este conocimiento. Éste es, entonces, el límite de la comprensión teológica de un misterio que nos desborda, ya que siendo el Yo divino, su conocimiento tiene que ser necesariamente perfecto.

Por otra parte, también se puede decir que existe en Él un conocimiento humano adquirido, porque tenía una experiencia real de las cosas y de las personas. De hecho, en las Escrituras existen manifestaciones. Así, por ejemplo, hace preguntas: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?» (Mc 8,27); «¿Cuánto tiempo hace que le pasa esto?» (Mc 9,21); «¿Cuántos panes tienen?» (Mt 15,34); también a veces, muestra admiración por descubrir cosas que no conocía, como la grandeza de la fe de una mujer (Mt 15,28) o la admiración que le causa la incredulidad de algunos. Pero el texto más evidente es el que pone de manifiesto la relación a este progreso del conocimiento humano en Cristo: «Jesús crecía en sabiduría y edad y gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2,52).

La inteligencia humana de Cristo es perfectible como la nuestra, por ello, crece y progresa con el tiempo y va experimentando los cambios correspondientes al grado de desarrollo de cada edad. Su humanidad no fue absolutamente omnipotente, porque la omnipotencia es un atributo propio de la divinidad que no puede comunicarse a una criatura finita. Sin embargo, hay en ella una nota peculiar de perfección, puesto que posee un orden perfecto por el cual las potencias inferiores son dirigidas por la inteligencia y la voluntad que están ordenadas a Dios.

En efecto, no puede haber pecado o desorden en Jesús, porque el sujeto que realiza las acciones es siempre el Yo divino del Verbo y es imposible que Dios actúe de manera imperfecta o en contra de Sí mismo.

La humanidad de Cristo, al estar unida a la divinidad, sirve de instrumento por medio del cual Dios realiza las acciones salvíficas. El instrumento es aquello a través de lo cual un agente produce un efecto (la lapicera es instrumento en la escritura). La causa principal es el agente que dirige la acción, mientras que el instrumento ejecuta la producción del efecto. De esta manera es como la humanidad de Cristo sirve de instrumento a la divinidad, puesto que, a través de ella,

Dios realiza los actos que servirán para la salvación del hombre²³.

Esta humanidad de Cristo sigue siendo, en el Cielo, causa instrumental de las gracias por las cuales acerca a los hombres hacia Él. En efecto, Cristo, cuando asciende a los Cielos, lo hace también con su cuerpo, es decir, sigue siendo hombre para siempre. Por eso, podemos decir que lo que hizo como hombre en la tierra lo sigue haciendo como Dios, sentado a la derecha del Padre, para toda la eternidad.

Respecto de la humanidad de Cristo durante su vida en la tierra, hay que decir que, así como dijimos que el conocimiento humano de Cristo era perfectible, lo mismo sucede con su cuerpo, que es pasible de perfección, puesto que si bien podemos hablar de una perfecta armonía espiritual, la cual seguramente redundará en el cuerpo, en Cristo se dan todas las necesidades corporales propias del ser humano. Por eso, como antes vimos, su comportamiento es naturalmente humano: tiene hambre, sed, se cansa, etc. Que sea el Hijo de Dios no lo priva de tener que ofrecer un ejemplo de paciencia para estas cosas que son propias de la vida de todo hombre.

Lo que no hay en Cristo son los defectos que tienen que ver con una imperfección espiritual, como la ignorancia, la inclinación al mal, la dificultad para hacer el bien. Ni estos defectos, ni el pecado se dieron en Jesús, porque era el Hijo de Dios; de Él se dice: «Apareció para destruir el pecado y en Él no hay pecado» (1 Jn 3,5). También San Pedro dice: «En Él no hubo pecado y en su boca no se halló engaño» (1 Ped 2,22). Esta perfección de Cristo excluye toda inclinación al pecado o al desorden espiritual. Su humanidad apetece,

²³ Cf. NICOLÁS, J. H., *Synthèse Dogmatique*, París, Univ. Fribourg, 1993.

naturalmente, las cosas buenas y deleitables pero no de una manera desordenada, es decir, no busca el placer como fin.

En efecto, el pecado es incompatible con el ser y la misión de Cristo, porque:

- la Encarnación se dio para destruir el pecado;
- la santidad perfecta de Cristo es incompatible con el pecado;
- Él fue el ejemplo de todas las virtudes.

Sin embargo, paradójicamente, Él resulta ser la víctima por los pecados de todos los hombres. Como dice San Pablo: «A quien no conoció el pecado, Dios le hizo pecado por nosotros» (2 Cor 5,21).

Por ser verdadero hombre Él tiene pasiones, sin embargo, ellas no representan una imperfección moral; sino que están siempre ordenadas por la razón y dirigidas al bien. En efecto, esos movimientos del apetito sensible que surgen a partir de la percepción del bien o del mal sensible, también forman parte de lo que implica ser verdaderamente hombre para Él.

Así es como en los evangelios Jesús aparece demostrando amor particular por algunos de sus amigos (Mc 10,21); se conmueve notablemente con la muerte de su amigo Lázaro causando admiración en los presentes (Jn 11,35-36); siente rechazo por Satanás y, en varias ocasiones, le ordena retirarse (Mt 4,10); en algún momento, el gozo lo desborda al punto de concluir en una alabanza al Padre (Lc 10,21); siente ira cuando echa a los mercaderes del Templo o cuando quieren impedirle hacer una sanación el sábado; y por último, siente tristeza y angustia cuando se acerca el momento de su muerte (Mt 26,37).

De todo esto podemos concluir en que Cristo padeció mucho dolor durante su vida, un dolor real. Siente un dolor espiritual por el rechazo o la indiferencia de los hombres, pero padece, además, un dolor físico por todo lo que sufre desde el juicio hasta la muerte en la Cruz. No hay en Él sentimientos de venganza hacia aquellos injustos agresores; por el contrario, muestra la grandeza de su amor implorando al Padre que los perdone porque no saben lo que hacen.

6. Dos voluntades en Cristo

Para concluir con nuestro intento de comprensión de lo que fue la humanidad de Cristo durante su vida terrenal, tenemos que agregar que hubo en Cristo dos voluntades: una divina y otra humana. Así es, puesto que la voluntad forma parte de una naturaleza racional, y habiendo dos naturalezas íntegras y perfectas en Cristo, no podía haber sino dos voluntades. Esto no significa que exista contraposición entre ellas o una división interna, como sucedería en el caso de una doble personalidad. Significa, más bien, que Cristo en cuanto hombre quería algunas cosas y rechazaba otras de una manera ordenada, como por ejemplo, sentía rechazo por el dolor, aunque termina aceptando que la voluntad de su Padre es que termine muriendo en la Cruz: «Padre, si quieres aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad sino la tuya» (Lc 22,42).

En varias ocasiones, reitera que no busca hacer su voluntad sino la Voluntad de quien lo envió (cf. Jn 5,30), que para eso ha bajado del Cielo, para hacer la voluntad del Padre (cf. Jn 6,38). En todos estos casos, se muestra cómo la voluntad humana se dirige a aquello que la Voluntad divina le señala. Esto no significa de ninguna manera que Jesús no haya sido un hombre libre, puesto que la libertad es un medio para alcanzar un bien y sólo se realiza cuando lo logra. Una elección equivocada es una frustración de la libertad. Que la voluntad humana en Cristo esté siempre orientada hacia el bien no significa que no sea libre, sino que, por el contrario, lo es de manera perfecta, es decir, elige siempre el bien. Tiene

un domino perfecto de sí mismo y, por eso, es un ejemplo para los hombres. Esto lo expresa de manera sublime cuando hace entrega de todo su ser: «Nadie me la quita [la vida], soy yo quien la doy por mí mismo. Tengo poder para darla y poder para poder a tomarla. Tal es el mandato que del Padre he recibido» (Jn 10,18).

Estas dos voluntades en Cristo de ninguna manera significan una división en su ser, porque en Él no hay más que un solo ser y una sola existencia: la de la Persona divina. Además, existe en Él una perfecta unidad psicológica, puesto que posee un solo Yo en el cual se unen la conciencia divina y la conciencia humana. Él sabe que es hombre y que es Dios.

Como consecuencia de la Encarnación, hay que decir que Cristo en cuanto hombre está realmente sometido al Padre, puesto que sabe que en Él tiene su origen y que a Él le debe obedecer. Por esto, Cristo ora en cuanto hombre como aparece a menudo en los evangelios; siente Él necesidad de hablar con su Padre: «A la mañana, mucho antes de amanecer, se levantó, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba» (Mc 1,35). Es normal que en cuanto hombre exprese a Dios Padre sus deseos, su voluntad, etc. También Él debe orar en cuanto hombre por sí mismo y elevando peticiones por todos los hombres.

Por último, Jesucristo es verdadero y sumo eterno Sacerdote, como enseña la Escritura, puesto que, como sacerdote, cumplió la misión de ofrecer sacrificios a Dios en alabanza de su infinita majestad y para obtener el perdón de los pecados del pueblo. El sacerdote es mediador entre Dios y el pueblo, porque, por una parte, transmite al pueblo las cosas divinas, y por otra, ofrece a Dios las oraciones y sacrificios en nombre del pueblo. Como dice el autor de la Carta a los Hebreos: «Teniendo, pues, un gran pontífice que penetró en los cielos, el Hijo de Dios, mantengámonos adheridos a la confesión. No es nuestro pontífice tal que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, antes fue tentado en

todo a semejaza nuestra, menos en el pecado» (Heb 4,14-15).

Es sacerdote por ser hombre y Dios, ya que al unirse la naturaleza divina con la humana, aquélla consagra a ésta, esto es, la llena de gracia de una forma plena y perfecta. De este modo, todo sacerdote está destinado a la misión de ser puente entre Dios y los hombres por una consagración. En el caso de Jesús, esta consagración se produce en el instante mismo de la unión en la concepción; por eso, su Sacerdocio es Sumo y eterno, porque la persona que lo ejerce es la Persona del Hijo de Dios. Por lo tanto, no se trata de una gracia recibida, sino del mismo Ser divino que posee.

Él no tiene necesidad de ofrecer un sacrificio por sí mismo, puesto que es Dios y, además, no hay en Él pecado; sin embargo, lo hace por todos los hombres y en nombre de ellos. Además, el sacrificio que Él ofrece es Él mismo, su vida, por la salvación de los hombres, de manera tal que en Él se identifican el sacerdocio y la víctima del sacrificio ofrecido.

El sacerdocio de Cristo comienza en el momento en el cual la divinidad se une a la naturaleza humana, puesto que allí aquélla santifica y consagra a esta última. Y no tiene fin, es para siempre, puesto que es el mismo Hijo de Dios.

«... pero Jesús, como permanece para siempre, posee un sacerdocio inmutable.

De ahí que Él puede salvar en forma definitiva a los que se acercan a Dios por su intermedio, ya que vive eternamente para interceder por ellos. Él es el Sumo Sacerdote que necesitábamos: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y elevado por encima del cielo. Él no tiene necesidad, como los otros sumos sacerdotes, de ofrecer sacrificios cada día, primero por sus pecados, y después por los del pueblo. Esto

lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo» (Heb 7,24-27).

Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres; con el sacrificio de su vida satisface en nombre de toda la humanidad, de la cual es Cabeza. Esto significa que, en virtud de la unión espiritual que lo une con todos los miembros del Cuerpo místico, sus méritos y su satisfacción se aplican a todos los hombres. Cristo es el Redentor de todos los hombres, por ser la causa, en cuanto es Cabeza de la Iglesia, de todas las gracias de salvación:

«Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, les conceda un espíritu de sabiduría y de revelación que les permita conocerlo verdaderamente. Que Él ilumine sus corazones, para que ustedes puedan valorar la esperanza a la que han sido llamados, los tesoros de gloria que encierra su herencia entre los santos, y la extraordinaria grandeza del poder con que Él obra en nosotros, los creyentes, por la eficacia de su fuerza. Éste es el mismo poder que Dios manifestó en Cristo, cuando lo resucitó de entre los muertos y lo hizo sentar a su derecha en el cielo, elevándolo por encima de todo Principado, Potestad, Poder y Dominación, y de cualquier otra dignidad que pueda mencionarse tanto en este mundo como en el futuro. Él puso todas las cosas bajo sus pies y lo constituyó, por encima de todo, Cabeza de la Iglesia, que es su Cuerpo y la Plenitud de aquél que llena completamente todas las cosas» (Ef 1,17-14).

De acuerdo a lo que llevamos dicho, podemos concluir en que Cristo es el único y verdadero mediador entre Dios y los hombres por la obra de salvación que realizó durante su vida terrestre, desde la Encarnación hasta su

Ascensión a los Cielos, pero sobre todo, por su Pasión y Muerte en la Cruz.

Cristo realiza esta mediación en su Ser, porque en Él se unen la naturaleza divina y la humana, pero también a través de sus obras, puesto que fueron aquellos hechos de su vida los que efectivizaron su misión de Salvador: «Porque uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos» (1 Tim 2,5-6).

Capítulo 3. La Iglesia y su misión

Normalmente, se identifica a la Iglesia con la institución, es decir, con el conjunto de hombres y obras que, vinculados a la Iglesia de Roma, se expanden por todo el mundo. Para muchos, la Iglesia se reduce, entonces, a los hombres y mujeres que pertenecen a ella y que se identifican por su uniforme-hábito religioso.

Sin embargo, la Iglesia no es solamente un conjunto de hombres y mujeres que transmiten las enseñanzas religiosas de Jesús; es mucho más que eso. Se trata de una realidad espiritual y, por lo tanto, invisible, que constituye a ese cuerpo social. En efecto, los hombres que *trabajan* en esta institución lo hacen en función de un objetivo que trasciende la dimensión temporal de ella.

De este modo, lo primero que constituye esta organización es el fin con el cual fue fundada y que es compartido por todos sus miembros: llegar a Dios. Esta comunidad pretende enseñar la Verdad que Dios enseñó a los hombres: la Verdad sobre Sí mismo, sobre el mundo y sobre el hombre. Esta organización institucional está sostenida no sólo por elementos jurídicos y sociales (como la pertenencia, la incorporación y las leyes internas que reglamentan el funcionamiento de este organismo), sino que, además, se puede percibir un *espíritu* que anima la vida de la comunidad.

Ese espíritu está constituido:

- en primer lugar, por el fin que se busca;
- en segundo lugar, por la relación que existe entre los miembros.

Ellos pertenecen a la institución no por una afiliación externa, sino más bien, por una incorporación espiritual, esto es:

- profesan una misma fe,
- aman y esperan lo mismo,
- participan de una misma vida divina,
- genera en ellos un estilo de vida y unos lazos que son más profundos que los lazos de amistad y de sangre.

Para tratar de entender bien en qué consiste la Iglesia vamos a intentar explicar los conceptos más importantes que tiene de sí misma. Pero antes debemos aclarar que no existe una definición que abarque de manera perfecta algo que no puede ser estudiado sólo desde la perspectiva humana.

Vamos a explicar, entonces, tres conceptos:

1. La Iglesia como Pueblo de Dios.
2. La Iglesia como Cuerpo místico de Cristo.
3. La Iglesia como Sacramento universal de salvación.

1. La Iglesia como Pueblo de Dios

«En todo tiempo y en todo Pueblo es grato a Dios quien le teme y practica la justicia (cf. Hech 10,35). Quiso Dios, sin embargo, santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna entre ellos, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente. Por ello, eligió al pueblo de Israel como pueblo suyo, pactó con él una alianza y le instruyó gradualmente, revelándose a sí mismo y los designios de su voluntad a través de la historia de

este pueblo, y santificándolo para siempre. Pero todo esto sucedió como preparación y figura de la Alianza nueva y perfecta que habría de pactarse en Cristo y de la revelación completa que había de hacerse por el mismo Verbo de Dios hecho carne: “He aquí que llegará el tiempo, dice el Señor, y haré un pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá... pondré mi ley en sus entrañas y la escribiré en sus corazones, y seré Dios para ellos y ellos serán mi pueblo”... (Jr 31,31-34). Ese pacto nuevo, a saber, el Nuevo Testamento en su sangre (cf. 1 Cor 11,25), restableció Cristo convocando un pueblo de judíos y gentiles que se unificara no según la carne sino en el espíritu, y constituyera el nuevo pueblo de Dios (...) Así como al pueblo de Israel, según la carne, peregrinando por el desierto, se le designa ya como iglesia (cf. 2 Esd 13,1; Núm 20,4; Dt 23,1), así el nuevo Israel que caminando en el tiempo presente busca la ciudad futura y perenne (cf. Heb 13,14), también es designado como iglesia de Cristo (cf. Mt 16,18), porque fue Él quien la adquirió con sus sangre (cf. Hech 20,28), la llenó con su Espíritu y la dotó de los medios apropiados de unión visible y social. Dios formó una congregación de quienes, creyendo, ven en Jesús al autor de la salvación y el principio de la unidad de la paz, y la constituyó iglesia a fin de que fuera para todos y cada uno el sacramento de esta unidad de salvación»²⁴.

²⁴ CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática Lumen Gentium sobre la Iglesia*, Roma, 21 de noviembre de 1964, 9.

La Iglesia se define a sí misma como Pueblo de Dios porque tiene conciencia de ser una comunidad en la cual se puede encontrar la salvación de Dios, además de ser la continuación de la primera comunidad de salvación que es el Pueblo de Israel.

En primer lugar, vamos a explicar lo que significa el concepto de *Iglesia*. Esta noción (*ecclesia*) comienza a usarse en las traducciones de los textos hebreos del Antiguo Testamento. Especialmente, los escritos del post-exilio de Israel usan dos términos que se refieren a la comunidad: *Eda* y *Kahal*. Ambos son sinónimos y designan a la comunidad religiosa, pero el último se refiere más explícitamente a la reunión de los judíos en una asamblea puntual; mientras que el primero designa a la comunidad en su aspecto más bien pasivo y jurídico. La traducción de los términos es *sinagogue* para el primero y *ecclesia* para el segundo²⁵.

También en Grecia existe el concepto de *ecclesia* que se aplicaba a la comunidad de vecinos que se reúnen para resolver los problemas comunes de la ciudad. En este caso, la *ecclesia* tiene una finalidad política y no religiosa, porque no se reúnen para rendir culto a Dios sino para deliberar sobre los problemas de la ciudad (la *polis*).

Éste es el concepto que pasa al uso cristiano cuando las primeras comunidades necesitan designarse a sí mismas con algo que las distinga. Para estos cristianos, el modelo de asamblea es siempre la reunión del Pueblo de Dios en el monte Sinaí, donde Moisés establece una Alianza entre Yahvé y el Pueblo de Israel. A partir de esa Alianza, Israel se convierte en propiedad de Dios: «Porque tú eres un Pueblo

²⁵ ANTÓN, A., *La Iglesia de Cristo*, Madrid, BAC, 1977, pp. 71-80.

consagrado al Señor, tu Dios: Él te eligió para que fueras su Pueblo, su propiedad exclusiva entre todos los pueblos de la tierra» (Dt 7,6). Esta *ecclesia* tiene la particularidad de saber que existe no por una decisión de los hombres que la componen, sino por una llamada gratuita de Yahvé, quien tiene la iniciativa de convocarla; además, tiene la particularidad de ser una comunidad que se reúne para escuchar la palabra de Dios y cumplir su voluntad.

Ecclesia se usa, entonces, para llamar “Iglesia” a la primera comunidad de cristianos reunida en Jerusalén, a partir de la elección de los Apóstoles y luego de la misión que éstos reciben del mismo Jesús. Poco tiempo después, el concepto se aplica también a las comunidades cristianas que se van fundando en los otros pueblos. El que los primeros cristianos usen este nombre para nombrar a la *Iglesia* significa, ante todo, que tienen plena conciencia de ser un Pueblo elegido por Dios²⁶.

La expresión *pueblo* (en hebreo, *am*) en el Antiguo Testamento designa el vínculo de sangre que une a un grupo determinado, pero se aplica particularmente al Pueblo elegido por Dios, Israel. Y en este caso, designa no sólo el vínculo de la raza, sino la unión y la pertenencia a Yahvé; se trata, entonces, de un Pueblo consagrado, que tiene un pacto de amor y fidelidad mutua con Yahvé.

A diferencia de ello, los primeros cristianos saben que son el nuevo Pueblo de Dios, pero no el que Él funda a través de los patriarcas y los profetas, sino el que funda su mismo Hijo. Por esto, se habla de la Iglesia como el “Israel de Dios” (Gál 6,16) o bien, del “Israel espiritual” (Rom 1,9-13).

²⁶ Idem, pp. 108-109.

La Iglesia tiene una nota particular respecto del Pueblo del Antiguo Testamento: ahora se extiende a todos los hombres, sin estar limitada a una raza ni a una nación. La Antigua Alianza se realizó en el Sinaí; la Nueva, en la Cruz sobre la cual Cristo ofrece su vida por la salvación de los hombres. La Iglesia es, entonces, la verdadera sucesora del Pueblo de la Antigua Alianza (Gál 3,7).

1.1. El Pueblo de Dios en el Antiguo Testamento

Trataremos ahora de trazar las líneas más significativas de lo que era el Pueblo de Dios en el Antiguo Testamento para comprender mejor en qué consiste la Iglesia.

El Pueblo de Israel se considera descendiente de Adán y de los demás patriarcas. Pero es fundamentalmente Abraham, el padre de muchas generaciones (Gn 17,5), el instrumento y el símbolo de la pertenencia de Israel a Yahvé. Es el símbolo porque la misma vocación de Abraham pone de manifiesto la trascendencia y gratuidad de la elección divina: «El Señor dijo a Abraham: “Deja tu tierra natal y la casa de tu padre, y ve al país que yo te mostraré. Yo haré de ti una gran nación y te bendeciré; engrandeceré tu nombre y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré al que te maldiga y por ti se bendecirán todos los pueblos de la tierra”» (Gn 12,1-3). Se trata de una intervención libre y personal de Dios, quien le asigna a Abraham una misión en la historia de la salvación. La respuesta de Abraham consiste en la obediencia, por la fe, a la voluntad de Dios; de modo que Dios reconoce esta fe de Abraham que, a partir de entonces, se convierte en el padre de todos los creyentes (cf. Rom 4,11).

La fe de Abraham no radica en la aceptación de una verdad teórica, sino que se trata más bien de una entrega incondicional a Dios. Esto es lo que representa el ofrecimiento que hace de su propio hijo (cf. Gn 22).

La misión de Abraham consiste en salir de su país natal para conquistar una tierra nueva y ser padre de muchos pueblos. Dios le promete una posteridad grande, una tierra propia y la asistencia divina permanente. En la historia de la vida de Abraham, el pueblo tiene el modelo de lo que Dios quiere hacer con él. La elección es de Dios y es gratuita, es decir, no hay ningún mérito por parte de Abraham o del pueblo.

Luego de la elección, se concreta una Alianza que constituye un privilegio respecto de los demás pueblos, teniendo en cuenta que este privilegio no surge de las virtudes del pueblo, sino del amor de Dios, que es anterior. Finalmente, la Alianza que Yahvé establece tanto con Abraham como con el Pueblo de Israel se expresa a través de signos concretos, como por ejemplo, una vida basada en una fe monoteísta.

Uno de los momentos más importantes de la vida de Abraham es el sacrificio de su propio hijo Isaac. Dios le pide que lo ofrezca en holocausto y luego le envía un ángel que lo detiene a tiempo. Con este gesto, Dios prohíbe los sacrificios humanos y prefigura, es decir, anticipa, el sacrificio que Jesucristo va a hacer en la Cruz. El sacrificio ya no consiste en ofrecer la vida de una persona en sentido físico, sino más bien, en la obediencia por la fe a la voluntad de Dios. Aquellos que pertenecen al Pueblo de Dios deben hacer el sacrificio de sus vidas a través de la obediencia por la fe.

De esta forma, a partir de la promesa divina, el Pueblo de Israel comienza a transitar su camino hacia la tierra prometida. Pero ahora es Moisés el nuevo instrumento de Dios para alcanzar esta misión. También en este caso, la vida del patriarca se convierte en un paradigma para la vida del pueblo.

Moisés experimenta la presencia de Dios desde sus primeros días, cuando se salva milagrosamente al ser recogido por la hija del Faraón en el cauce del Nilo. Siendo ya

adulto, Dios se le aparece en el monte Horeb, en una zarza que arde sin consumirse; allí le habla y se presenta como el “Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob”. Luego le encomienda la misión de guiar al Pueblo de Israel que va a ser liberado de la opresión de los egipcios. Dios le promete que va a estar siempre con él y le da a conocer su nombre: «Yo soy el que soy» (Ex 3,14).

Así, Dios interviene en el destino de los hombres, cambia el plan humano y lo convierte en instrumento de liberación para su pueblo. Todo esto concluye con la Alianza que Yahvé establece con Moisés en el Monte Sinaí, donde le entrega los Mandamientos (cf. Ex 20).

La historia del Pueblo de Israel continúa con las doce tribus que se constituyen a partir de los doce hijos de Jacob (hijo de Isaac). Se trata de un pueblo que peregrina bajo la protección de Dios hacia la Tierra prometida.

Respecto de la vida de este pueblo, hay algunos elementos que lo constituyen como un pueblo distinto y separado del resto de los pueblos:

1) la Alianza, que tiene un significado de relación entre Dios y su pueblo;

2) como consecuencia de esta Alianza se da la presencia de Yahvé en medio de su pueblo y la entrega de la Ley;

3) la presencia divina que, en un primer momento, se halla en el Arca de la Alianza, se concretiza más tarde en el Templo; aunque el pueblo sabe que la morada del Señor está en los Cielos, recibe la promesa de que ahora Dios va a morar de manera especial en medio de él (cf. Lev 26,11). El Templo es construido por Salomón en Jerusalén cuando el pueblo se hace sedentario (cf. 1 Rey 5,15-32) y se convierte en el lugar donde el pueblo se reúne para rendir culto a

Dios, cumpliendo así el compromiso que contrajo a través de la Alianza²⁷.

4) Esta presencia de Dios en el Templo, en medio de su Pueblo, prefigura la presencia divina a través de su Mesías, quien se llamará a sí mismo “el nuevo Templo” (Jn 18,22) y la “piedra angular de este nuevo Templo que es la Iglesia” (Mt 21,42), la cual alcanzará su realización más plena en el Santuario de la Ciudad Celestial (cf. Apoc 21,22).

5) La pertenencia al pueblo no está dada por una incorporación física o externa, sino por un estilo de vida que implica una comunión espiritual. Los miembros del pueblo de Dios están obligados a servirlo y a rechazar todo aquello que se le opone. El compromiso principal del creyente es escuchar su Palabra (Ex 19,5-6) y apartarse de la adoración de los dioses extraños (Jos 14-24). Finalmente, la pertenencia a Yahvé significa observar la Ley.

Una vez que alcanza la Tierra prometida, el Pueblo de Israel deja de ser nómada para instalarse en un territorio; a partir de allí, cambia su vida, puesto que surgen nuevas necesidades:

1) Entre ellas, la más importante es la *necesidad de una organización central* que coordine, de alguna manera, la estructura social entre las doce tribus. Lo primero que hay que coordinar es evitar las rivalidades entre las tribus, ya que éstas amenazan la paz de la convivencia entre los israelitas (Jue 20,12; 21,23).

²⁷ Idem, pp. 149-187.

2) Otro aspecto importante que cambia en la vida del Pueblo de Israel es la *necesidad de un orden económico y social*; por este motivo, aparece en el pueblo el deseo de imitar la organización social de los pueblos vecinos. Con ese objetivo, se produce una centralización de los intereses económicos y políticos para fortalecer la unidad interna de cara a la resistencia de ataques externos.

3) En este momento, entonces, la *unidad política* del pueblo reclama la presencia de un jefe; y aparece así la idea de una *monarquía*, a imitación de algunos pueblos vecinos, la cual es una idea difícil de aceptar para Israel, pues sabe que, hasta ese momento, “sólo Yahvé será nuestro Rey” (Jue 8,22-23). La noción de *teocracia*, en principio, no deja espacio para un soberano humano, por eso, habrá que buscar una solución para este conflicto: el rey humano será elegido y ungido por el mismo Yahvé, y este rey será siempre un vicario (representante) de Dios.

La elección divina del primer rey se concretiza en David: «Entonces el Señor dijo a Samuel: “Levántate y úngelo, porque es éste”. Samuel tomó el frasco de óleo y lo ungió en presencia de sus hermanos. Y desde aquel día el espíritu del Señor descendió sobre David» (1 Sam 16,12-13).

El reinado de David aparece como una clara expresión de la voluntad divina a partir de la cantidad de bendiciones que recibe de parte de Yahvé. Es el momento en el cual se cumple la promesa de la Tierra prometida que Dios había hecho a los patriarcas; es el momento de mayor paz, prosperidad y bienestar económico, la cual resulta un signo

claro de la protección divina²⁸. Esta protección se extiende también y especialmente a los ataques que reciben de sus enemigos.

Por esto, finalmente, David es reconocido como rey por todos los israelitas y queda constituida la monarquía: «Todos los ancianos de Israel se presentaron ante el rey en Hebrón. El rey estableció con ellos un pacto en Hebrón delante del Señor y ellos ungieron a David como rey de Israel» (2 Sam 5,3).

El desarrollo posterior de la historia del Pueblo de Israel está directamente ligado a la ciudad de Jerusalén. En ella, se establece el rey, y por lo tanto, se constituye como centro de unidad religiosa y política del Pueblo elegido; por esto, pasa a llamarse “la ciudad de David”. Es este rey quien construye allí un altar, traslada el Arca y la convierte en su sede, y también, en la sede de Dios (Sal 78,68; 2,6). De esta manera, Jerusalén es ahora la Ciudad Santa, y así se concilia la monarquía con la constitución teocrática de Israel.

El sucesor de David es Salomón, elegido directamente por el mismo David que lo consagra rey (1 Rey 1,28-40). La misión de Salomón consiste en construir un templo digno para que habite Dios en medio de su pueblo. Una vez finalizada la construcción, se traslada allí el Arca y todos los objetos sagrados, especialmente las Tablas de la Ley. El Templo es, entonces, el lugar de la presencia divina: «Mientras los sacerdotes salían del Santo, la nube llenó la Casa del Señor, de manera que los sacerdotes no pudieron continuar con sus servicios a causa de la nube, porque la gloria del Señor llenaba la Casa. Entonces Salomón dijo: “El Señor ha decidido habitar en la nube oscura. Sí, yo te he

²⁸ FUGLISTER, N., “Estructuras de la Eclesiología veterotestamentaria”, en *Mysterium Salutis*, Madrid, Cristiandad, 1984, Vol. IV/1, p. 53 ss.

construido la Casa de tu señorío, un lugar donde habitarás para siempre”» (1 Rey 8,10-13).

Pero no todos los hechos de la vida del Pueblo de Israel son agradables a Dios. Con esta construcción del Templo en el período del reinado de Salomón, aparecen infidelidades a la Ley. El rey y también su pueblo caen en la adoración a otros dioses llevados por la influencia de los extranjeros. Entonces, el castigo de Yahvé es quitarle la protección con la que contaba para vencer a sus enemigos exteriores (1 Rey 11,14-25).

Además, los cambios en la organización política del pueblo acarrear profundas transformaciones, que no siempre son positivas. La organización administrativa de la familia, clan o tribu, centralizada en el gobierno único, conlleva una serie de consecuencias negativas:

- la burocracia,
- la corte y su estilo de vida y
- la jerarquización social que acentúa cada vez más la desigualdad.

Esta asimilación socio-política a los países vecinos termina produciendo una secularización, porque el pueblo se entusiasma con la organización política y se olvida de Dios, creyendo que lo necesita cada vez menos²⁹.

Este alejamiento de Yahvé, que concluye en una apostasía, es castigado con la división del reino de Salomón: «El Señor se indignó contra Salomón, porque su corazón se había apartado de Él, el Dios de Israel, que se le había aparecido dos veces y le había prohibido ir detrás de otros

²⁹ ANTÓN, A., *La Iglesia...* op. cit., pp. 222-242.

dioses. Pero Salomón no observó lo que le había mandado el Señor. Entonces el Señor dijo a Salomón: “Porque has obrado así y no has observado mi alianza ni los preceptos que yo te prescribí voy a arrancarte el reino y se lo daré a uno de tus servidores”» (1 Rey 11,9-11). Las rivalidades internas entre las tribus y los ataques de los enemigos exteriores producen, finalmente, el cisma político del reino de Israel que termina dividido en dos: por un lado, el reino de Israel, es decir, las tribus del norte; por otro, el reino de Judá, o sea, las tribus del sur. En ambos casos, los monarcas (Jeroboam, en el norte y Roboam, en el sur) caen en la adoración de becerros de oro, que es un pecado de idolatría y la falta más grave a los ojos de Dios.

Este período oscuro en la vida del Pueblo de Israel se caracteriza por el alejamiento de Yahvé y consiste fundamentalmente en poner la esperanza no ya en Dios sino en la política, esto es, en la organización interna y en las alianzas con otros pueblos. Además, implica la adopción de elementos y ritos puntuales de las religiones paganas. El castigo aparece, entonces, como la expresión de la justicia divina que reclama ser el verdadero objeto de la esperanza de su pueblo.

Esto es a lo que van a apelar los profetas; por eso, comienzan a hablar del día de Yahvé como un día de castigo, por ejemplo, en Am 5,21-27. Lo mismo sucede con los profetas como Oseas, quien le echa en cara al pueblo el sincretismo pagano y las injusticias sociales (Os 6,6; 8,11). Pero van a ser los grandes profetas quienes van a exigir una verdadera conversión de corazón de los israelitas a Yahvé; así lo hacen, por ejemplo, Isaías (Is 1,11-17) y también Jeremías, que tiene que sufrir en carne propia el desprecio del pueblo terminando su vida en el destierro (Jer 15,10-18; cap.18; cap. 20).

Jerusalén es ocupada y destruida. El Pueblo de Israel, exiliado, pasa a ser el resto que se salva y que, a partir de este momento, va a vivir de la esperanza de recuperar la

Ciudad Santa y reconstruir el Templo. En efecto, el Templo fue destruido y saqueado en dos oportunidades: en el año 597 y en el 587, año en el que las tropas de Nabucodonosor, rey de Babilonia, lo destruyen totalmente (2 Rey 25,13).

Luego de la expulsión de la tierra de Canaán, la Tierra prometida, el Pueblo toma conciencia de que este destierro es fruto del castigo divino por la infidelidad a la Alianza (Am 5,26,27 y Jer 16,2). El exilio es, por un lado, un momento muy duro en la vida del Pueblo de Israel; pero por otro, constituye el inicio de una transformación profunda. A partir de este momento, el centro de atención ya no será la construcción temporal de un Pueblo de Dios, sino el descubrimiento de que su realización perfecta está en el futuro, en la eternidad. De esta manera, a pesar de ser el período más trágico en la vida de Israel, surge una nueva promesa de Yahvé: la de liberarlos del destierro, haciendo que la realización escatológica, es decir, en la eternidad, se convierta en el objetivo principal del pueblo. Surge, entonces, la idea de un *Pueblo nuevo* que será preparado en los tiempos mesiánicos con la venida del Ungido de Dios. Todas las esperanzas se ponen ahora en esta nueva intervención divina a través de su Mesías; de modo que el concepto de «pueblo» adquiere una nueva dimensión: no es más una realidad sólo temporal, sino que su realización trasciende la historia³⁰.

Junto con esta nueva concepción del Pueblo de Dios, se produce una mayor espiritualización de sus miembros que, poco a poco, distinguen con mayor claridad la realización temporal de la verdadera realización eterna del Pueblo. De esta forma, la teología del Pueblo de Dios se va depurando de los elementos nacionales. El resto santo serán los elegidos

³⁰ Idem, p. 247.

para cumplir la misión universal de salvación y, entre ellos, el siervo de Yahvé, el Mesías, su Cabeza³¹.

En este momento de la historia del Pueblo, irrumpe la reflexión teológica de los profetas, quienes le permiten entender que no siempre el mal en la vida de un creyente es sólo una desgracia, sino que el sufrimiento es una buena oportunidad para el verdadero crecimiento espiritual. La mayoría de las dificultades surgen a partir del desorden interior de los hombres, que son los verdaderos responsables de su desgracia. La experiencia del dolor resulta ser, paradójicamente, un momento espiritual rico y profundo. Además, todo esto que vive el pueblo de manera dramática es prefiguración de lo que se cumplirá nuevamente en la vida del Mesías, quien llega a la salvación de los hombres también por la vía del dolor, del ofrecimiento espiritual de sí mismo en la Cruz.

Todo este proceso que seguimos a lo largo de la historia del Pueblo de Israel sirve para poder entender cómo, en la historia de los hebreos, se madura teológicamente la noción de *Pueblo de Dios* a través del tiempo, para llegar finalmente a encontrarse con el nuevo Pueblo en la nueva Alianza que funda Cristo. A partir de Él, surge el Pueblo de la Alianza definitiva. Éste será un pueblo:

- abierto a todos los hombres, no ya ligado a una raza o a una nación;
- con conciencia de pertenecerle a Dios por su elección y vocación;
- que busca un estado de felicidad que no puede lograr plenamente aquí en la tierra.

³¹ FUGLISTER, N., "Estructuras de la Eclesiología...", op. cit., pp. 38-41.

2. La Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo

No existe un concepto que pueda definir de manera perfecta lo que es el misterio de la Iglesia; por esta razón, se usan normalmente varios conceptos, los cuales surgen de las metáforas que usa la misma Sagrada Escritura para referirse a esta realidad divino-humana.

Así como en el Antiguo Testamento aparece la noción de *Pueblo de Dios*, en el Nuevo Testamento encontramos otra metáfora: la del Cuerpo. La comunidad que forman los cristianos es comparada con un *cuerpo* por San Pablo³². Puede haber tomado esta expresión del pensamiento helénico, que la usaba para referirse a una corporación; o también, de la misma imagen que se usa en la fábula de Esopo; o quizá de la concepción semítica de personalidad corporativa o solidaridad dentro de la colectividad; o bien, finalmente, puede tener origen en la noción del *cuerpo de Cristo* en la Eucaristía³³.

Intentaremos ahora explicar el contenido teológico de esta imagen de la Iglesia, partiendo de los textos de San Pablo, para luego llegar a ver la explicación que el Magisterio y la Teología hacen de ella.

San Pablo escribe numerosas cartas a las distintas comunidades de cristianos que se fundan en los primeros años del cristianismo. En dichas cartas, aborda distintos temas, a veces, desde perspectivas distintas; pero también,

³² NICOLÁS, J. H., *Synthèse dogmatique...* op. cit., pp. 649-658.

³³ Cf. GARCÍA EXTREMEÑO, C., *Eclesiología*, Madrid, Edibesa, 1999, pp. 122-123.

se advierte en ellas el proceso de desarrollo de una misma idea.

El primer texto en el cual Pablo compara la Iglesia con un cuerpo es en la Primera Carta a los Corintios. La referencia aparece en un contexto moral: se trata de una exhortación a salir de la inmoralidad de unirse a prostitutas en la que habían caído algunos cristianos. Por eso, les pide que recuerden que sus cuerpos son ahora miembros de Cristo (1 Cor 6,15-16).

En la misma carta, más adelante, va a comparar más explícitamente el cuerpo orgánico del hombre con el Cuerpo de Cristo, porque también Cristo es como un cuerpo que tiene muchos miembros. Los bautizados constituyen una comunidad espiritual que tiene como fundamento de dicha unidad al mismo Cristo y al Espíritu Santo. La vida en este Cuerpo está constituida por la presencia de Dios, a través de la gracia significada por los Sacramentos del Bautismo y la Eucaristía: «Así como el cuerpo tiene muchos miembros y, sin embargo, es uno, y estos miembros, a pesar de ser muchos, no forman sino un solo cuerpo, así también sucede con Cristo» (1 Cor 12,12).

El texto resalta la comunión espiritual que une a los creyentes bautizados sin distinción de origen, sean gentiles o judíos. Se trata, además, de un organismo vivo por la acción permanente que reciben de la acción de Cristo y su Espíritu. En este Cuerpo, todos los miembros son necesarios, pues todos sirven a la unidad del Cuerpo y al bien de otros. Aquí lo más importante no es la visibilidad de este cuerpo social, sino la unión espiritual con Cristo.

La imagen del Cuerpo resalta, además, la función propia de cada miembro en orden a la vida de todo el organismo, destacando siempre la superioridad del bien de la

totalidad sobre el bien de la parte³⁴. En esta línea, propone Pablo entender las distintas funciones y carismas. Por esto, concluye con una exhortación a la comunidad a vivir la vida cotidiana en la unidad propia de un cuerpo, sin marginarse ni de la Cabeza que es Cristo ni del resto de la comunidad.

En otro de los pasajes, San Pablo compara la Iglesia con el Cuerpo de Cristo y enseña que los cristianos deben vivir en comunión, pues son ellos los que, en las celebraciones litúrgicas, comulgan con el Cuerpo y la Sangre de Cristo. En otras palabras, deben comportarse como un Cuerpo aquéllos que participan del mismo pan (1 Cor 10,16-17). En este caso, subraya la importancia que tiene la Eucaristía para constituir y hacer crecer a la Iglesia³⁵.

Otro pasaje importante de la doctrina de San Pablo es el de la Carta a los Romanos 12,3-8, donde Pablo empieza a decir: «pues así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros. Pero teniendo dones diferentes, según las gracias que nos han sido dadas, si es el don de profecía, ejerzámoslo en la medida de nuestra fe; si es el ministerio, en el ministerio; la enseñanza, enseñando; la exhortación, exhortando. El que da, con sencillez; el que preside, con solicitud; el que ejerce la misericordia, con jovialidad. Vuestra caridad sea sin fingimiento; detestando el mal, adhiriéndoos al bien; amándoos cordialmente los unos a los otros; estimando en más cada uno a los otros; con un celo sin negligencia, con

³⁴ SCHNACKENBURG, R., *The Church in the New Testament*, London, Burns-Oates, 1981, pp. 77-85.

³⁵ CERFAUX, L., *La Théologie de l'église suivant saint Paul*, Paris, Cerf, 1984, pp. 201-202.

espíritu fervoroso: sirviendo al Señor; con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación; perseverantes en la oración; compartiendo las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad» (Rom 12,4-13).

De estos textos en los cuales la reflexión paulina apunta a que los cristianos, tomando conciencia del misterio en el que participan, vivan más la unidad de la caridad entre ellos, se pasa a otros en los que la perspectiva ya no está limitada a la misma comunidad de cristianos, sino que se abre a la Iglesia universal y a la misión que ésta tiene en el mundo. En la Carta a los Efesios, la incorporación a la Iglesia por el Bautismo implica la incorporación a un Cuerpo que tiene una Cabeza. Cristo es la Cabeza y, a la vez, el Salvador de este Cuerpo que es la Iglesia. Él consumó la obra salvífica en la Cruz durante su existencia histórica; sin embargo, su acción no concluye allí, sino que continúa salvando a los hombres desde el Cielo, porque el Cristo glorificado envía al Espíritu que da la vida sobrenatural a los miembros de este Cuerpo. Este Espíritu une a todos los miembros con la Cabeza y une a toda la humanidad redimida, impulsándola a la acción en el mundo. En la Carta a los Efesios, dice así: «Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a la que han sido llamados. Un solo Señor, una sola Fe, un solo Bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos (...) Él mismo dio a unos ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros, para el recto ordenamiento de los santos en orden a las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo (...) Siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta Aquél que es la Cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de culturas que llevan la nutrición según la actividad propia de cada una de las partes, realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor» (Ef 4,4-6; 11-12; 15-16).

En la misma carta, más adelante, compara la unión de Cristo y la Iglesia con la unión entre el marido y su esposa. Sostiene que Cristo es la Cabeza y el Salvador del Cuerpo, que es la Iglesia; que Él ha dado su vida por ella porque la ama; y que sigue mostrándole su Amor, alimentándola y cuidándola espiritualmente (Ef 5,22-33). Con esta imagen de la esposa, se complementa la del Cuerpo, puesto que si bien Cristo es la Cabeza, conviene que quede también en claro que no existe una identificación total entre Cristo y la Iglesia, sino que hay, al mismo tiempo, una alteridad.

La dimensión universal de la Iglesia y su misión salvífica en el mundo aparecen claramente planteadas en el inicio de esta misma Carta a los Efesios. La visión de este Cuerpo de Cristo implica el concepto de *plenitud*, porque existe un nexo que une a la humanidad con el cosmos³⁶. Cristo es la Cabeza de todos los hombres, porque es el nuevo Adán; siendo Dios hecho hombre, es el hombre perfecto y el nexo real de los seres humanos con Dios. Sin embargo, la misión salvífica no se reduce sólo a los miembros de la Iglesia ni a los hombres en general, sino que se extiende a toda la Creación. La Redención alcanza al universo entero y, por eso, Cristo es la Cabeza de todos los seres. Con su Redención, lleva a su plenitud a todo el mundo que, de esta manera, es recreado en Él: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en Él antes de la fundación del mundo (...) En Él tenemos, por medio de su sangre, la redención, el perdón de los pecados según la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el Misterio de su voluntad según el benévolo designio que en Él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga

³⁶ Cf. SCHLIER, H., "Eclesiología del Nuevo Testamento" en *Mysterium Salutis...* op. cit., pp. 164-185.

a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra» (Ef 1,3-10).

Otro de los textos de San Pablo muestra mejor esta dimensión cósmica de la Redención, esto es, la misión que tiene la Iglesia de salvar a todos los hombres y de ofrecer, en nombre de ellos y de toda la Creación, oraciones que constituyan una verdadera alabanza de los seres creados a su Creador. La Carta a los Colosenses dice: «Él es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en Él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por Él y para Él, Él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en Él su consistencia. Él es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia: Él es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea Él el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en Él toda la plenitud, y reconciliar con Él y para Él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos» (Col 1,15-20).

De esta manera, San Pablo desarrolla la primera Teología de la Iglesia como Cuerpo de Cristo. Luego esta reflexión teológica se continúa a lo largo de la historia y se profundiza más en la Edad Media, cuando se le agrega el calificativo de *místico* a la noción de Cuerpo. Este agregado responde a la intención de distinguir el Cuerpo físico de Jesús del Cuerpo de Cristo presente en la Eucaristía y del Cuerpo que es la Iglesia.

A continuación, siguiendo el texto de la encíclica *Mystici Corporis* de Pío XII, podemos explicar mejor el significado de este Cuerpo, que se distingue de un cuerpo natural, físico o moral:

«Porque mientras en un cuerpo natural el principio de unidad traba las partes de suerte que éstas se ven privadas de subsistencia propia, en el Cuerpo Místico, por el contrario, la fuerza que

opera la recíproca unión, aunque íntima, junta entre sí los miembros de tal modo que cada uno disfruta plenamente de su propia personalidad. Añádase a esto que si consideramos las mutuas relaciones entre el todo y los diversos miembros, en todo cuerpo físico vivo todos los miembros tienen como fin supremo solamente el provecho de todo el conjunto, mientras que todo organismo social de hombres, si se atiende a su fin último, está ordenado en definitiva al bien de todos y cada uno de los miembros, dada su cualidad de persona... (también se distingue del cuerpo moral). Porque en el que llamamos moral el principio de unidad no es más que el fin común y la cooperación común de todos a un mismo fin por medio de la autoridad social; mientras que en el Cuerpo Místico de que tratamos, a esta cooperación se añade otro principio interno que, existiendo de hecho y actuado con toda la contextura en cada una de sus partes, es de tal excelencia, que por sí mismo sobrepasa a todos los vínculos de unidad que sirven para la trabazón del cuerpo físico o moral... a saber, el Espíritu Divino»³⁷.

En realidad, es posible hablar de la Iglesia como Cuerpo porque es posible establecer una comparación analógica entre el ser de Cristo y el ser de la Iglesia. Así como en Cristo se conjugan la naturaleza humana y la divina, lo mismo se produce en esta institución; en ella, se conjugan, por un lado, el elemento humano y, por otro lado, el divino.

³⁷ Pío XII, *Encíclica Mystici Corporis Christi sobre el Cuerpo Místico de Cristo*, Roma, 29 de junio de 1943, 4.

Sin embargo, como toda analogía, tiene siempre algo de desemejante: en este caso, la unión de las dos naturalezas en Cristo concluye en un único ser o sustancia, esto es, la Persona divina encarnada; en cambio, en el caso de la Iglesia, los miembros siguen siendo seres, sustancias distintas y, por esto, la unión es espiritual, es decir, mística, sin que los particulares pierdan su individualidad.

En Cristo hay cuerpo y alma en sentido propio; en la Iglesia, en cambio, se puede hablar de un cuerpo (los miembros) y un alma (el Espíritu Santo) en un sentido no idéntico, porque el Espíritu Santo no forma una unión sustancial con los miembros. Por otra parte, en el caso del hombre, el alma está siempre circunscripta a los límites del cuerpo; no sucede así con el Espíritu Santo en la Iglesia, porque Él puede actuar también fuera de los canales normales de la institución.

Esta comparación entre Cristo y la Iglesia sirve fundamentalmente para entender en qué grado el ser de la Iglesia depende del ser de Cristo y cómo ella tiene por misión fundamental prolongar, a lo largo de la historia en la tierra, la misión que comenzara Jesús. Lo que la Iglesia debe hacer es prolongar la Encarnación del Hijo de Dios en la historia.

3. La Iglesia como Sacramento universal de salvación

Que la Iglesia sea Cuerpo Místico de Cristo significa que, en su tarea espiritual, obra siempre unida a Cristo, constituyendo con Él una Mística Persona, dado que, cada vez que la Iglesia (o mejor dicho, un ministro de la Iglesia) bautiza, es Cristo el que bautiza o el que perdona o el que consagra. En todas esas acciones, es siempre Dios la Causa primera de la gracia y los ministros son utilizados por la persona de Cristo como instrumentos a través de los cuales pasa la gracia.

Esta presencia de Dios en la Iglesia se da no sólo en los ritos sacramentales, sino también en el resto de las acciones, como la de enseñanza y la de gobierno.

Para entender mejor cómo se produce esta acción de Cristo a través de su Cuerpo que es la Iglesia, vamos a seguir un texto de Santo Tomás: «Así como se dice que toda la Iglesia es un solo Cuerpo Místico por semejanza al cuerpo natural del hombre (...) así Cristo se dice la Cabeza de la Iglesia según la semejanza de la cabeza humana, en la que podemos considerar tres cosas: el orden, la perfección y la virtud. El orden puesto que la cabeza es la primera parte del hombre (...); la perfección, porque en la cabeza radican todos los sentidos interiores y exteriores (...); la virtud, por cuanto ésta y el movimiento de los demás miembros y el gobierno de éstos en sus actos proviene de la cabeza (...); estas tres cosas competen espiritualmente a Cristo:

1) porque según su proximidad a Dios su gracia es más elevada y anterior (...);

2) porque tiene la perfección en cuanto a la plenitud de todas las gracias (...);

3) porque tiene la virtud de difundir la gracia en todos los miembros de la Iglesia³⁸.

De esta manera, la acción de Cristo llega a todos los hombres, porque Él ha querido que ellos mismos sean un medio a través del cual otros se salven. Dios podría haber hecho consistir la salvación en un acto individual, sin embargo, Él, que conoce mejor que nadie la naturaleza humana, sabe cuánto necesita un hombre de la ayuda de otro para llegar a su realización. Por esto, quiso también que, en el

³⁸ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica...* op. cit., III, q. 8, a. 1, c.

orden de las realidades espirituales, algunos fueran instrumentos de esta obra salvífica.

Cuando Él asume la naturaleza humana, logra, entonces, un punto de contacto entre la humanidad y la divinidad; a partir de allí es posible para los hombres alcanzar a Dios y es posible también que lo humano sea un instrumento o canal a través del cual actúe la divinidad; por eso, decimos que la Iglesia es *Sacramento Universal de Salvación*.

En primer lugar, la misma humanidad de Cristo, es decir, el cuerpo físico de Jesús, se convierte en un instrumento de la divinidad en cuanto Jesús realiza acciones con las cuales ofrece a Dios un sacrificio para la salvación de todos los hombres. En efecto, en Jesús está Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad; Él no es sólo un hombre que ofrece su vida en la Cruz, sino el mismo Hijo de Dios, y por este motivo, ese sacrificio no queda limitado a su persona y a ese momento histórico, como sucede con todas las acciones humanas, sino que es posible que ese mismo acto salvífico se continúe a lo largo de la historia actualizándose a través de las celebraciones sacramentales³⁹.

Los ritos sacramentales no constituyen un mero recuerdo de acciones del pasado, como si se tratara de una efemérides patriótica, sino que hacen realmente presente la acción de Cristo y de su gracia en los hombres de cada tiempo y de todos los tiempos. Esto nos permite comprender el hecho de que la fundación de la Iglesia no es un invento de

³⁹ Cf. CUELLAR, M., *La Naturaleza de la Iglesia según Santo Tomás*, Pamplona, Ed. Univ. de Navarra, 1979, pp. 94-126.

los hombres ni un capricho de Dios, sino más bien una respuesta a la misma naturaleza humana⁴⁰.

El hombre no puede ser feliz solo, necesita siempre de otros; esto no sólo es así para su realización terrenal, sino también para su realización en la eternidad, porque es algo que atañe a la misma naturaleza humana. Cuando Dios elige que la salvación sea en comunidad y no un hecho individual, no hace otra cosa que respetar la naturaleza humana que Él mismo creó. De este modo, el hombre como imagen de Dios no sólo es la parte más elevada de la Creación, sino que es también partícipe activo en la salvación de todo el mundo como instrumento. Dios quiere usar su naturaleza para ese fin.

Cristo es la Cabeza de la Iglesia y el Espíritu Santo su Alma. La acción del Espíritu Santo en la Iglesia se compara con la del alma en el cuerpo, pues su tarea principal consiste en darle vida⁴¹.

El Espíritu Santo, la Tercera Persona de la Trinidad, tiene la misión de continuar la acción salvífica iniciada por el Hijo de Dios en la historia. Esta vez la misión es invisible, puesto que esta Persona divina no asume una naturaleza humana, pero no por eso es menos real⁴².

⁴⁰ Cf. MONDÍN, G. B., *La chiesa pmizia del regno*, Bologna, Dehoneane, 1989, pp. 257-270.

⁴¹ JOURNET, CH., *Théologie de l'église*, París, Desclée, 1987, pp. 193-212.

⁴² Cf. CONGAR, Y., *El Espíritu Santo*, Barcelona, Herder, 1991, pp. 205-270.

A lo largo de la Sagrada Escritura, aparece siempre el Espíritu Santo en la historia de la salvación. Por ejemplo, en el Antiguo Testamento:

- es el sopro o hálito divino el que da vida al mundo y al hombre en el relato de la Creación (Gn 1,3; 2,7);
- está presente en la época de los Jueces y los Reyes a los cuales les da una fuerza especial para cumplir con su misión (1 Sam 16,13);
- es el que inspira a los profetas para que hablen en nombre de Dios (Jer 20,7; Is 59,21);
- constituye el contenido de la promesa de la salvación definitiva que se cumplirá en los tiempos mesiánicos, puesto que sobre el Rey mesiánico descenderá el Espíritu con sus dones y carismas (Is 11,9). No obstante, no sólo sobre Él descenderá sino también sobre el resto del pueblo, haciéndolos partícipes de una nueva vida.

Esta presencia del Espíritu se realiza de manera plena en el Nuevo Testamento, cuando es enviado por Cristo a completar la misión que Aquél comenzara:

- interviene directamente en la concepción milagrosa del Hijo de Dios en el seno de la Virgen María (Lc 1,35).
- se da a conocer públicamente durante el Bautismo de Jesús en el Jordán, cuando desciende sobre Él en forma de paloma mientras Juan lo bautiza;
- está presente a lo largo de toda la vida de Jesús y, especialmente, en el momento decisivo de la muerte. Por eso, poco tiempo antes y como preparación para ella, Jesús promete enviar el Espíritu desde el

Padre: «El Espíritu de verdad, que procede del Padre, y que yo os enviaré junto al Padre. Él dará testimonio de mí. También vosotros daréis testimonio porque estáis conmigo desde el principio» (Jn 15,26-27).

- después de la muerte de Cristo, la presencia más importante del Espíritu consiste en la manifestación de *Pentecostés*, durante la cual toda la comunidad de los apóstoles es ungida y enviada, con esta fuerza, a predicar por todo el mundo.

El relato dice así: «Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse (...) Entonces Pedro, presentándose con los once, levantó su voz y les dijo: “Judíos y habitantes todos de Jerusalén, que os quede esto bien claro y prestad atención a mis palabras: no están éstos borrachos como vosotros suponéis pues es la hora tercia del día, sino que es como dijo el profeta: `Sucederá en los últimos días, dice Dios: derramaré mis Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños. Y yo sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu”» (Hech 2,1-18).

Pentecostés es el coronamiento del misterio pascual y el momento de la fundación de la Iglesia, es decir, el inicio de su misión en el mundo; esto significa que el Espíritu está fundando y acompañando a la Iglesia en esa misión de prolongar, a lo largo de la historia, la obra de Cristo. El Espíritu está invisiblemente presente en ella, pero realmente presente, puesto que no sería posible explicar la permanencia y la acción de la Iglesia en la historia si no fuera por el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo tiene una obra principal dentro de la Iglesia que consiste en ser su principio de comunión. Él es quien une a los cristianos entre sí, haciendo que crean y amen lo mismo, y quien une a los cristianos con Dios. Él es el que impulsa el desarrollo que la Iglesia tiene a través de la historia. Por todo esto es que, como ya dijimos, se lo llama “alma de la Iglesia” en un sentido metafórico, pues es el que está permanentemente dándole vida.

El Espíritu cumple esta función dentro de la Iglesia como una suerte de prolongación de lo que hace en el seno mismo de la Trinidad divina. Allí es el resultado y, a la vez, la causa del vínculo de Amor entre el Padre y el Hijo. En la Iglesia, hace lo mismo: a través de la fe y de los sacramentos, acerca a los hombres a Dios.

El Espíritu también asiste a la Iglesia en lo que se refiere a la fidelidad que ésta debe tener respecto de la Verdad revelada, para que la conserve y la exponga según la voluntad de Dios. Esta asistencia se concretiza a través de la enseñanza oficial de la Iglesia, es decir, el Magisterio del Papa y los Obispos.

Finalmente, otra tarea propia del Espíritu dentro de la Iglesia son los carismas que suscita dentro de la Iglesia para edificar el Cuerpo Místico de Cristo. El Espíritu Santo genera vocaciones, envía dones especiales para cumplir misiones particulares de manera tal de atender a las necesidades de toda la Iglesia. La Iglesia está constituida no sólo por el orden jerárquico ministerial, sino también por aquellos miembros que cumplen misiones especiales, las cuales tienen su origen en el Espíritu Santo.

Capítulo 4. Propiedades de la Iglesia

Desde el comienzo, los cristianos sintieron la necesidad de establecer los signos a través de los cuales pudiera reconocerse a la verdadera Iglesia, distinguiéndola de las sectas que se iban formando al margen de ella. Por esta razón, en uno de los primeros Concilios (Constantinopla, año 381), se estableció en el *Credo* que la Iglesia es: *una, santa, católica y apostólica*. Estas propiedades sirvieron, a lo largo de la historia de la Iglesia, para distinguirla de esos movimientos sectarios o reformistas que se apartaban de su seno, como sucedió, por ejemplo, en el medioevo y también con la reforma del siglo XVI.

Estas notas:

- sirven para reconocer a la verdadera Iglesia;
- sirven para profundizar en el conocimiento de su naturaleza, ya que son propiedades inherentes a ella⁴³;
- no se distinguen de la esencia de la Iglesia, sino que la explicitan mejor;
- se dan unidas, porque no se concibe una unidad que no sea católica, es decir, que siempre está destinada a una misión universal; o que no sea apostólica, puesto que está fundamentada en la doctrina y el ministerio de los apóstoles; o que no sea santa por la acción de Jesús y su espíritu en ella.

⁴³ CONGAR, Y., "Propiedades esenciales de la Iglesia" en *Mysterium Salutis...* op. cit., pp. 376 y ss.

1. La unidad de la Iglesia

Cuando decimos que la Iglesia es *una*, pretendemos afirmar que la unidad es una de sus dimensiones constitutivas. Siendo la Iglesia una obra de Dios en los hombres y no sólo una obra humana, hay que decir, desde el principio, que la razón fundamental de la unidad y unicidad de la Iglesia se halla en Dios. La Iglesia es una y única porque Dios es uno y único, como dice el Antiguo Testamento: «Yo soy Dios y no hay otro» (Is 45,22). Por este motivo, elige a un solo pueblo y establece con él una alianza.

Esta unidad de la Iglesia es reflejo de la Trinidad de Personas, que es su fuente, y así como en ésta hay individuos distintos dentro de una misma Naturaleza divina, algo semejante ocurre en la Iglesia. Está constituida por individuos distintos unidos por una comunión espiritual; se trata de una muchedumbre de personas reunidas en torno al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Por este motivo, podríamos concebir a la Iglesia como el lugar donde las personas humanas se encuentran con las Personas divinas.

Dios es el principio de la unidad no sólo por ser su fuente y modelo, sino porque Él habita en el corazón de los creyentes y, de esa manera, se constituye en el principio interior por el cual cada uno de los miembros participan de la misma Vida divina. La unidad en la Iglesia es, primero, la realidad interior, y luego, la realidad externa, porque a partir de esa presencia divina común a todos sus miembros surge la necesidad de realizar acciones comunes.

Esto es lo que, de alguna manera, refleja el texto que relata la vida de los primeros cristianos: «Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones» (Hech 2,42).

En este texto, se mencionan tres elementos que constituyen la unidad:

- 1) la unidad de la fe,
- 2) la unidad de culto y
- 3) la unidad social.

En primer lugar, hay unidad porque se posee una misma fe. La Iglesia es fundamentalmente una congregación de fieles, de creyentes. La fe no debe ser entendida en este caso como un simple asentimiento a unas proposiciones teóricas, sino como la apertura del hombre a la acción de Dios, entregándose enteramente y comprometiendo todo su ser en ello.

La fe es principio de unión entre los miembros de este Cuerpo, porque todos creen en lo mismo: la Revelación divina que se halla en la Sagrada Escritura y que es predicada en la Iglesia. Por lo tanto, los que creen coinciden en un único y mismo objeto, es decir, Dios, al cual conocen y aman. Por ello, están ligados los unos a los otros.

La fe en la vida de un hombre implica su apertura a una vida sobrenatural y a valores trascendentes; adquiere, entonces, un estilo de vida que lo distingue del resto de las personas. Este estilo es perceptible y es otra de las características que los cristianos tienen en común.

La fe resulta, entonces, no sólo una realidad interna que se resuelve en la conciencia individual, sino que se manifiesta también exterior y públicamente, sobre todo, cuando los hombres son instrumentos o mediadores para comunicar a otros la gracia y la palabra de Dios. El plan de salvación de Dios supone la mediación humana, y naturalmente, esto implica acciones, gestos sensibles y relaciones interpersonales.

La unidad de culto se da precisamente por la naturaleza de la Iglesia, puesto que la fe, como dijimos, se expresa también públicamente en el contexto de una

comunidad en la cual se realizan acciones puntuales. En la Iglesia, el culto está constituido fundamentalmente por los sacramentos. El primero de ellos, el Bautismo, es la puerta por la que se ingresa a esta comunión sobrenatural⁴⁴.

Los sacramentos son signos de nuestra fe en tanto la manifiestan, porque expresan el deseo de recibir parte de esa Vida divina en el alma; pero no sólo revelan una intención humana, sino que realizan una intención divina en cuanto causan eficazmente la unión con Dios. La Iglesia existe por este descenso permanente de Dios al mundo, al interior de los hombres, que se inicia en la historia con la Encarnación y llega hasta la Cruz; pero no termina allí: la acción salvífica continúa a través de los sacramentos. Por medio de los ritos sacramentales, los hombres tienen contacto real con los hechos salvíficos de la vida de Cristo.

De esta manera, la unión que existe entre los cristianos es no sólo un hecho individual y espiritual sino también un hecho sensible comunitario. Por medio de estos ritos sacramentales la Iglesia se edifica, porque por ellos los cristianos se incorporan y perseveran unidos a Dios y entre sí. En realidad, el que convoca no es ningún hombre; es Cristo mismo quien mantiene unidos a los miembros de este Cuerpo, porque la Iglesia no es otra cosa que esta presencia del Salvador en la comunidad. Los que se suman a este Cuerpo y permanecen en él lo hacen porque han descubierto allí a Cristo; no hay otra explicación.

Esta unidad de fe y la unidad de culto dan origen a una tercera forma de unidad: la fraternidad o unidad social. Como ya dijimos, el hecho de creer en lo mismo y amar lo mismo termina siendo causa de un estilo de vida y de acciones comunes.

⁴⁴ Cf. CONGAR, Y., "Propiedades esenciales..." op. cit., pp. 386-409.

De este modo, en la Iglesia, hay una comunión, es decir, un amor que genera una comunidad y que no tiene origen en los sentimientos humanos sino en el Amor sobrenatural. La comunión se origina porque Dios participa a los cristianos de su Amor; en otras palabras, los miembros de la Iglesia no se aman porque sean amigos o hagan tareas comunes, sino por la pertenencia espiritual a un Cuerpo místico. Más aun, descubrir este amor de Dios en los demás debería ser el fundamento de un amor más elevado entre los miembros; y esta comunión debería expresarse en una actitud permanente de servicio hacia los demás.

Aquí es donde realiza su tarea el Espíritu Santo: permanentemente envía gracias y dones para consolidar este amor común entre los creyentes. De todas maneras, hay que decir que la Iglesia no es un Cuerpo que esté constituido sólo en la dimensión social o humana en cuanto se da entre sus miembros una unidad por cooperación en las tareas; sino que esta unidad social tiene un fundamento y una finalidad que son el mismo Dios. Esta dirección vertical, es decir, el amor hacia Dios que surge del amor de Dios a los hombres, tiene prioridad sobre la realización social o comunitaria de esa unión.

Esta solidaridad entre los cristianos no debe quedar encerrada en los límites de la Iglesia, sino que debe ser una actitud de servicio para con el resto de los hombres, es decir, que deben ser ellos también vínculos de paz y unión con toda la humanidad.

La unidad de la Iglesia comprende también elementos jurídicos, porque se trata de una sociedad jerárquicamente organizada con autoridades, con misiones y con reglas que organizan su funcionamiento.

Unidad no debería confundirse con uniformidad, es decir, con la voluntad de asimilar todos los miembros a un único modelo de ser cristiano. La Iglesia es, por naturaleza, universal y, por lo tanto, tiende a evangelizar a todos los

hombres, esto es, a lo largo de la historia y a los hombres de distintas culturas. Por este motivo, no posee una realización única, sino que, como hecho salvífico encarnado en la historia, supone también el aporte de lo humano con todas sus riquezas y limitaciones. Son diversas las culturas cuyos valores deben ser impregnados por el Evangelio y son diversos también los dones naturales y sobrenaturales que los hombres tienen para aportar a la Iglesia, enriqueciéndola. Por eso, existen en la Iglesia distintos tipos de ritos culturales, distintas visiones teológicas, pluralidad de devociones, costumbres y espiritualidades. Todas ellas constituyen una riqueza, puesto que son el medio por el que Dios llega a todos los hombres.

Obviamente, la unidad eclesial no es una unidad perfecta aquí en la tierra, puesto que será siempre un objetivo a alcanzar y que sólo logrará perfectamente en la Vida eterna. Por esto, Jesús, hablando con su Padre poco antes de su Pasión, le pide por la unidad de la Iglesia que Él fundó: «Que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti, para que también ellos sean uno en nosotros y el mundo crea que Tú me has enviado» (Jn 17,21).

Siendo esta unidad una realidad que se da en una comunidad humana, ha tenido siempre dificultades que sobrellevar. Particularmente, son dos las formas en las cuales se quebró la unidad en la historia de la Iglesia: el cisma y la herejía. Como atestiguan ya los primeros testimonios del cristianismo, desde el inicio, existieron divisiones y enfrentamientos en las comunidades cristianas; así por ejemplo, no resultó fácil que los cristianos que venían del judaísmo aceptaran a los cristianos provenientes del paganismo.

También surgieron, desde los comienzos, desviaciones doctrinales con las cuales algunos se apartaron de la verdad y cayeron en sectas como el gnosticismo, por ejemplo. Aunque la unidad eclesial sea algo que proviene de Dios, naturalmente tiene que ver con las vicisitudes propias de

la vida humana y esto explica por qué se han producido estas divisiones.

El *cisma* es una ruptura de la comunión eclesial y se produce cuando un miembro se aparta formalmente de los sacramentos y de la autoridad de la Iglesia. Una de las causas históricas de esta separación ha sido el nacionalismo, es decir, la tentación de fundar una Iglesia nacional separada de Roma; otra, el orgullo, esto es, una desobediencia grave a la autoridad eclesial (como ocurrió hace algunos años con Mons. Lefebvre).

Un cisma importante en la Iglesia fue el que se produjo entre los siglos XI y XII. La Iglesia Oriental Ortodoxa se separó de la Iglesia occidental cuestionando la autoridad papal⁴⁵.

Otra forma de apartarse de la comunión eclesial es la *herejía*. Ésta consiste en una doctrina que se opone inmediata, directa y contradictoriamente a la Verdad revelada por Dios y propuesta auténticamente como tal por la Iglesia. Normalmente, la causa de las herejías es el apego de algunos a sus propias ideas y la no aceptación de la autoridad doctrinal de la Iglesia. Naturalmente, la Iglesia no considera hereje a quien se equivoca solamente, sino a aquél que persevera en el error o la obstinación. La herejía significa, entonces, que no hay una comunión total, sino imperfecta con la Iglesia. Sin embargo, hay que reconocer que, en la historia de la Teología, ha sido normal que aparecieran errores y discusiones en torno a ellos.

⁴⁵ Cf. CONGAR, Y., "Propiedades esenciales..." op. cit., pp. 429-471.

2. La santidad de la Iglesia

La segunda propiedad de la Iglesia es la *santidad*. Se dice que la Iglesia es santa porque en ella hay cosas que santifican y hay personas santas. Pero hay que entender bien qué significa la santidad.

El término *santidad* es de origen bíblico y comienza a usarse ya en el Antiguo Testamento cuando se lo aplica a Dios como propiedad exclusiva de Él: «Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos. Toda la tierra está llena de su gloria» (Is 6,3). Luego, se llamó al pueblo de Dios “santo”, o bien “nación santa” (Ex 19,6), para señalar que es de Dios o para Dios y que, por estar en contacto con Él, participa de esta cualidad de su Ser. Así es como son santos la tierra, el templo, los sacerdotes y el culto, por estar en un contacto más directo con Yahvé.

Este concepto de santidad pasa al Nuevo Testamento y se aplica principalmente a Cristo y al Espíritu Santo. Jesús es el “Santo de Dios” (Jn 1,14), porque es la presencia de Dios mismo entre nosotros. También el pueblo de Dios que surge a partir de la Nueva Alianza es un pueblo sacerdotal, consagrado, y por lo tanto, santo. En este caso, el fundamento de la santidad es la consagración que realiza el Bautismo y la aproximación a Dios a través de la fe (Hech 9,13; Rom 15,26).

La Iglesia es santa porque fue elegida por Dios. Con ella Dios estableció una alianza, la consagró y la convirtió en su templo, habitando en ella.

La Iglesia también es santa porque:

- está vivificada y guiada por el Espíritu Santo, que es como el alma del Cuerpo místico de Cristo;
- es comunión en lo santo, es decir, en las cosas santas; y

- es comunión de los santos, es decir, de aquellos que ya están en la gloria con los que todavía están en la tierra, mediante la comunicación de bienes espirituales.

A pesar de esta proximidad con Dios que la convierte en santa, la Iglesia está hecha también de hombres que, por no ser perfectos, tienen pecados. Cuando decimos que la Iglesia es santa, no queremos afirmar que los cristianos sean todos perfectos y santos, pero sí que es posible hallar algunos en ella y, por tanto, acercarse a la santidad. Esta cualidad es un don, porque se trata de la gracia de Dios que purifica a la Iglesia, pero es también una tarea porque debe ella permanecer fiel a la Alianza que tiene con Dios⁴⁶.

La santificación de los creyentes se realiza, principalmente, a través de los sacramentos, pues por medio de ellos, se ponen en contacto directo con la vida sobrenatural, santificándose.

La santidad propiamente dicha se da en los principios formales que constituyen la Iglesia, es decir, en el depósito de la fe, los sacramentos y los ministerios. Todas estas realidades son santas porque proceden de Dios y a Él conducen. A lo largo de la historia de la Iglesia, hay muchos ejemplos de esta santificación de Dios en los hombres, puesto que no sólo hubo grandes santos, sino que también se puede decir que hoy los hay, aunque no todos lleguen a ser conocidos como la madre Teresa de Calcuta.

Sin embargo, también es cierto que el pecado existe y se da también entre sus miembros, puesto que, en la Iglesia, no sólo hay santos, sino también pecadores. El pecado de algunos de sus miembros no afecta a la santidad que se

⁴⁶ Cf. SAYÉS, J. A., *La Iglesia de Cristo*, Madrid, Palabra, 1999, pp. 283-290.

origina de la Cabeza misma, es decir, de Cristo y del Espíritu Santo, y que por eso, depende de Dios y no de la voluntad humana. Aquél que es pecador se separa de una comunión perfecta con el Cuerpo místico de Cristo y debe volver a lograr una pertenencia espiritual más perfecta por la unión de la caridad.

3. La catolicidad de la Iglesia

El término *católico* significa *totalidad* y, aplicado a la Iglesia, significa que la verdadera, auténtica y universal Iglesia es la de Cristo. La universalidad de la Iglesia consiste en que:

- se extiende por todo el mundo;
- las Iglesias locales están en comunión con la Iglesia universal;
- posee el depósito de la verdadera Doctrina;
- Cristo vino a salvar a todos los hombres y porque, a partir de Él, la salvación no está ligada a una raza ni a una nación, sino que se dirige a todos;
- tiene la plenitud de la vida sobrenatural que es Cristo mismo;
- la fe cristiana está dirigida a todos los hombres;
- anuncia la totalidad de la Verdad religiosa, es decir, al verdadero Dios.

Como enseña San Pablo, al hablar de Cristo dice: «Él quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad. Hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo, hombre Él también, que se entregó a sí mismo para rescatar a todos» (1 Tim 2,1-5). Cristo es el principio universal de la salvación porque en Él se unen las

dos naturalezas; por eso, puede rescatar a todos los hombres del mundo.

La Iglesia participa de este poder de Cristo en cuanto mediadora y, a través de ella, Cristo ejerce su poder universal. En Él, están contenidas todas las gracias y dones que el hombre necesita para salvarse, de modo que Él mismo es el fundamento de la catolicidad de la Iglesia⁴⁷.

Cristo realiza esta misión universal a través de su Espíritu en el interior de los hombres. De esta manera, es el mismo Dios el que hace que la Iglesia sea católica, es decir, universal. La catolicidad muestra también la capacidad de los medios salvíficos que tiene la Iglesia para redimir a todo hombre y a todos los hombres. La Iglesia busca incorporar cada vez más a los hombres, conforme al mandato que recibió de Jesús y según los designios divinos de edificación del Cuerpo Místico.

También en el caso de esta propiedad, como en las anteriores, se produce el hecho de que hay algo que la Iglesia ya posee pero que todavía no tiene en plenitud, puesto que, si bien ya es católica, le falta aún completar su misión en la historia: la de llevar a todos los hombres a Cristo.

Todos los hombres son admitidos en el seno de esta Iglesia católica sin importar su origen, su cultura o su nacionalidad. Por eso, es también católica en virtud de la universalidad de la naturaleza humana y de la noción de totalidad que supone el cosmos redimido a través de la Redención del hombre.

En este punto, la Iglesia se diferencia, además, de las otras agrupaciones religiosas como las sectas, puesto que

⁴⁷ Cf. GARCÍA EXTREMEÑO, C., *Eclesiología...* op. cit., pp. 288-292.

éstas no se dirigen a todos los hombres, sino que siempre trabajan a partir de la noción de un grupo de santos separados del resto del mundo. La Iglesia es sacramento universal de salvación, signo eficaz de la Redención para la salvación de todos los hombres.

4. La apostolicidad de la Iglesia

4.1. La sucesión apostólica

Desde el inicio, la Iglesia tiene conciencia clara de lo que significan los apóstoles en su constitución. Aquellos discípulos de Cristo resultan muy importantes para la Iglesia no sólo por haber sido los primeros en seguirlo, sino porque son la garantía y la norma de la verdadera Iglesia de Cristo.

Ya desde el primer siglo, vemos que, cuando las Iglesias cristianas necesitan distinguirse de las sectas, recurren a la autoridad de un obispo, quien tiene relación directa con alguno de aquellos primeros apóstoles. Es de esta manera como cada obispo prueba pertenecer a la verdadera Iglesia, por estar válidamente ordenado y conservar la recta doctrina.

Así fue como la apostolicidad indicaba tres aspectos:

- apostolicidad de origen,
- apostolicidad de doctrina y
- apostolicidad de sucesión jerárquica⁴⁸.

⁴⁸ Cf. CONGAR, Y., “Propiedades esenciales...” op. cit., pp. 547-605.

Esta sucesión apostólica se realiza por consagración y por imposición de manos. Por lo tanto, un ministro es válidamente ordenado cuando es consagrado por aquél que tiene la potestad sagrada para ello y hace uso de la fórmula oficial de consagración, respondiendo a la voluntad de la Iglesia. Por el contrario, el no cumplimiento de estas condiciones implica que la consagración no se lleve a cabo de forma válida. Con estos requisitos, se pretende conservar la unidad de misión, porque, de otra manera, se produciría una desvinculación de la autoridad sacral que, en última instancia, es una: el Papa.

De este modo, el hecho de que la Iglesia sea apostólica remite concretamente a la sucesión apostólica descrita, es decir, que la consagración de un obispo hoy puede remontarse en la historia hasta aquellos apóstoles.

Pero no es el único sentido de la apostolicidad, puesto que se trata no sólo de asegurar un culto válido, sino, además, de asegurar también la unidad de fe; es un signo de pertenencia a la misma Iglesia conservar la doctrina que aquellos apóstoles comenzaron a enseñar. Se trata, entonces, de una fidelidad también a la tradición o a la enseñanza de los apóstoles. Esto es lo que el obispo de una diócesis garantiza hoy por su comunión con la Iglesia de Roma.

Lo dicho hasta aquí no significa que sólo los ministros consagrados participan de la apostolicidad; también los fieles laicos lo hacen en la medida en que permanecen fieles al depósito sagrado de la Palabra de Dios transmitido por el Magisterio oficial de la Iglesia.

La comunión sacramental y doctrinal con la verdadera Iglesia pasa, entonces también, por la comunión con los apóstoles y con sus sucesores, así como por las enseñanzas de ellos.

4.2. La apostolicidad como comunión de personas

Además, podría también definirse a la Iglesia como un misterio de comunión, puesto que ella consiste esencialmente en una vida en común entre los cristianos y con Dios. Como dijimos antes, la Iglesia ha sido hecha a imagen de la Trinidad; así como en Dios hay comunión de Personas distintas en una misma naturaleza, cuando Dios quiere salvar a los hombres, funda también en la historia una comunidad de personas. La comunión eclesial entre los miembros de este Cuerpo Místico tiene una finalidad directamente teológica que lo transforma: la comunión con las Personas divinas en el Cielo.

De allí que todas las acciones de la Iglesia tiendan a constituir esa comunión sobrenatural de personas. La fe se expresa en ella no como una realidad individual sino comunitaria; por eso, las celebraciones puntuales en las cuales se expresa y alimenta la fe se realizan siempre en el ámbito comunitario. Por lo tanto, toda comunión en la Iglesia surge de esta primera Vida divina que todos sus miembros poseen.

La Iglesia debe ser una unión fundamentalmente espiritual, pero también una comunión de bienes materiales por el servicio y la solidaridad con los pobres.

4.3. La comunión de las iglesias locales con la Iglesia de Roma

También podemos decir que es una comunión de iglesias en cuanto las iglesias locales deben estar unidas con la Iglesia de Roma.

Las *diócesis* son porciones del pueblo de Dios guiadas por un pastor, el Obispo, que deben estar unidas a la Iglesia madre; son las iglesias particulares en las cuales se hace presente toda la Iglesia universal con sus propiedades

esenciales. Así es como la Iglesia universal es una comunión de iglesias particulares. Todas provienen de una que es la cabeza, la Iglesia de Roma, y todas expresan con las particularidades de cada cultura la riqueza que ella posee.

La Iglesia, entonces, puede definirse o concebirse como una comunión por la unidad de personas que establece, en primer lugar, con Dios, y en segundo lugar, entre los miembros que la componen.

Esta comunión se expresa también en el *culto*, particularmente en las celebraciones sacramentales y en la solidaridad con las necesidades de los demás. Así mismo la relación entre las distintas iglesias locales entre sí y con Roma constituyen una comunidad de iglesias, pero estas formas de comunión no se realizan de manera espontánea o por iniciativa individual, aislada, sino que resultan también de la organización institucional. Para que todas esas formas de comunión y las diversas expresiones culturales y tradiciones de las iglesias particulares no quiebren la unidad, existe una comunión jerárquica, esto es, el ejercicio del ministerio sagrado para garantizar la unidad de la pluralidad⁴⁹.

4.4. La jerarquía eclesial

La Iglesia Católica tiene una estructura jerárquica que no fue instituida por la voluntad humana, sino por la decisión del mismo Cristo, quien quiso que el grupo de los apóstoles tuviese una cabeza y que ellos, a su vez, fueran cabezas en las distintas comunidades cristianas. En las últimas apariciones después de resucitado, Jesús les transmite el poder de perdonar y el poder de consagrar, y luego les envía el Espíritu Santo para que aquellos discípulos y sucesores continúen su misión a lo largo de la historia.

⁴⁹ Cf. TILLARD, J. M. R., *L'Église locale*, París, Conf, 1995.

Todo esto forma parte de la Revelación y de la tradición viva de la Iglesia desde el inicio. En las comunidades cristianas, se distinguía a los *sacerdotes*, que tenían el legítimo poder sagrado para consagrar en la Eucaristía, y a los *obispos*, quienes poseían la potestad de gobierno de dichas comunidades.

La existencia de la jerarquía en la Iglesia no hay que entenderla sólo como una expresión de la voluntad humana de organizarse a partir de un jefe, como puede suceder en cualquier otra sociedad sea civil o militar; la decisión de que la Iglesia tenga una jerarquía está en el mismo Cristo, como veremos, y además, se ordena esencialmente al servicio⁵⁰.

Los ministerios sagrados (sacerdocio, episcopado, etc.) no tienen un fin en sí mismo, sino que se ordenan al *servicio de la comunidad eclesial*. Esto significa que el que tiene una potestad sagrada ha recibido un don para ponerlo al servicio de los demás; esto es lo que enseña el mismo Jesús: «Los reyes de las naciones gobiernan como señores absolutos, y los que ejercen la autoridad sobre ellos se hacen llamar bienhechores; pero no así vosotros sino que el mayor entre vosotros sea como el menor y el que manda como el que sirve» (Lc 22,25-26).

La *potestad sagrada* que tienen los ministros se transmite mediante la consagración, es decir, cuando algunos reciben en una celebración sacramental el ministerio. Esa consagración les permite actuar en el nombre y con el poder de Cristo, y también en nombre de la Iglesia. Esto no significa que el ministro sustituya a Cristo, sino que lo representa cuando consagra o bautiza de acuerdo con la fe y las costumbres de la Iglesia.

⁵⁰ Cf. GHERARDINI, B., *La chiesa, mistero et servizio*, Roma, Bib. Sc. Religiose, 1994, pp. 189-220.

La institución de la jerarquía se inicia durante la vida de Cristo cuando elige a los doce apóstoles de entre el grupo de los discípulos (Mc 3,13-14; Mt 19,28). Ellos son elegidos para ser testigos de la Resurrección y proclamarla por todo el mundo, con la garantía de recibir la asistencia de Jesús y el Espíritu Santo en esta tarea (cf. Mt 28,19; Mc 16,15-16; Lc 24,47; Jn 20,23).

Aquellos doce tienen un lugar especial dentro de la Iglesia, porque constituyen la garantía de la relación directa con el Jesús histórico y con lo que Él quiso hacer en medio de los hombres. Los apóstoles recibieron el mandato directamente de Cristo y, por eso, se los considera fundadores y fundamento mismo de la Iglesia.

Esta función de los apóstoles no se puede transmitir a cualquier otra persona. Sin embargo, como la Iglesia debe prolongarse en el tiempo, surge en ellos la necesidad de consagrar también a otros, transmitiendo el poder sagrado que recibieron de Cristo; por eso, eligen a sucesores, es decir, a *nuevos apóstoles* que dirijan las comunidades y que elijan ellos, a su vez, a los colaboradores que prolonguen su actividad⁵¹.

Las primeras comunidades cristianas surgen, entonces, como comunidades en las cuales no sólo se vive la fe y la caridad, sino que tienen una mínima estructura organizacional, como se cuenta en los Hechos de los Apóstoles y las Cartas, donde encontramos los primeros testimonios que reflejan la vida de aquellos cristianos.

Las comunidades están presididas por obispos y éstos, a su vez, tienen colaboradores, que son los sacerdotes y los diáconos. Todos ellos tienen por finalidad sostener y

⁵¹ Cf. BUENO de la FUENTE, E. *Eclesiología*. Madrid: BAC, 1998, pp. 185-207.

acrecentar la vida comunitaria y lo hacen en nombre de Cristo. No cualquier persona puede enseñar con autoridad, tampoco a cualquiera se le permite consagrar, sino que, para esas tareas sagradas, existen los ministros. De esta manera, la continuidad histórica de ministros consagrados, llamada como vimos *sucesión apostólica*, se convierte en signo y garantía de las verdaderas comunidades eclesiales.

De este modo, vemos cómo la jerarquía surge, entonces, de la voluntad divina.

4.5. El ministerio episcopal

El rol de aquellos primeros obispos fue muy importante en cuanto a la definición de las comunidades cristianas, respecto a:

- las herejías, señalando la verdadera interpretación de la escritura,
- las verdaderas celebraciones puntuales, determinando aquellas que realizaban los ministros correctamente ordenados.

En la Iglesia, entonces, ellos mantienen la *unidad de la fe* frente a las opiniones privadas, a las revelaciones personales, a las tradiciones extrañas de algunas sectas. Esta sucesión apostólica es la que permite, además, que la tradición de aquella Iglesia fundada por Cristo y la predicación de la Verdad lleguen hasta nosotros sin modificaciones. Nada ha cambiado en la doctrina que los apóstoles enseñaban; seguramente se ha explicitado mejor, se ha ampliado la posibilidad de comprenderla, sobre todo, mediante la Teología, pero en definitiva, es la misma fe la que se ha conservado hasta nuestros días y se ha transmitido en la Verdad.

Los obispos son sucesores de los apóstoles:

- son los representantes de Cristo en las diócesis, participando del triple ministerio de Cristo de santificar, enseñar y gobernar.

- son cabeza de las iglesias particulares, constituyéndose en principio y fundamento visible de la unidad de ellas⁵².

- son *maestros auténticos de la fe*, porque uno de sus oficios principales es la predicación del Evangelio; tienen la misión de transmitir la verdadera enseñanza e interpretación de la Sagrada Escritura y de custodiarla determinando qué doctrinas se apartan de ella;

- tienen el *oficio de santificar*, porque tienen la gracia del supremo sacerdocio, de modo que pueden administrar todos los sacramentos conforme a las leyes de la Iglesia; por ello, dispensan las órdenes sagradas, es decir, pueden consagrar sacerdotes a los hombres;

- tienen el *oficio de gobernar* las comunidades eclesiales; tienen sobre ellas una potestad ordinaria e inmediata como vicarios y legados de Cristo. Este gobierno implica o significa también las leyes, juzgar, regular, todo lo que tiene que ver con el culto y las tareas apostólicas.

4.5.1. El ministerio papal

El obispo, si bien preside una iglesia particular, forma con el resto de los obispos el *colegio episcopal*, porque todas las iglesias particulares forman parte de una Iglesia universal. Este colegio episcopal tiene, a su vez, una cabeza

⁵² Cf. FAYNEL, P. La Iglesia, op. cit., pp. 322-340.

que lo preside: el Papa. Los obispos siempre deben estar en comunión con él, porque es quien los designa y autoriza su consagración.

El Papa ocupa un lugar especial en la Iglesia universal al ser su cabeza. También su ministerio es el resultado de una elección directa de Cristo, porque ya Pedro ocupaba un lugar peculiar en el colegio de los Doce Apóstoles.

Como enseñan los textos del Nuevo Testamento, Pedro es el primer llamado y el primer enviado por Jesús (Mc 1,16-18; Mt 4,18; Lc 5,1-11); es también el que aparece primero en la lista de los apóstoles y el que se presenta como portavoz del grupo (Mc 3,16; 9,2-5). Además, Pedro aparece como personaje principal en algunos momentos significativos de la vida de Cristo, como por ejemplo, la Transfiguración.

Pedro recibe una misión especial de entre los apóstoles, por eso, como afirma San Pablo, Cristo, una vez resucitado, se aparece primero a Pedro y después a los Doce, como signo de reconocimiento del lugar singular que él ocupa. Además, Cristo le cambia el nombre de *Simón* a *Pedro* para significar su nueva misión: la de ser *roca*.

Él, por otra parte, es el que congrega a los discípulos después de la Resurrección, asumiendo la conducción del grupo de los apóstoles. Entre sus funciones, figuran: inspeccionar comunidades, aceptar la incorporación de nuevas comunidades, decidir la incorporación de los paganos, entre otras. Todo esto lo hace porque los apóstoles recuerdan bien las palabras de Jesús: «Al llegar a la región de Cesarea de Filipo Jesús preguntó a sus discípulos: “¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que es?” (...) “Y ustedes”, les preguntó, “¿quién dicen que soy?” Tomando la palabra, Simón Pedro respondió: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Y Jesús le dijo: “Feliz de ti, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo. Y yo te digo: Tú

eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y el poder de la muerte no prevalecerá contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos. Todo lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo» (Mt 16,13-19) .

Jesús llama *Cefas* o *Pedro* a Simón, porque lo constituye en el fundamento último de la Iglesia; él es el cimiento que le da consistencia a todo el edificio, pero lo que recibe es un poder que le da Dios no por cualidades personales que le vienen de la carne o de la sangre.

Las “llaves del Reino de los Cielos” es un simbolismo para designar la autoridad que recibe para administrar la casa, es como decir que lo constituye en su *mayordomo* o *vicario*. Y el “poder de atar y desatar” significa la capacidad de determinar sobre cuestiones doctrinales, jurídicas y éticas. Este poder no fue dado sólo a Pedro, sino también a todos sus sucesores a lo largo de la historia, quienes tienen la misión de ser el fundamento de la verdadera fe de la Iglesia. Por eso, Jesús mismo dice: «¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti como para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos» (Lc 22,31-32).

Otro de los textos bíblicos que confirman este ministerio de conducir a la Iglesia universal que Cristo le confía a Pedro es el relato de una de las apariciones de Jesús resucitado, en el cual le encomienda que apaciente el rebaño: «Apacienta a mis ovejas», refiriéndose con esta expresión a la totalidad de los creyentes (Jn 21,15-17).

Esta función que el Papa cumple en la Iglesia se denomina *Primado*, puesto que ha sido constituido por Cristo como cabeza de los apóstoles y de toda la Iglesia visible en la

tierra⁵³. La Iglesia tiene una cabeza por la siguiente razón: «Para que el episcopado mismo fuese uno solo e indiviso, estableció al frente de los demás apóstoles al bienaventurado Pedro, y puso en él el principio y fundamento perpetuo y visible, de la unidad de fe y comunión. Esta doctrina de la institución, perpetuidad, fuerza y razón de ser del sacro primado del sumo Pontífice y de su magisterio infalible, el santo Concilio la propone nuevamente como objeto firme de fe a todos los fieles»⁵⁴.

Desde los inicios del cristianismo, la iglesia de Roma tuvo siempre conciencia de tener una función especial en relación a las otras iglesias, siendo ella la garante de la tradición apostólica. De esta manera, la Iglesia que está en comunión con Roma está en comunión con toda la Iglesia Católica. El Papa actual es sucesor de aquel primer obispo de Roma, el apóstol Pedro, haciendo las veces de él hoy para Roma y para toda la Iglesia, mediante la sucesión episcopal en la sede apostólica.

El Papa gobierna a la Iglesia como cabeza del colegio episcopal, no sin ellos o fuera de este colegio. Cristo mismo quiso que así fuera. La colegialidad expresa la comunión que anima a las distintas iglesias que forman parte de la Iglesia universal y ella se expresa principalmente en el hecho de que poseen la misma doctrina, la misma fe, la misma caridad, el mismo Espíritu Santo.

Pero esta colegialidad se expresa también en los *sínodos y concilios* (reuniones de los obispos) durante los cuales se reúnen los representantes de toda la Iglesia con su

⁵³ Cf. GHERARDINI, B., *La chiesa...* op. cit., pp. 221-243.

⁵⁴ CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática Lumen Gentium...*, op. cit., 18.

cabeza, que es el Papa. *Colegio* en la iglesia no hay que entenderlo en un sentido jurídico, porque no se trata de un grupo de iguales que transmiten su poder a un jefe, porque la potestad plena, suprema y universal que tiene el Papa sobre toda la Iglesia la recibe directamente de Dios, aunque la ejerce siempre junto al colegio de los obispos⁵⁵.

Una de las tareas fundamentales que el Papa tiene en la Iglesia es el *ejercicio del magisterio apostólico*, es decir, la función de guardar, explicar y defender el depósito de la Revelación confiada a la Iglesia por el mismo Cristo⁵⁶. Cristo después de resucitado envía a los apóstoles a enseñar y a bautizar en su nombre y, luego, les envía el Espíritu Santo para que los asista en esta misión. La misión de la Iglesia empieza en Pentecostés y se prolonga hasta el final de los tiempos. El magisterio es, entonces, el oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios y ha sido confiado al Papa y a los obispos.

A lo largo de la historia de la Iglesia, el magisterio tuvo la misión de determinar la verdadera doctrina, saliendo al paso de los errores teológicos. Por eso, los concilios, desde los inicios del cristianismo, expresaron, de forma breve y precisa, las verdades fundamentales de la fe en *definiciones dogmáticas*. Estas definiciones versan sobre los misterios de la fe y, si bien no explican todo el misterio (tarea que después debe hacer la teología), fijan las pautas para su comprensión.

Los obispos y el Papa son quienes tienen encomendada esta tarea de enseñar, en virtud de la autoridad recibida de Cristo. Así es como los obispos deben ajustarse

⁵⁵ Idem, 22.

⁵⁶ Cf. COLLANTES, J., *La Iglesia de la Palabra*, Madrid, BAC, 1972, vol. I, pp. 116, 252.

en sus enseñanzas al magisterio universal, ejerciendo un magisterio ordinario en sus diócesis por la predicación, la catequesis, las cartas pastorales, etc. Los concilios ecuménicos expresan el magisterio extraordinario o solemne como las enseñanzas oficiales del Papa.

Respecto de la enseñanza de la verdad, la Iglesia cuenta con un don especial que se denomina el *carisma de infalibilidad*⁵⁷. Por una gracia especial del Espíritu Santo, cuando el Papa habla como pastor y doctor universal de la Iglesia declarando una doctrina de fe o costumbre, no puede engañarse ni engañar, es decir, no puede caer en error. No se trata de una cualidad especial del sujeto, sino de un don divino que tiene por fin asegurar la enseñanza de la Verdad y no someterla a los errores humanos. En realidad, se trata de un don para toda la Iglesia con el cual se la preserva de todo error respecto de los temas más importantes de la fe. Se trata de una de las formas en que Cristo mismo está presente en la Iglesia, la asiste y la dirige, a través de los hombres.

La Iglesia ha tenido siempre conciencia de ser asistida por el Espíritu Santo, especialmente en la enseñanza de estas verdades de fe. Por lo tanto, el romano Pontífice, cuando enseña como maestro supremo de la Iglesia y no como persona privada, enseña siempre la verdadera doctrina de la fe católica. Esta enseñanza no puede ser sometida a un tribunal superior ni depende del consentimiento de la Iglesia, sino que es verdadera por sí misma e irreformable.

Hay que aclarar aquí que esto es así cuando se trata de materia de fe y costumbre, y cuando dicha enseñanza se propone de manera oficial y solemne. El carisma de infalibilidad no actúa cuando el Papa emite su opinión sobre

⁵⁷ Cf. CONCILIO VATICANO I, *Constitución Dogmática Pastor Aeternus sobre la Iglesia de Cristo*, Roma, 18 de julio de 1870, cap. 4.

otro tipo de temas, como por ejemplo, cuestiones culturales, políticas, sociales, entre otras.

Para comprender bien lo que significa semejante don concedido a la Iglesia, deberíamos recordar lo que definimos antes cuando dijimos que la jerarquía es un servicio para el bien de la Iglesia y no un privilegio personal.

La Iglesia es jerárquica por voluntad de Cristo y, como Él mismo dice, el que ejerce el poder debe servir a los demás; por eso, ser cabeza de toda la Iglesia o ser cabeza de una comunidad eclesial local significa servirla, ejerciendo la autoridad en nombre de Cristo y según su modo de mandar.

Puede ser que sea éste uno de los aspectos que más cueste comprender del misterio eclesial, porque para muchos, sería más simple una creencia o religión sin institución. Sin embargo, como dijimos antes, Dios quiso que la salvación no fuera un hecho aislado, sino comunitario. Quiso también Él que así como en el orden natural unos se ayudan a otros para realizarse, también para alcanzar la Vida eterna puedan algunos ser instrumento de su gracia.

Cristo quiso prolongar su presencia a lo largo de la historia a través de los hombres, porque Dios quiso manifestarse a los hombres asumiendo una naturaleza humana.

Dios, el Dios cristiano, valora mucho la humanidad. Quizá a los hombres nos cueste entender cuánto Dios la aprecia y, por eso, nos cuesta aceptar que lo divino pase a través de lo humano.

Si a nosotros nos cuesta ver lo divino en una institución de hombres, ¿no nos habría costado también comprender cómo Jesús de Nazareth comía, dormía y tenía todos los sentimientos humanos, y a la vez, caminaba sobre las aguas, curaba enfermos, resucitaba a los muertos,

perdonaba los pecados? La Iglesia sólo prolonga en la historia la presencia de Dios que elige lo humano para realizar la salvación.

Capítulo 5. Necesidad de la Iglesia para la salvación

Todas las religiones se refieren siempre a un mismo objetivo: la *salvación*; pero no todas la entienden del mismo modo, puesto que algunos proponen la perfección humana como una realidad meramente temporal. Así por ejemplo, hay algunas experiencias religiosas para las cuales la salvación pasa por un estado de liberación humana tanto de las necesidades como de las tensiones que éstas producen. El budismo se propone alcanzar el *nirvana*, que es una especie de anulación de los apetitos humanos en pos de una pacificación interior. En este caso, la salvación queda encerrada en los límites de la subjetividad individual y no hay búsqueda de ninguna otra realidad externa con la cual comunicarse.

1. El concepto de salvación en la Iglesia Católica

Otra de las formas de concebir la salvación como una realización intrahistórica consiste en el concepto de *salvación* que proponen algunos movimientos religiosos, como las sectas. Éstas presentan a los hombres una salvación que tiene que ver más con el bienestar físico; de este modo, se promete la sanación de enfermedades, la obtención de trabajo y el éxito económico, la resolución de los conflictos personales y familiares.

Por otra parte, existen también instituciones religiosas que proponen una salvación que tiene que ver con un estado de perfección que se alcanza después de esta vida temporal. En este caso, lo religioso toma una dirección vertical, proyectándose fuera del tiempo y relacionándose con un ser que no es humano. La divinidad, entonces, como realidad externa al hombre, pasa a ser el concepto clave. Pero respecto de ella, existen distintas opiniones que generan

distintos modos de relación posible entre lo humano y lo divino. Así pues, hay religiones que hablan de un Dios único, como la religión de los musulmanes, de los judíos, de los cristianos. Sin embargo, sólo la de los cristianos afirma la existencia de Personas distintas en el seno mismo de la divinidad. No se trata de varios dioses, sino de individuos distintos dentro de una misma Esencia divina.

La noción de Dios, en este caso, es clave, dado que, a partir de ella, se estructura la realización también temporal de lo religioso. Más aun, se constituye una religión que propone que la salvación se alcanza de una manera perfecta en el Cielo, aunque hay un inicio de ella en la tierra. En este caso, el inicio se identifica con una realidad principalmente espiritual que luego redundará en el ámbito interpersonal. Se trata del orden espiritual que la persona humana alcanza en la medida en que orienta su vida al verdadero fin y establece, a partir de él, una ordenación jerárquica de valores y criterios para medir los distintos tipos de felicidad que se pueden alcanzar durante la existencia terrenal. En este sentido, la salvación no sólo es promesa de futuro, sino también una realidad presente.

Esto sucede con la salvación que se propone en el ámbito del cristianismo, porque en él la fe se presenta como el comienzo de una perfecta visión de Dios en el Cielo.

Ahora, cuando hablamos de cristianismo, debemos distinguir dos posturas:

- las visiones parciales del cristianismo que constituyen la doctrina de las sectas, porque si bien hablan de Cristo, reinterpretan su enseñanza cambiando muchas veces la totalidad de su mensaje;
- la enseñanza de las distintas iglesias cristianas, separadas de la Iglesia Católica a partir de la reforma del siglo XVI (la iglesia luterana, calvinista, bautista, etc.). En este caso, si bien el concepto de Dios

y de religión son muy similares, hay variantes en lo que se entiende por fe y su práctica.

La Iglesia Católica tiene un modo de concebir la salvación a partir de lo que Cristo le transmitió. Tiene, además, la conciencia de conocer en plenitud lo que la salvación significa, pero una plenitud que no procede de las condiciones de los hombres, sino del hecho de que es el mismo Hijo de Dios, Cristo, la plenitud de la Verdad y el que transmitió esa plenitud a la Iglesia.

La Iglesia dice poseer la Verdad sobre la salvación, porque ella no es más que un instrumento de la presencia salvífica de Cristo en la tierra.

Vamos a abordar, ahora, las siguientes cuestiones:

- 1) si sólo los cristianos alcanzan la salvación.
- 2) cuál es la relación que tiene Cristo con la Iglesia.
- 3) qué entienden por salvación las grandes religiones.
- 4) cuál es la salvación que proponen las sectas.

2. La Iglesia es necesaria para la salvación

La Iglesia Católica, desde sus inicios, tiene clara conciencia de ser el pueblo que Dios fundó en la historia con el fin de hacer que los hombres lo conozcan y lo amen. Ella, además, tiene conciencia de no haber sido fundada por uno o varios hombres, que recibieran alguna *revelación* o *inspiración especial*, sino que sabe que fue fundada por el mismo Hijo de Dios en la historia. Por este motivo, sabe que

no sólo posee la Verdad, sino que, además, tiene todos los medios para hacer que los hombres accedan a Dios.

Esta autoconciencia de la Iglesia se expresa en una frase que dice así: «Fuera de la Iglesia no hay salvación». Esta fórmula fue creada por los primeros teólogos (los Santos Padres), entre ellos, especialmente, San Ireneo, San Cipriano, San Agustín y San Ambrosio. Esta expresión surge en el contexto de las primeras separaciones que se producen en la primeras comunidades cristianas, por lo tanto, lo que pretende transmitir es que los cristianos no deben apartarse de la verdadera Iglesia, donde se enseña la plenitud de la Verdad sobre Dios, siguiendo la voluntad del mismo Cristo. Hay que recordar, también, que en esa época, se pensaba que todas las personas en el mundo tenían la posibilidad de conocer el cristianismo y, por lo tanto, la expresión tiene también la intención de ser una exhortación general a incorporarse a él.

Con el tiempo, obviamente, cambió la visión del mundo y la posición de los cristianos, quienes se enfrentan a culturas más bien indiferentes ante lo religioso; por esto, el sentido de la frase cambia de perspectiva.

Después de veinte siglos de vida, la Iglesia Católica sigue enseñando lo mismo, esto es, que en ella, existe la plenitud de la Verdad y los medios necesarios para alcanzarla, porque sigue siendo la misma Iglesia que Cristo fundó durante su vida terrenal. Por eso, hoy en día, la Iglesia se expresa así: «Esta Iglesia peregrina es necesaria para la salvación. Pues solamente Cristo es el mediador y el camino de salvación, presente a nosotros en su Cuerpo, que es la Iglesia»⁵⁸.

⁵⁸ CONCILIO VATICANO II, *Constitución apostólica Lumen Gentium...* op. cit., 14.

En otras palabras, lo que la Iglesia pretende expresar es que no hay más sistema de salvación que la única e indivisa Iglesia Católica. Ella es la única institución fundada por Cristo para procurar la redención de todos los hombres y que posee los medios necesarios para conseguirlo. Más aun, siendo Cristo el único Salvador y hallándose Él presente en la Iglesia, es posible decir que toda gracia o don divino que ayude al hombre a salvarse, en cierta manera, nace de la Iglesia y a ella también tiende. La Iglesia no enseña que aquellos que no pertenecen a la institución eclesial no vayan a acceder a la beatitud, o bien, que aquellos que están incorporados a esta comunidad la hayan conseguido automáticamente. Los católicos constituyen no una comunidad de *salvados* (si no se convertiría en una secta), sino un grupo de personas que buscan salvarse y que han encontrado el medio más apto. La Iglesia es precisamente eso: un medio para la salvación. No es un fin en sí mismo, de forma tal que, cuando ella incorpora un miembro nuevo, está sumando una persona a participar de la Vida divina, y no invitando a vivir en dicha comunidad como si sólo en eso consistiera la redención.

La Iglesia no se propone ni se predica a sí misma, sino que busca un objetivo que no es ella misma; habla de Dios a los hombres y se propone como un puente para llegar a Él. Ésta es la razón de ser de la Iglesia: ser sólo una guía, un camino hacia Dios.

Así como Cristo es camino hacia Dios por ser el Hijo que manifiesta el ser de Dios y trae su mensaje a los hombres, así la Iglesia, que es la comunidad de salvación fundada por Cristo, es el camino que conduce a Cristo, o mejor dicho, el lugar donde se enseña toda la Verdad de Cristo y se reciben las fuerzas espirituales para seguirlo.

La primera conclusión que podemos sacar, entonces, respecto a la salvación, es: la Iglesia no es un fin en sí misma sino que es sólo un *instrumento*. Y como todo instrumento,

no puede actuar sino por medio de la Causa principal, que es Dios, y en orden a un fin último, que también es Dios.

La salvación no es la Iglesia; la salvación es Cristo, que es Dios. Cristo se halla en la Iglesia y, por esto, se puede decir que la salvación está en la Iglesia.

Insistimos mucho en este punto, porque algunos movimientos o instituciones religiosas se proponen a sí mismas como la salvación, de manera tal que aquellos que ingresan al grupo tienen la sensación de haber alcanzado ya la perfección.

En la Iglesia, sólo están los medios; pueden ser usados o no. De hecho, la Iglesia reconoce que tiene entre sus miembros algunos que son pecadores, es decir, que están apartados de Dios por no seguir su voluntad, pero no los expulsa de la comunidad, sino que, por el contrario, trata permanentemente de acercarlos nuevamente a Dios. Esto no sucedería si se pensara que sólo los puros, los santos, los salvados pertenecen a ella.

La salvación, entonces, no es una realidad que se dé de manera perfecta en la Iglesia terrenal, sino el fin que se busca. Todo esto permite encontrar el verdadero sentido de la Iglesia como mensajera de una Verdad que no es inventada por ella, sino recibida de Dios. En la Iglesia, lo más importante, lo único importante es Cristo; y toda su organización y actividades tienen la finalidad de hacer presente a Cristo en el mundo.

3. La Iglesia como “sacramento de Cristo”

Para comprender mejor en qué medida la Iglesia es una obra de salvación, hay que explicar de qué manera se relaciona con Cristo. Y una de las mejores formas de definir esta relación consiste en definir a la Iglesia como “sacramento de Cristo”, ya que así como el Hijo es sacramento del Padre

en cuanto hace visible al Dios invisible, de la misma manera, la Iglesia hace visible a Cristo mediante distintas acciones.

La palabra *sacramento* traduce el término griego *mysterion*, que aparece en el Nuevo Testamento y se refiere al plan salvífico de Dios realizado en Cristo. Por este motivo, se puede aplicar a la Iglesia, porque esta comunidad de salvación es la realización y prolongación histórica del misterio de Cristo. Cristo no es un medio para la salvación sino la salvación misma; la Iglesia es el medio para llegar a Él.

Misterio significa también algo oculto y, en este caso, al referirse a realidades divinas y espirituales, se trata de una materia que el hombre no puede conocer de manera perfecta, puesto que siempre supera las posibilidades del conocimiento humano. Queda siempre algo por conocer. De todos modos, nada tiene que ver esto con el sentido que tiene la expresión dentro del ocultismo y las relaciones privadas que proponen muchas sectas.

La Iglesia es sacramento, porque es también una causa de la gracia. En efecto, todo sacramento es un signo sensible y eficaz de la gracia. Ella es, además, un instrumento por medio del cual pasa la gracia a los hombres. Obviamente, los sacramentos son siete y no se trata de decir que la Iglesia es uno más, sino que el ser de la Iglesia se parece al de un sacramento como realización invisible de una acción salvífica.

En realidad, podríamos expresarlo mejor así: Cristo es el sacramento radical de salvación para los hombres en el tiempo que transcurre entre la ascensión y la parusía (la segunda venida de Cristo al mundo al final de los tiempos). La Iglesia es sacramento de Cristo, mediante los ritos sacramentales, las instituciones visibles y todas las tareas apostólicas y de caridad con las cuales intenta hacerlo presente en la historia: «Como la naturaleza asumida sirve al Verbo divino como órgano de salvación a Él unido indisolublemente, de forma semejante la unión social de la

Iglesia sirve al Espíritu de Cristo, que la vivifica para el incremento del cuerpo”⁵⁹.

El que salva es Cristo, porque Él alcanza esta posibilidad ofreciendo el sacrificio de su vida por todos los hombres; acción que, de alguna manera, realiza la Redención de la humanidad, aunque todavía resta que esa salvación llegue a todos y sea libremente aceptada por cada uno.

La misión de la Iglesia es, entonces, que esos actos salvíficos sean recibidos por los hombres; y para ello, tiene que abrir los espacios de encuentro de los hombres con Dios, procurando que ellos reciban su Palabra y su gracia. Obviamente, un signo claro de que el hombre está dispuesto a encontrarse con Dios es la incorporación a esta comunidad de salvación⁶⁰.

La salvación que la Iglesia trae a los hombres tiene entonces un doble carácter:

- alcanza su plenitud en la Vida eterna, en el Reino de los Cielos; por eso, se puede decir que trasciende la historia y, en cierta forma, proyecta las expectativas de perfección de los hombres en la Vida del más allá;

- tiene un carácter temporal, porque la Iglesia no puede permanecer al margen de la historia humana y debe también encargarse de la promoción de los hombres, ayudando a la unidad de todos; de esta manera, genera un clima humano más apto para construir una sociedad con valores cristianos. Por eso, ella también se ocupa de los derechos humanos, de

⁵⁹ Idem, 8.

⁶⁰ Cf. Idem, 48.

mediar en conflictos internacionales, de buscar la paz, la justicia, el desarrollo, la reconciliación y la liberación de los hombres de todo tipo de esclavitud.

Los cristianos no pueden no tener un compromiso real en la construcción de un mundo más apto para una vida verdaderamente humana y, por eso, deben tener participación en el orden político social. De todas maneras, deben tener también ellos en claro que éste no es el fin principal para el cual fue fundada la Iglesia.

Los cristianos deben ocuparse de ayudar a los más necesitados sin perder de vista que la mayor miseria del hombre es el pecado y que su mayor pobreza es la ausencia de Dios. Más aun, el hecho de que una acción solidaria tenga una finalidad trascendente hace que el esfuerzo humano sea más enérgico y tenga, además, otro valor.

Aquí hay que recordar también que la Iglesia es sacramento del Reino en cuanto hace presente la Vida eterna y le permite al hombre, sobre todo a través de los sacramentos, un contacto directo con esa realidad trascendente. Así por ejemplo, en ella está presente Cristo a través de su palabra y de los sacramentos, y particularmente en la presencia real en la Eucaristía, aunque no está presente de manera plena como lo está en el Cielo.

La Iglesia es, entonces, un espacio de salvación, porque en ella se reciben cosas sagradas (los sacramentos), se proclama la Palabra, se profesa la fe públicamente en el culto, se intercede a través de las plegarias, se da testimonio de vida cristiana y se cumplen misiones de enseñanza y caridad a través de sus obras.

Por ser sacramento es signo; signo es lo que se ve, lo que se percibe por los sentidos. Por eso, decimos que la Iglesia es signo de Cristo, porque es una expresión visible de la obra que Él realiza a través de aquellos que eligió para confirmar su misión. Él quiso darse a conocer y llegar a todos

los hombres por medio de comunidades; pero no hay que olvidar que Él es siempre la causa principal de salvación y los hombres sólo son un instrumento. Estos últimos sirven, entonces, como medio para llegar al encuentro con Dios: éste es todo el sentido que tiene la Iglesia.

De todas maneras, la Iglesia no es sólo sacramento de salvación por la celebración de los sacramentos propiamente dichos, sino también por la proclamación de la Palabra, la profesión de fe en el culto, la penitencia, la plegaria, el testimonio de vida, las misiones que cumple con sus obras, etc. A estas actividades deberíamos sumarle también aquellas que tienen que ver con el ejercicio de la caridad, como la atención a los enfermos, la asistencia a los más necesitados, entre otras. Con todas estas acciones, la Iglesia hace presente espiritualmente a Cristo en todo el mundo, de forma tal que, si bien esta presencia se cristaliza a través de personas e instituciones, éstas no son más que un signo del amor de Dios, es decir, siempre remiten a Dios mismo.

Esto supone un desafío para la comunidad eclesial, que consiste en hacer visible, a través de sus acciones, el modo de amar de Cristo; cosa que no es simple, puesto que está compuesta de hombres que son imperfectos y, por eso, tendrá siempre el desafío de perfeccionarse. No se trata de que ella genere sólo actitudes o comportamientos externos por los cuales muestra un estilo de vida, sino que este estilo debe surgir naturalmente del interior de los cristianos en la medida en que, por la fe y el amor, llevan adentro a Dios mismo. Sus miembros no deben comportarse como si fueran buenas personas con ciertas actitudes religiosas, sino que su fe debe generar en ellos actitudes genuinas de mayor caridad y compasión hacia los demás hombres.

Que la Iglesia tenga defectos porque sus miembros también están afectados por el pecado original no significa que su estructura en cuanto tal sea imperfecta. Esto constituye una de las críticas más frecuentes a la Iglesia,

porque se acepta con facilidad a Jesús y sus enseñanzas, pero se rechaza a la Iglesia como institución. Es cierto que a lo largo de la historia sus representantes o miembros han cometido faltas reprochables y, por ellas, ha pedido perdón el Papa; de todas maneras, esto no significa que todos los cristianos sean igualmente pecadores o que su mediación no sea válida.

El rechazo que, en ocasiones, experimenta la Iglesia tiene que ver más bien con las definiciones dogmáticas de una fe que se propone con autoridad y claridad; o bien, con las exigencias morales que se siguen de aquellas convicciones. Esas objeciones a la Iglesia son, además, las mismas que ya algunos le presentaban a Cristo en vida cuando, escandalizados porque Él se llamaba a sí mismo Hijo de Dios, le reclamaban que demostrara con milagros esa afirmación; sin embargo, haciendo esos milagros, igualmente lo criticaron, lo persiguieron y finalmente lo condenaron por blasfemo. Como algunos no podían aceptar que estuviese Dios en ese hombre o, mejor dicho, que ese hombre fuera Dios, consideraron una blasfemia que Jesús dijera que era Hijo de Dios. Les escandalizaba ver a un Dios mezclado con los hombres o que se sirviera de lo humano para mostrarse y obrar.

Hoy en día, sucede lo mismo con la Iglesia, porque así como seguramente habría sido muy difícil realizar un acto de fe en Dios delante de aquel hombre, Jesús, de la misma forma nos resulta difícil aceptar que Dios siga mostrándose y obrando a través de los hombres.

Para muchos, la religión debería consistir en un acto individual, aislado, interior y sólo espiritual, sin manifestaciones externas. Posiblemente, Dios podría haber hecho consistir la salvación en eso, porque Él lo puede todo, pero Dios quiso meterse en medio del tiempo y en la vida de los hombres. La razón de ser de la Iglesia es que Cristo llegue a todos los hombres.

4. Cristo como Mediador

Para entender a la Iglesia, hay que responder la siguiente pregunta: ¿es Cristo el único mediador de la salvación?

Esta cuestión se plantea en el contexto del debate de las religiones, porque surge la pregunta por la comparación entre las religiones y qué es lo que cada una de ellas puede aportar en orden a la salvación, es decir, en qué medida cada una de ellas constituye un camino válido para llegar a Dios.

En este sentido, hay una confusión, fruto del sincretismo. Este sincretismo es uno de los fenómenos más importante de la cultura contemporánea. El grandísimo avance en los medios de comunicación ha permitido que se produzca, como nunca antes en la historia, una mezcla de las diferentes culturas del mundo. Hoy, el hombre puede acceder al conocimiento de culturas que le son totalmente ajenas y puede llegar a contactarse con hombres que piensan de una manera diferente. Esto, que constituye un adelanto notable de la humanidad, se convierte en un factor que genera confusión, porque, ante la diversidad de criterios, costumbres y valores, en algunos casos, deriva en una relativización de los fundamentos religiosos sobre los cuales se funda una cultura.

En efecto, toda cultura tiene un fundamento religioso, porque la cultura es la obra con la cual el hombre perfecciona la naturaleza poniendo en acto todas sus capacidades. A través de ella, el hombre despliega su ser, mostrando que no sólo puede producir transformaciones materiales, sino que el hecho principal es la capacidad que tiene de construir un mundo racionalmente ordenado. Esto es posible porque él tiene una dimensión espiritual, es decir, tiene inteligencia y voluntad, que no se agota sólo en el conocimiento científico, sino que busca una realización superior.

El hombre es un ser que busca la Verdad y el Bien. En esa búsqueda, invierte sus energías espirituales porque

toda su naturaleza tiende de suyo a eso. La Verdad y el Bien que busca no pueden ser él mismo, ni sus obras, porque ello no sacia el deseo de conocer y amar de manera perfecta. La búsqueda más profunda que todo hombre realiza está relacionada con realidades terrenas. A partir de ellas, el hombre puede descubrir las verdades más importantes: el sentido de su existencia, qué es el bien y qué es el mal, cómo sigue la vida después de la muerte, cómo lograr que triunfe la justicia y el bien, entre otras cuestiones.

Siempre, a lo largo de la historia, esa búsqueda del más allá termina siendo lo que fundamenta y orienta la acción del hombre en la historia. Por eso, decimos que la cultura siempre se funda en una religión.

La religión es, entonces, la expresión natural de un hombre que tiene vocación de Vida eterna. La religión le aporta a la cultura una finalidad en cuanto orienta toda la vida del hombre a un fin trascendente, y no sólo esto, sino que, además, le da criterios y valores a partir de los cuales el hombre configura la realidad social. Sin embargo, no se puede reducir la religión a una mera expresión cultural, puesto que aquella es mucho más que una obra humana. Una creencia religiosa es lo mejor del hombre, pero es también lo que Dios pone en el hombre, al menos en un sentido cristiano. De allí que no se pueda entender el fenómeno religioso sólo desde una perspectiva psicológica o sociológica.

Toda religión tiene siempre la pretensión de ser un medio para alcanzar la salvación o la perfección. El problema es saber cuál es la verdadera y, para esto, es importante el diálogo que se puede establecer entre las distintas religiones. Respecto a este tema, en los últimos años, ha habido una interesante discusión entre las religiones, incluso dentro del mismo cristianismo.

El punto fundamental a discutir es si existe un mediador o salvador único y universal y, en el caso de que exista, si es Cristo. Algunos teólogos han pensado que

señalar a Cristo como el único mediador sería un obstáculo para este diálogo interreligioso; por eso, prefieren hablar de Dios, concepto más universal y, de alguna manera, reconocido por todas las religiones.

Más aun, estos teólogos han distinguido entre el *Logos* transhistórico y trascendente y el Jesús histórico, entre Cristo y Jesús. Sostienen que la salvación se debe atribuir al *Logos*, puesto que Él es algo más que Jesús; para ellos, Jesús de Nazaret es una de las manifestaciones de aquel *Logos*, pero afirman que existen otras, por ejemplo, las que se dan en las otras religiones y en otras figuras religiosas, como Rama Krishna, Ishvara o Urusha, etc. También ellos serían manifestaciones de Cristo y, por ello, aquellos que creen en estos seres serían salvados en Cristo, aunque no en Jesús, que sólo es salvador para los cristianos. De esta manera, todas las religiones serían un camino de salvación y en todas se realizaría, de distintas maneras, una dimensión desconocida de Cristo. Por lo tanto, ningún nombre histórico podría ser la expresión final de Cristo en el sentido de que no podría agotar toda su realidad.

Según este criterio, el cristianismo debe afirmar que el Cristo universal se ha concretado en Jesús y que para sus fieles es la fórmula última de Cristo. No obstante, esto no podría ser válido igualmente para el resto de los creyentes de otras religiones, porque para éstos su figura religiosa sería la más importante.

En conclusión, el budismo, el hinduismo y cualquier otra religión serían tan importantes para la historia de la salvación como lo es el cristianismo, y sus mensajeros serían tan reveladores como lo es Jesús de Nazaret. Así es como las religiones del mundo constituirían un *pluralismo unitivo* o una *coincidencia de opuestos* en la que cada religión aporta su verdad, su salvador. Es como si existieran diversos caminos, todos del mismo valor, para llegar a la misma meta. De este modo, no sería necesario para la salvación ni la

Iglesia ni Cristo, sino sólo Dios y su misterio como centro de la historia salvífica para todos los hombres.

El cristianismo dejaría de tener la pretensión de ser la verdadera religión por ser la que se funda en Jesús, que es el único y universal salvador, y pasaría a estar en el mismo plano de las otras religiones; Jesús sería sólo uno de los tantos salvadores que Dios envió al mundo.

Éste sería el modo de llegar a una convergencia de todas las religiones en un Dios único y Creador del universo, sin necesidad del Evangelio de Cristo ni de la pertenencia a la Iglesia. Todas las religiones serían iguales; se trataría de sumar la parte de verdad que cada una de ellas tiene.

Una de las dificultades que presenta esta propuesta consiste en que se diluye la singularidad de Cristo y se pierde la noción de mediación. Cristo es, a la vez, varios personajes pero ninguno en particular. Desde el punto de vista cristiano, hay que decir que la teología siempre ha reconocido el valor de las otras religiones y, por eso, ha hablado siempre de la presencia de la Verdad en ellas que, aunque no sea perfecta, sirve para iluminar a los hombres respecto de Dios. Sin embargo, hay que decir también que es incompatible con la fe cristiana separar al Cristo histórico del *Logos*, puesto que todo el mensaje bíblico del Nuevo Testamento apunta a una verdad central: Jesús es el Verbo hecho carne (cf. Jn 1,2.14). Todo el mensaje de la salvación se sostiene en esta singularidad única de Cristo que lo constituye en salvador universal, en el hecho de ser, a la vez, Dios y hombre. No puede haber otro salvador, porque sólo en Él se unen la naturaleza divina y la humana en la persona del Verbo divino. Fuera de Cristo no hay salvación, porque Él es el Hijo de Dios hecho hombre. Por eso, se puede decir que fuera de la Iglesia no hay salvación, en cuanto en ella está presente Cristo. La verdad que enseña la Iglesia no es su verdad, sino la verdad de Cristo; ella es necesaria como mediadora en cuanto es el instrumento elegido por Dios para realizar la salvación.

Si uno se preguntara si un hombre puede salvarse fuera de la Iglesia, esto es, no siendo cristiano, habría que responder que el que sabe es Dios, que es quien puede encontrar muchos caminos para llegar a los hombres y puede prescindir de la institución eclesial, en el sentido de que puede dar la gracia a los no cristianos. Sin embargo, bajo otro aspecto, se puede decir que esas gracias llegan también por mediación de la Iglesia, si es que la consideramos como Cuerpo Místico de Cristo. Cristo es su Cabeza, el Espíritu Santo, su Alma; hay, además, entre los cristianos, una comunión espiritual por la cual los hombres pueden ayudarse unos a otros para alcanzar la salvación, principalmente, a través de la oración. Si se tiene en cuenta esta realidad decimos, entonces, que la mediación trasciende los límites de la institución.

Hay algunos que sostienen que Cristo vino al mundo sólo para predicar el Reino, no para fundar una Iglesia; ese Reino consistiría en la libertad, la justicia, la paz, la confraternidad, el diálogo entre los pueblos, las culturas y las religiones. Por lo tanto, consideran que la Iglesia debería estar al servicio de ello. Todo esto es cierto; sin embargo, hay que agregar que el Reino que Cristo anunció es Él mismo; el Reino, más que un concepto, una doctrina o un programa, es, ante todo, una persona: Jesús de Nazaret, la imagen de Dios invisible.

Ciertamente, la Iglesia está al servicio del Reino porque está al servicio de Cristo, no siendo un fin en sí misma, como dijimos anteriormente. La Iglesia es toda de Cristo, en Cristo y para Cristo, y toda igualmente de los hombres, entre los hombres y para los hombres⁶¹. Naturalmente, no se puede hablar de una identificación

⁶¹ Cf. PABLO VI, *Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi acerca de la Evangelización en el mundo contemporáneo*, Roma, 8 de diciembre de 1975, 16.

absoluta de la Iglesia con Cristo y con el Reino, porque si así lo hiciéramos, convertiríamos a la Iglesia en una realidad divina. Se distinguen, pero entre Cristo y la Iglesia hay un vínculo indisoluble como el que une, en un organismo, la cabeza con el cuerpo.

Todas estas conclusiones han sido profesadas formalmente a través del Magisterio de la Iglesia. Así por ejemplo, éste ha reconocido los elementos positivos y buenos que se dan en las otras religiones: «La Iglesia Católica no rechaza nada de lo que en otras religiones hay de santo y verdadero. Considera con respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas, que, aunque discrepan en muchos puntos de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres»⁶².

El mismo Concilio Vaticano II sostiene que el Hijo de Dios «con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre»⁶³, en cuanto que al asumir la naturaleza humana se convierte en Redentor de toda la humanidad. Por este motivo, Dios puede hacer llegar su gracia a todos los hombres por caminos que sólo Él conoce⁶⁴.

⁶² Cf. CONCILIO VATICANO II, *Declaración Nostra Aetate sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas*, Roma, 28 de octubre de 1965, 2.

⁶³ CONCILIO VATICANO II, *Constitución Pastoral Gaudium et Spes sobre la Iglesia en el mundo actual*, Roma, 7 de diciembre de 1965, 22.

⁶⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Declaración Ad Gentes sobre la actividad misionera de la Iglesia*, Roma, 7 de diciembre de 1965.

En ningún momento, este documento oficial del Magisterio de la Iglesia sostiene que las otras religiones son vías de salvación, sino que, en todo caso, son una preparación para el Evangelio, puesto que disponen para un encuentro del hombre con la Verdad divina.

El problema que aquí se plantea es si la revelación que las otras religiones presentan es la verdadera o sólo lo es la que tiene la Iglesia Católica. Para aclarar este punto, vamos a seguir un documento del Magisterio de la Iglesia: “La unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia”⁶⁵.

En primer lugar, el documento señala la plenitud y definitividad de la Revelación de Jesucristo, porque Cristo se llama a sí mismo «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6). Y afirma en otro pasaje: «Nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre lo conoce bien nadie sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,27). Finalmente, Él enseña también: «Nadie ha visto a Dios sino el Hijo único que está desde toda la eternidad en el seno del Padre, y el que lo ha revelado» (Jn 1,18).

De estas afirmaciones, podemos deducir que en Cristo hay clara conciencia de ser, a la vez, mediador y plenitud de toda la Revelación; por lo tanto, la Iglesia tiene la tarea de proclamar el Evangelio como plenitud de la Verdad. Se trata de la Palabra definitiva de Dios a los hombres, a través de la cual Él les dice quién es y qué salvación les trae. De esta manera, Dios introduce en nuestra historia una Verdad universal y última, válida para todos los hombres. En consecuencia, es contraria a la fe de la Iglesia la tesis del carácter limitado, incompleto e imperfecto de la Revelación de

⁶⁵ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Declaración Dominus Iesus sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia*, Roma, 6 de agosto de 2000.

Jesucristo. En Él, está la plenitud de la Revelación, porque es el mismo Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre. No hace falta agregarle nada a la verdad de Cristo; aunque se puede decir que el hombre puede profundizar progresivamente el misterio divino que sigue siendo trascendente e inagotable. La Verdad sobre Dios no se vuelve relativa porque sea expresada en lenguaje humano, sino que sigue siendo única, plena y completa porque quien habla y actúa es el Hijo de Dios encarnado.

5. La fe como adhesión a Dios y a su Verdad

Esta Revelación definitiva de Dios sólo puede ser recibida a través de la fe. La fe es una adhesión personal del hombre a Dios, el asentimiento libre a toda la Verdad que Él ha revelado. La fe, como don de Dios y virtud sobrenatural infundida por Él, implica una doble adhesión:

- a Dios que revela y
- a la Verdad revelada por Él en virtud de la confianza que se le concede a la persona que la afirma.

En este sentido, la fe no es una simple experiencia religiosa, como sucede en otras religiones, sino que consiste en la búsqueda de la Verdad en su relación con lo divino y lo absoluto. En el caso del cristianismo, se trata no de una búsqueda personal, sino de un asentimiento a Dios que se revela.

La misma distinción debemos mantener entre el valor de los textos sagrados de las otras religiones y las Sagradas Escrituras, porque si bien hay que reconocer que esos textos contienen elementos gracias a los cuales muchas personas a través de los siglos alimentan y conservan su relación religiosa con Dios, no se puede decir de ellos que sean textos inspirados por Dios, en el mismo sentido en que lo es la Biblia, la cual tiene a Dios mismo como Autor y enseña

firmemente, con fidelidad y sin error, la Verdad que Él quiere manifestarle a los hombres. En los libros sagrados de las otras religiones, sólo existen algunos elementos de la bondad y de la gracia del misterio de Cristo.

Por otra parte, como ya señaláramos, hay algunos teólogos que distinguieron entre el *Logos* divino y Jesús de Nazaret, entre el Dios en sí mismo y el Dios hecho hombre, para afirmar que Dios se manifiesta a la humanidad en la historia a través de diversas figuras, entre las cuales estaría Jesús de Nazaret. Esto no es compatible con la fe cristiana que afirma que Jesús es el Verbo que estaba en el principio con Dios y que es Él el que «se hizo carne» (Jn 1,2.14). Ya en los primeros siglos, la Iglesia definió su fe en: «Jesucristo, Hijo de Dios, nacido unigénito del Padre, es decir, de la sustancia del Padre, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consustancial al Padre, por quien todas las cosas fueron hechas, las que hay en el cielo y las que hay en la tierra, que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió y se encarnó, se hizo hombre, padeció, y resucitó al tercer día, subió a los cielos, y ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos»⁶⁶.

En otro de los primeros Concilios, el de Calcedonia, se dice: «Uno solo y el mismo Hijo, nuestro señor Jesucristo, es Él mismo perfecto en divinidad y perfecto en humanidad, Dios verdaderamente, y verdaderamente hombre (...) consustancial con el Padre en cuanto a la divinidad, y consustancial con nosotros en cuanto a la humanidad (...) engendrado por el Padre antes de los siglos en cuanto a la divinidad, y Él mismo, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de María Virgen, madre de Dios, en cuanto a la humanidad»⁶⁷.

⁶⁶ CONCILIO DE NICEA I, TS 125.

⁶⁷ CONCILIO DE CALCEDONIA, DS, 301.

Siendo ésta la fe de la Iglesia, debemos decir que hay un único sujeto que obra en cuanto Dios y en cuanto hombre, porque en Él hay dos naturalezas unidas en la única Persona del Verbo. De ello, se sigue que es imposible separar la acción salvífica del *Logos* de la que realiza Jesucristo, puesto que siempre las acciones son realizadas por las personas y, en este caso, hay una sola Persona. El Mediador y el Redentor universal es uno: Jesucristo. Y su acción salvífica es continuada por el Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad, enviada para continuar la misión de Cristo cuando éste asciende a los Cielos y regresa junto al Padre. No son dos mediaciones, sino una misma con la cual Dios conduce a los hombres hasta Él. La acción del Espíritu no está fuera o al lado de la acción de Cristo; es su continuación.

Esto se expresa también en la fe de la primitiva comunidad cristiana que tenía clara conciencia de la existencia de un único y universal misterio salvífico presente en Cristo: «Pues aun cuando se les dé el nombre de dioses bien en el cielo bien en la tierra, de forma que hay multitud de dioses y de señores, para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros» (1 Cor 8,5-6). El mismo San Pablo dice en otra carta: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad. Porque hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos» (1 Tim 2,4-6). Estas verdades son las que fundamentan la conciencia que la Iglesia tiene de la mediación de Cristo y de su mediación, puesto que, aunque no excluye mediaciones parciales como las que realizan las otras religiones, expresa con claridad que éstas no pueden ser entendidas como paralelas y complementarias de la única y definitiva Revelación en Cristo.

De la afirmación de que Jesús es el único Salvador, se sigue la unicidad y la unidad de la Iglesia, porque fue Él el que la fundó cuando estuvo presente entre los hombres y

quiso Él mismo que ella continuara su misión. Así como hay un solo Cristo, hay un solo Cuerpo, que es la Iglesia Católica y apostólica. Y esta Iglesia es la misma que se prolonga a lo largo de la historia con lo cual mantiene el contacto directo con su origen. A pesar de las divisiones que se dieron en la historia entre los cristianos (a partir de la Reforma del siglo XVI con Lutero), la Iglesia de Cristo sigue existiendo plenamente sólo en la Iglesia Católica. Cristo no fundó varias Iglesias, sino una sola y en ella está presente la eficacia de su acción salvífica. Es la única Iglesia que subsiste en la Iglesia Católica, gobernada por el Papa y por los Obispos en comunión con él. En las otras iglesias cristianas, si bien no hay plena comunión de doctrina con la Iglesia Católica, hay muchos elementos salvíficos en común.

Hay, además, otras comunidades eclesiales que no han conservado el episcopado válido y la genuina e íntegra sustancia del misterio eucarístico, pero en las cuales sí existe el Bautismo de Cristo; por lo tanto, hay una cierta comunión, aunque imperfecta, con la Iglesia Católica⁶⁸.

La misión de la Iglesia es anunciar el Reino de Cristo y de Dios, y tratar de establecerlo en medio de todos los hombres; ella es, en otras palabras, signo e instrumento de este Reino, el cual tiene una dimensión escatológica, es decir, se trata de una realidad que se inicia en el tiempo, pero que se cumple definitivamente fuera de la historia, en la eternidad. Por lo tanto, el Reino de Dios nunca es una realización exclusivamente temporal y no es otra cosa que la presencia de Dios en medio de los hombres en la persona de Jesús. Nunca puede ser un objetivo puramente humano e ideológico; ni siquiera se identifica totalmente con la Iglesia en su realidad visible y social, porque también Cristo y el Espíritu Santo pueden actuar fuera de los límites visibles de esta Iglesia. El

⁶⁸ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Declaración Dominus Iesus...* op. cit, 17.

Reino de Dios es, entonces, la manifestación y realización del designio de salvación divino en Jesucristo, en toda su plenitud.

En esta perspectiva, se comprende cuál es la relación entre la Iglesia Católica y las otras religiones en orden a la salvación. La Iglesia es “sacramento universal de salvación” porque está siempre unida a Jesucristo, el Salvador, que es su Cabeza. Aquellos que no están formal y visiblemente incorporados a la Iglesia acceden a la salvación por medio de la gracia que los ilumina llevándolos a Cristo. Esta gracia proviene del mismo Dios y está relacionada con la Iglesia como intermediaria. Siendo Dios omnipotente y queriendo salvar Él a todos los hombres, les ofrece esta gracia de salvación a los no cristianos de una manera misteriosa, es decir, por otros caminos y no por la vía ordinaria de los sacramentos cristianos.

En las diferentes tradiciones religiosas, hay elementos de religiosidad que proceden de Dios y que, por lo tanto, forman parte de «todo lo que el Espíritu obra en los hombres y en la historia de los pueblos, así como en las culturas y religiones»⁶⁹. Este conjunto de oraciones y rituales constituyen un modo que tiene Dios de estimular a los hombres a que se abran a su acción, pero no se les puede atribuir una eficacia salvífica como la gracia que producen los sacramentos cristianos.

En conclusión, podemos decir entonces que, en orden a la salvación, no se puede afirmar que una religión sea tan buena como otra. Sólo la Iglesia Católica contiene la completa Revelación Divina manifestada en Cristo. En las otras religiones, hay elementos que ayudan acercarse a Él en

⁶⁹ JUAN PABLO II, *Encíclica Redemptoris missio sobre la permanente validez del mandato misionero*, Roma, 7 de diciembre de 1990, 29.

mayor o menor medida, pero no está la presencia perfecta; sólo en la Iglesia está la plenitud de los medios salvíficos, aunque cabe aquí recordar, que uno pertenece a Ella por la misericordia divina y no por mérito propio. La Verdad no se hace juntando opiniones o sentimientos personales, sino que es Cristo mismo, quien es «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6).

Capítulo 6. La salvación en el mas allá

Fr. Horacio Augusto Ibáñez Hlawaczek, O.P

Hace poco tiempo, conversando con una hermana religiosa ya mayor, me decía que ya no se hablaba de cosas tales como la muerte, la Resurrección, el Purgatorio, el Cielo o el Infierno. Y a continuación, concluía enfáticamente: «¡Es porque se tiene miedo a hablar de la muerte!».

Esto me hizo recordar lo que me decía un sociólogo, de cierto prestigio, acerca de uno de los fenómenos de nuestra época. Hablando justamente del tema de la muerte, me mostraba las características de las sociedades más poderosas desde el punto de vista armamentístico. Decía que el frenesí por todos los adelantos y sofisticaciones respecto a la industria de las armas (además de ser un gran negocio) era el de poder lograr una gran seguridad que los proteja para no morir. Todos sabemos lo que significó para el pueblo estadounidense el sentirse vulnerados por el ataque terrorista de aquel 11 de septiembre del 2001 que concluyó con el derrumbe de las *Torres gemelas* en Nueva York. Además de ser un gran drama, por cierto, hacía tambalear toda una concepción (o seguridad) ante la vida (o ante la muerte).

Las sociedades opulentas⁷⁰ buscan cada vez más el buen vivir que el vivir bien. Se intenta prolongar el *standard* de vida; el promedio de edad en el índice de mortandad cada vez crece más. ¿Acaso se busca la inmortalidad? Si es así, ¿dónde? ¿Para qué? ¿A qué precio?

⁷⁰ Cf. Choza, J., *Los otros humanismos*, Pamplona, Eunsa, 1998, pp.183s.

En el siglo IV d. C., San Ambrosio de Milán, escribía una obra que se titulaba *La muerte, un bien*. ¿Qué dirían los oídos de nuestros contemporáneos al escuchar semejante frase? En esta obra dice Ambrosio: «... si la vida es una carga, la muerte trae la redención; si la vida es un tormento, la muerte trae un remedio». Para este santo la muerte era un bien. Y lo es sólo para los que se han preparado en esta vida para reconocerla.

Los primeros mártires cristianos que caminaban cantando y sonriendo hacia el martirio no hacían esto porque odiaran la vida, sino porque la amaban de veras, incluyendo en la idea de vida, también la del Cielo. Los movía una gran *Esperanza*. «Morir es una ganancia» (Flp 1,21); un partir para “ir a morar” (2 Cor 5,8) “con Cristo” (Flp 1,23). Al que vive no para sí, sino con Cristo, nada puede separarlo ya de su amor (Rom 8,38s.).

1. La búsqueda del más allá en las religiones comparadas

La *escatología* (del griego *eskhatos* significa *cosas últimas; Logos, tratado*) o el tratado de las realidades últimas son aquellas realidades posteriores a la vida del hombre y a la historia misma de la humanidad.

En todas las religiones o culturas, desde la más primitiva hasta la más compleja, se posee cierta visión de la vida terrena y su sentido, de la muerte y el más allá, del culto a los muertos y su destino, de la recompensa por las obras buenas hechas en esta vida y el deshonor de haber hecho las malas y su consecuencia hacia su posteridad, entre otros temas.

Desde este punto de vista, podemos decir que todas ellas conservan una visión escatológica.

Señalemos algunas de las características más generales:

1. Escatología individual: Muerte y destino del individuo

Luego de esta vida, el alma continúa con la propia identidad; existe un más allá donde la los espíritus reviven o continúan viviendo en una existencia nueva. A los muertos se les tributa culto a modo de despedida y para desearle una pervivencia buena, lo que se llamaba la “comida para los espíritus”.

La muerte resultaba un paso o un tránsito al más allá, que era un lugar distinto a éste, lejano y separado (por el agua o el aire) de este mundo. Generalmente, se utilizaba un medio o vehículo con el cual realizar este paso de un mundo al otro. Este medio hacía de puente entre ambos. Tomamos unos ejemplos de estos medios:

- *Una embarcación:* (Los sumerios o griegos) colocaban a los muertos en una embarcación, con alimentos y algunas monedas para ser bien recibidos; arrojaban la barca mar o río adentro o encendían fuego. Esta nave llevaría al difunto hasta el otro mundo, separado por las aguas. Y su gente los despedía con una celebración apropiada.
- *Un puente o arco Iris* (en Irán): éste unía con sus extremos ambos mundos.
- En los celtas son característicos los *arcos* hechos con grandes piedras que no son otra cosa que puertas por la que se ingresa al más allá.
- *Los hindúes* (los orientales, en general) sostienen que para pasar de esta vida a la otra hay que estar debidamente preparados. Para ingresar a la

nueva vida, hay que estar bien dispuesto: actitud de entrega, oblación, o donación. La purificación se realiza en esta vida, ingiriendo determinados alimentos o con prácticas de ascesis corporal.

Otro elemento característico es la presencia de un juez que también hace de árbitro; premia las acciones buenas y castiga las malas.

En el film *Gladiator* se presenta, al inicio, la pelea de los romanos contra los germanos; es esa ocasión, el general Maximus les dice a sus soldados antes del combate: «Lo que hagamos en esta vida tiene ecos en la eternidad», es decir, que para los romanos el destino de los que morían como héroes era vivir conforme a su gloria rodeado de honores en los montes Elíseos. La película muestra, también, el culto que se reverenciaba a los dioses familiares y a los antepasados (entre los latinos existía una virtud especial para estos casos, llamada piedad o *pietas*, es decir, amor a los padres y antepasados o el amor a la tierra legada por los mismos) o a la familia que había fallecido con la que el personaje tenía permanente comunicación.

Detalles parecidos aparecen en la serie televisiva *Roma*.

2. Escatología a nivel colectivo: destino de toda la humanidad o fin de la historia

Otro elemento que resulta común es ver, en casi todas las religiones, la idea de un determinado orden o fin no caótico.

Tomando las interpretaciones más variadas y tratando de reducirlas a esquemas simples, podemos decir que este orden o fin puede clasificarse en:

- *Cíclicos o circular*, como en el caso de los griegos, hindúes o aztecas: hay una partida y un regreso dentro del mismo círculo. Es siempre un volver a empezar (el eterno retorno). Se interpreta la historia como el ciclo vital: nacimiento, crecimiento, desarrollo, madurez, ancianidad y muerte para volver a renacer; o como los ciclos vitales de la naturaleza: primavera, verano, otoño e invierno.

- *Lineal*: la historia tiene un punto de partida o principio y un término o punto llegada o fin. Esta forma lineal puede ser a la vez:

- irreversible: la historia está predeterminada por otro u otros e ineludible.

- reversible: media la libertad y la ayuda de otros y el camino puede ser revertido para bien o para mal según nuestra libre elección.

- Otra clasificación de la lineal puede ser:

- Inmanente (*in-manere*, es decir, *quedar dentro*): no existe otra vida más que ésta que culmina aquí en la tierra.

- Trascendente: el comienzo está en esta vida pero el término en la otra.

3. Acto final (germano-escandinavo): no hay eternidad ni vida divina

Para los dioses y los mortales cabe un mismo destino final y fatal. Todo acaba mal. El crepúsculo llega a mortales y dioses. El caso que refleja esta concepción ante la muerte es la obra de Richard Wagner *El Ocaso de los dioses*, parte de su famosa tetralogía *El anillo de los Nibelungos*. La obra

termina en que todos van a parar al fuego inextinguible, que perdura e inmortaliza un ideal. Algo así capta nuestro conocido tango *Cambalache*: todo es lo mismo, da igual todo, total «en el horno nos vamos a encontrar...».

4. Otra forma de caracterizar la Historia, propia de estos tiempos, es la de analizar si tiene o no tiene salida

Lo que se percibe es que las dificultades, incertidumbres y los temores ante estos temas son recientes. Para los antiguos –a pesar de la diferencias vistas–, era una realidad. La muerte era esperanzadora y había una *clara conciencia* de que lo que hiciéramos en esta vida tenía su premio o castigo en la otra. Que el vivir bien era, en definitiva, prepararse para un buen morir.

De acuerdo a lo que acabamos de decir podemos destacar que *la visión de la Escatología católica* se encuadra en: *lineal, reversible, trascendente; comienza en esta vida y culmina en la otra*, que es eterna.

2. El destino del hombre a la luz de la fe católica

Desarrollaremos en estos capítulos la doctrina católica⁷¹ sobre *Escatología*⁷² o tratado de las realidades últimas, o sea, la *teología del más allá*.

⁷¹ Si se quiere consultar sobre escatología comparada, una excelente obra será la de Eliade, Mircea, Historia de las creencias y de las ideas religiosas, en el capítulo “Muerte,

Dada la amplitud enorme de la materia y el espacio tan corto del cual disponemos, es forzoso limitarse a una síntesis brevísima, en forma casi esquemática.

El *Catecismo de la Iglesia Católica*⁷³ –ese libro que contiene un resumen maravilloso de toda la doctrina católica–, cuando comenta el Credo, trata sobre los artículos de la fe; de éstos seleccionamos aquéllos que tratan los temas que podrían llamarse “escatológicos” (art. 11 y 12).

2.1. “Creo... en la resurrección de la carne y en la vida eterna [...]”

Podemos distinguir tres niveles en la escatología:

1. *Escatología individual*: trata sobre la muerte, el juicio personal, el Infierno (o Purgatorio) y la Gloria.

2. *Escatología intermedia*: trata sobre el tiempo que media entre la muerte y el Juicio final.

3. *Escatología colectiva*: trata sobre la segunda venida de Cristo en su Gloria (*Parusía*), la

ultratumba y escatología”, Textos - T. IV, Cristiandad, Madrid, 1980, p. 333.

⁷² La palabra escatología deriva del griego eskhatos = cosas últimas; Logos = tratado o el tratado de las realidades últimas, son aquellas realidades posteriores a la vida del hombre y a la historia misma de la humanidad.

⁷³ Catecismo de la Iglesia Católica, Argentina: CEA, 1993 (usaremos la siglas CEC al hacer referencia de esta obra).

Resurrección de los cuerpos, el Juicio final y universal, la Gloria definitiva, término de la historia en el Cielo y una Nueva Tierra (Apoc 21,1.5).

3. Escatología individual.

3.1. Teología de la muerte⁷⁴ (realidad y misterio)

“No somos más que huéspedes en la tierra y caminamos sin descanso con toda suerte de molestias hacia la patria eterna”, dice en un cántico la Iglesia.

La esperanza en la *resurrección de los muertos* es la respuesta de fe a la suerte *segura de la muerte* que a todos nos espera. La muerte es ambas cosas: un mal y un bien, final y comienzo, quiebre de la vida y puerta para entrar en la Vida verdadera.

La muerte no es para el hombre una cosa fija y estable en sí misma, sino un mero *tránsito* del alma: «la vida se nos cambia, pero no se nos quita», nos recuerda la Iglesia en el prefacio de la misa de difuntos.

Sin embargo, no sería exacto decir que la muerte es el tránsito del tiempo a la eternidad, sino únicamente el tránsito al más allá de este mundo; porque gran número de almas han de pasar por el Purgatorio –que está todavía en el tiempo, aunque más allá de este mundo– antes de entrar en la Gloria eterna.

⁷⁴ Pozo, C., Teología del más allá, Madrid, BAC, 1992, pp. 465ss.

3.1.1. El hecho de la muerte

La muerte es un hecho de experiencia inmediata que no necesita demostración. Basta abrir los ojos para contemplarla en la realidad de todos. Todo cuanto está dotado de vida orgánica –vegetales, animales, el hombre– acaba por morir y perecer en un plazo más o menos lejano. Los progresos de la ciencia son maravillosos en nuestros días y la vida media del hombre se eleva cada vez más. Pero por mucho que se multipliquen sus progresos y avances, tropezará siempre con un límite infranqueable, más allá del cual la muerte seguirá ejerciendo su despótico imperio.

Y es que la muerte fue decretada por Dios para todo el género humano como consecuencia del pecado original (cf. Gn 3,19), y los decretos divinos se cumplen siempre, inexorablemente, en el momento y hora que Dios tiene previstos y señalados desde toda la eternidad: «Pues que tienes contados sus días y definido el número de sus meses y le pusiste un término que no podrá traspasar (Job 14,5).

3.1.2. Causas de la muerte

Dios no hizo la muerte: fue el pecado quien la introdujo en el mundo. Nos lo dicen expresamente las Escrituras:

«Dios creó al hombre para la inmortalidad y le hizo a imagen de su naturaleza. Mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo» (Sab 2,23-24); «por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos habían pecado» (Rom 5,12); «pues la paga del pecado es la muerte» (Rom 6,23).

El cuerpo humano –como todos los cuerpos materiales– es de suyo corruptible y, por eso, si nuestros

primeros padres, Adán y Eva, no hubieran recibido de Dios el privilegio gratuito y sobreañadido de la inmortalidad, hubieran sucumbido a la muerte aun en el estado primitivo de justicia original⁷⁵.

Ahora bien, al pecar, el primer hombre –cabeza de toda la humanidad– perdió para sí y para todos sus descendientes todos los privilegios gratuitos (sobrenaturales y preternaturales) con los cuales había sido enriquecido por Dios en el origen; así, la muerte recobró al punto el imperio que naturalmente le correspondía sobre el cuerpo del hombre en virtud de su corruptibilidad natural, no impedida ya por el privilegio preternatural de la inmortalidad⁷⁶. Por eso, dice Santo Tomás que la muerte es:

- natural, por la condición corruptible del cuerpo, y
- penal, por la pérdida del privilegio preternatural que nos eximía de la muerte⁷⁷.

La muerte se produce, de hecho, en todos los hombres sin excepción. Su causa física es muy variada: una enfermedad, un accidente, etc. Su causa formal –para emplear el lenguaje técnico de las escuelas– es la separación del alma de su propio cuerpo, dejando de ser su forma sustancial o su principio vital.

⁷⁵ Santo Tomás de Aquino, Suma Teológica, I, q. 97, a. 1 (al citar esta obra usaremos la siglas S.Th).

⁷⁶ Ibidem, I-II, q. 85, a. 5-6.

⁷⁷ Ibidem, I-II, q. 164, a. 1 ad.1.

3.1.3. Propiedades generales de la muerte

Las principales son dos: unicidad y universalidad.

1. *Unicidad*: De ley ordinaria, la muerte es única para cada uno de los hombres. Decimos “de ley ordinaria”, porque consta expresamente en la Sagrada Escritura que algunos muertos fueron resucitados milagrosamente por Cristo para volver a morir más tarde (Mt 9,18-26; Lc 7,11-17; Jn 11,17-45). El hecho milagroso se produjo también en el Antiguo Testamento, como por ejemplo, el caso del profeta Elías (1 Rey 17,21-24) y se ha repetido varias veces en la vida de algunos santos. Pero estos hechos tienen siempre un carácter extraordinario y excepcional que viene a confirmar la ley general de la muerte única para cada hombre. Esta ley general es recordada por el autor de la Carta a los Hebreos con las siguientes palabras: «Está establecido a los hombres morir una vez y después de esto el juicio» (Heb 9,27).

2. *Universalidad*: En virtud del decreto divino, como consecuencia del pecado, todos los hombres procedentes de Adán por vía de generación natural están de suyo condenados a morir (cf. Rom 5,12). Sin embargo, a pesar de la universalidad de esta sentencia pronunciada por Dios en el Paraíso, San Pablo parece insinuar que algunos de los fieles de la última generación –cuando sobrevenga el fin del mundo– no morirán (cf. 1 Cor 15,51), sino que serán sobrevestidos de la inmortalidad (cf. 2 Cor 5,4) y serán arrebatados en las nubes al encuentro del Señor (cf. 1 Tes 4,15-18). Estos textos paulinos son, sin embargo, muy oscuros y difíciles de interpretar, por lo que la mayoría de los exégetas y teólogos católicos prefieren sostener la tesis de la universalidad absoluta de la muerte para todos los hombres del mundo, sin ninguna excepción.

3.1.4. La muerte real y la muerte aparente

Es preciso distinguir cuidadosamente entre la muerte real y la muerte aparente, sobre todo en relación a la administración de los últimos sacramentos a los aparentemente muertos.

En al caso de muerte real distinguimos: Natural, prematura, violenta y repentina.

- *Natural*: Es la que nos llega a todos en la edad senil, con los años y los achaques de la vida.

- *Prematura*: Aquellos que mueren en la flor de la vida, no por accidentes imprevistos y externos; sino por enfermedad. En el evangelio tenemos algunos casos: el hijo de la viuda de Naím y el de la hija de Jairo.

- *Violenta*: Cuando un agente externo, imprevisto, nos arrebatara la vida en el momento menos pensado.

- *Repentina*: Cuando no es por razones externas, sino que sobreviene por una causa intrínseca que llevamos nosotros (Salud).

La distinguimos de la muerte aparente⁷⁸. Decimos que es aparente no porque no lo sea en realidad, sino porque es el lapso que se produce con la desaparición de los signos vitales, aunque el alma todavía continúa unida al cuerpo (como se ve, por ejemplo, en el film *21 Gramos*); aquí entra en estado de muerte aparente que se prolonga por mas o

⁷⁸ ROYO MARÍN, OP, *El misterio del más allá*, 5ª ed., Sevilla, Apostolado Mariano, 1957, p. 56 ss.

menos tiempo⁷⁹. Se dice que cuando hay muerte violenta o repentina este tiempo es más largo que cuando lo es por vejez o luego de una larga enfermedad.

Se han comprobado, en efecto, numerosísimos casos de presuntos muertos –de cuya defunción no se abrigaba la menor duda por haber cesado en absoluto todas las manifestaciones vitales: respiración, pulso, etc.– que volvieron a la vida por accidente fortuito o procedimientos puramente naturales (respiración artificial, masaje cardíaco, etc.). Esto es prueba inequívoca de que, en realidad, no estaban verdaderamente muertos, ya que la resurrección de un verdadero muerto es un milagro de primerísima categoría que escapa y trasciende las fuerzas de la naturaleza y sólo puede realizarse por una intervención sobrenatural de la Omnipotencia divina.

Fundándose en estos hechos, algunos médicos estarían de acuerdo con las dos conclusiones siguientes:

1. Los hechos han demostrado que el hombre puede volver a la vida después de permanecer durante horas enteras en un estado en el cual habían desaparecido todas las manifestaciones de la vida general, como son: el conocimiento, el habla, la sensibilidad, los movimientos musculares y la respiración, e incluso los ruidos del corazón. A este estado es lógico llamarlo *muerte aparente*.

2. El estado de muerte aparente, descrito en el párrafo anterior, suele ser más frecuente y más largo en

⁷⁹ Tampoco hay que confundirla con la catalepsia, es decir, la enfermedad por la cual se produce una apariencia de muerte; pero, transcurrido un tiempo, la persona vuelve a su estado normal. Por eso, se recomienda el entierro, por lo menos, veinticuatro horas después de la muerte.

los que fallecen de muerte súbita o por accidente; pero es muy probable que un estado semejante se produzca, durante un tiempo menor en aquéllos que mueren de vejez y luego de enfermedad prolongada⁸⁰. Un sacerdote, el P. Ferreres, SJ, que estudió con gran amplitud y competencia este importante asunto en su celebrada obra *La muerte real y la muerte aparente con relación a los santos sacramentos*⁸¹, afirma que, en los casos de muerte repentina, la muerte aparente puede prolongarse por espacio de varias horas; y cita, entre otros, el caso de un soldado que se había ahorcado y fue devuelto a la vida después de ocho horas en las que se le practicó, ininterrumpidamente, la respiración artificial. En estos casos de muerte repentina (ahogados, ahorcados, muertos por bala, rayo, descarga eléctrica, traumatismo, angina de pecho, hemorragia cerebral, aneurisma, apoplejía, intoxicación, etc.), el período de vida latente puede durar varias horas, sin que pueda tenerse certeza de la muerte real hasta que se presente la putrefacción. En los que mueren de una enfermedad larga que va consumiendo lentamente el organismo, el período de muerte aparente es de, por lo menos, media hora, y a veces, mucho más.

Esta doctrina tiene una gran importancia práctica en la pastoral con relación a los últimos sacramentos. Cuando

⁸⁰ Estas conclusiones fueron dadas por la Sociedad de médicos y farmacia de San Cosme y San Damián de Barcelona en el año 1930. A pesar de los años sirve de referencia. Cf. FERRERES, P. SJ, *La muerte real y la muerte aparente con relación a los sacramentos*, 5ª ed. Barcelona, 1930, p 64.

⁸¹ Cf. FERRERES, P. SJ, *La muerte...*, Op. cit.

sobrevenga inesperadamente una muerte repentina (por accidente, ataque cardíaco, entre otros motivos), hay que llamar urgentemente al sacerdote con el fin de que absuelva al accidentado y le administre el sacramento de la *Unción de los enfermos*, que le infundirá la gracia santificante (si el presunto muerto tenía, al menos, atrición de sus pecados). De ello, puede depender nada menos que la *salvación eterna* de su alma. Mientras llega el sacerdote, los circunstantes deben practicar al presunto muerto la respiración artificial, de ser posible, por el procedimiento más seguro que es el llamado «de boca a boca».

3.1.5. El Juicio particular

A la muerte real se sigue inmediatamente el juicio particular. En sustancia, éste consiste en la apreciación de los méritos y deméritos contraídos durante la vida terrestre, en virtud de los cuales el Supremo Juez intima al alma la sentencia que decide sus destinos eternos.

3.1.5.1. Existencia del juicio particular

No es de fe la existencia de un juicio particular para cada alma en el momento de su salida del cuerpo, pero es una verdad completamente cierta en Teología, que puede probarse con razones enteramente convincentes.

Es cierto, en efecto, que en la Sagrada Escritura no hay un solo texto que, de una manera del todo clara y explícita, se refiera al juicio particular. El más claro y significativo es el de la Carta a los Hebreos: «Está establecido a los hombres morir una vez y después de esto el juicio» (Heb 9,27); pero, en absoluto, puede referirse al juicio universal anunciado por el mismo Cristo para el fin del mundo (cf. Mt 25,31-46), ya que el autor de la carta nada dice sobre el momento en que se ha de celebrar dicho juicio después de la muerte.

Sin embargo, la tradición cristiana, a través de los Santos Padres y del magisterio ordinario de la Iglesia, ha hablado siempre de un juicio que cada alma sufrirá *en particular* en el momento mismo de su salida del cuerpo mortal. No puede ser más natural y lógica esta creencia, porque es de fe que las almas reciben, inmediatamente después de la muerte de sus cuerpos, el premio o castigo recibido por sus virtudes o pecados⁸²; pero la adjudicación del premio o del castigo a una determinada alma en particular supone necesariamente una previa sentencia y, por lo mismo, un verdadero juicio particular.

Santo Tomás razona del siguiente modo la existencia de un doble juicio para cada uno, el particular y el universal:

«Cada uno de los hombres es una persona particular y un miembro de todo el género humano. Por lo mismo, ha de ser sometido a un doble juicio. Uno privado y en particular, que sufrirá inmediatamente después de la muerte para recibir el premio o castigo que merezca por su conducta mientras vivió en su cuerpo (2 Cor 5,10); aunque no de una manera completa y total, ya que solamente el alma será premiada o castigada, no el cuerpo que permanecerá en el sepulcro hasta la resurrección de la carne. El otro juicio lo sufrirá el hombre en cuanto miembro y parte del género humano, ya que aun en la humana justicia se dice que alguno es juzgado cuando se juzga a toda la comunidad de la que forma parte. Por eso, cuando

⁸² DENZINGER-HÜNERMANN, *Magisterio de la Iglesia*, Barcelona, Herder, 2006, n 1000-1001 (en adelante, citaremos esta obra con las siglas *Dz-Hn*).

se celebre el juicio universal de todo el género humano por la separación total de los buenos y de los malos, será juzgado, por lo mismo, cada uno de ellos. Ni puede decirse con ello que Dios juzga dos veces a un mismo hombre, ya que no impone dos premios o penas por una sola virtud o pecado, sino que el premio o castigo que antes del juicio final se habían aplicado incompletamente (al alma sola), se completará en el último juicio premiando o castigando también al cuerpo»⁸³.

Como se ve, estas razones son del todo convincentes y dejan completamente en claro la existencia del juicio particular, proclamada por toda la tradición cristiana.

3.1.5.2. Naturaleza del juicio particular

El *juicio particular* consistirá, sustancialmente, en la autovisión y reconocimiento delante de Dios de lo que la propia alma es, de lo que vale, de lo que ha hecho, de lo que ha usado bien o profanado y de lo que de esto se sigue en orden a su destino eterno. Es como la visión instantánea y completísima, con toda suerte de detalles, de la película sonora y en colores de la propia vida, tal como se vivió en el mundo. El alma verá con toda claridad y precisión la sentencia que merece de parte de Dios y se dirigirá instantáneamente, sin apelación posible, al lugar o estado que le corresponda. Ese lugar no puede ser para los adultos más que uno de estos tres:

- el Purgatorio,
- el Cielo o

⁸³ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th, Supl*, q. 88, a.1, ad.1.

- el Infierno.

El primero de ellos es provisional; el segundo y tercero son eternos.

El juicio particular se celebra en el instante mismo de producirse la muerte real, o sea, en el momento mismo en que el alma se separa del cuerpo y en el lugar mismo donde se produce la muerte del cuerpo; y al instante, el alma se dirige por sí misma al lugar que le corresponde. La Iglesia ha definido expresamente, como dogma de fe, que la ejecución de la sentencia se verifica inmediatamente después de la muerte, sin un solo instante de demora.

He aquí el texto de la declaración dogmática de Benedicto XII en su Constitución Apostólica *Benedictus Deus*, que lleva la fecha de 29 de enero de 1336: «Por esta constitución apostólica, perpetuamente valedera, definimos con nuestra autoridad apostólica que, según la común ordenación de Dios, las almas de todos los santos (...) y de los demás fieles (...) inmediatamente después de su muerte – o después de sufrir la purificación los que la necesiten– (...) entran en el cielo (...) donde ven la divina esencia con visión intuitiva y facial»⁸⁴. «Definimos, además, que según la común ordenación de Dios, las almas de los que mueren en actual pecado mortal descienden al infierno, inmediatamente después de su muerte»⁸⁵.

4. Escatología intermedia - El Purgatorio

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8). Sólo podremos gozar de la

⁸⁴ Dz-Hn, 1000-1001.

⁸⁵ Dz-Hn, 1002.

Bienaventuranza eterna, cuando nuestro corazón esté totalmente purificado. El que se acerca a Dios tiene conciencia de su indignidad, al igual que Moisés oculta su rostro ante la zarza ardiendo. Cuando Isaías ve la gloria de Dios en el templo, exclama: «¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros!» (Is 6,5). Pedro le dice al Señor, ante el milagro de la pesca milagrosa: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (Lc 5,8). La mayor parte de los fieles adultos que mueren en gracia de Dios van al Purgatorio. Es muy difícil alcanzar en esta vida el grado perfectísimo de total purificación que permita entrar al alma inmediatamente al Cielo; sólo los grandes santos lograron escalar estas cimas. La inmensa mayoría de los hombres necesitamos purificaciones ultraterrenas antes de entrar para siempre en la Patria bienaventurada.

4.1. Existencia del Purgatorio

La existencia del Purgatorio⁸⁶ es una verdad de fe, expresamente definida por la Iglesia católica. He aquí las principales declaraciones del Magisterio oficial de la Iglesia:

- Concilio II de Lyon (1274): «Creemos que (...) los que verdaderamente arrepentidos murieron en caridad antes de haber satisfecho con frutos dignos de penitencia por sus comisiones y omisiones, sus almas son purificadas después de la muerte con penas purgatorias»⁸⁷.

- Benedicto XII (1336): «Por esta constitución apostólica (...)» (véase el texto más arriba).

⁸⁶ Cf. *CEC*, 1030.

⁸⁷ *Dz-Hn*, 854-859.

• Clemente VI (1351): «Preguntamos si has creído y crees que existe el purgatorio, al que descienden las almas de los que mueren en gracia, pero no han satisfecho sus pecados por una penitencia completa»⁸⁸.

• Concilio de Florencia (1439): «En el nombre de la Santísima Trinidad, del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, con aprobación de este concilio universal de Florencia, definimos que por todos los cristianos sea creída y recibida esta verdad de fe, y así todos profesan que (...) si los verdaderos penitentes salieron de este mundo antes de haber satisfecho con frutos dignos de penitencia por lo cometido y omitido, sus almas son purificadas con penas purificadoras después de la muerte»⁸⁹.

• León X (en su bula *Exsurge Domine*, de 1520): Condena, entre otras, la siguiente afirmación de Lutero: «El purgatorio no puede probarse por Escritura Sagrada que esté en el canon»⁹⁰.

• Concilio de Trento (1534-1563): En la sesión 6, sobre la justificación (1547), definió expresamente la existencia del purgatorio en el siguiente canon contra los errores protestantes: «Si algún dijere que, después de recibida la gracia de la justificación, de tal manera se le perdona la culpa y se le borra el resto de la pena eterna a cualquier pecador arrepentido, que no queda resto alguno de pena temporal que haya de pagarse o

⁸⁸ *Dz-Hn*, 1066-1067ss.

⁸⁹ *Dz-Hn*, 1300-1306.

⁹⁰ *Dz-Hn*, 1481-1491.

en este mundo o en el otro en el purgatorio, antes de que pueda abrirse la entrada en el reino de los cielos, sea anatema»⁹¹. Más adelante, en la sesión 25 del 3 y 4 de diciembre de 1563, promulgó el siguiente decreto sobre el Purgatorio: «Puesto que la Iglesia católica, ilustrada por el Espíritu Santo, apoyada en las Sagradas Letras y en la antigua tradición de los Padres, ha enseñado en los sagrados concilios y últimamente en este ecuménico concilio que existe el purgatorio y que las almas allí detenidas son ayudadas por los sufragios de los fieles y particularmente por el aceptable sacrificio del altar, manda el santo concilio a los obispos que diligentemente se esfuercen para que la sana doctrina sobre el purgatorio, enseñada por los Santos Padres y sagrados concilios, sea creída, mantenida, enseñada y en todas partes predicada a los fieles de Cristo»⁹². Finalmente, en la profesión tridentina de fe, promulgada por Pío IV, en 1564, se leen las siguientes palabras: «Sostengo firmemente que existe el purgatorio y que las almas allí detenidas son ayudadas por los sufragios de los fieles»⁹³.

- Concilio Vaticano II: En nuestros días, el Concilio Vaticano II ha vuelto a recordar la doctrina católica sobre el Purgatorio en diferentes lugares de sus maravillosos documentos. Véanse, por ejemplo, los siguientes textos de la *Constitución Dogmática Lumen Gentium sobre la Iglesia*: «Así, pues, hasta que el Señor venga revestido de majestad y acompañado de sus ángeles (cf. Mt 25,31) y, destruida

⁹¹ Dz-Hn, 1580.

⁹² Dz-Hn, 1820.

⁹³ Dz-Hn, 1866-1868.

la muerte, le sean sometidas todas las cosas (cf. 1 Cor 15,26-27), de sus discípulos; unos, peregrinan en la tierra; otros, ya difuntos, se purifican; otros, finalmente, gozan en la gloria, contemplando claramente a Dios mismo, Uno y Trino, tal como es» (49). Y un poco más adelante –en el número 50– añade todavía el Concilio: «La Iglesia de los viadores, teniendo perfecta conciencia de la comunión que reina en todo el Cuerpo místico de Jesucristo, ya desde los primeros tiempos de la religión cristiana guardó con gran piedad la memoria de los difuntos y ofreció sufragios por ellos, porque santo y saludable es el pensamiento de orar por los difuntos para que queden libres de sus pecados (2 Mac 12,46)». El Concilio Vaticano II recoge en este último texto el principal pasaje bíblico alusivo a la existencia del Purgatorio.

Los teólogos suelen citar también las palabras de San Pablo en las que alude a los que se salvan *quasi per ignem*, pasando por el fuego (cf. 1 Cor 3,10-15); pero este último texto ofrece bastantes dificultades exegéticas.

En todo caso, recuérdese que la divina Revelación, según la doctrina católica, está contenida no sólo en la Biblia, sino también en la Tradición cristiana, garantizada infaliblemente por el Magisterio oficial de la Iglesia. Y la Iglesia, como hemos visto, ha definido solemne y expresamente la existencia del Purgatorio, y por lo mismo, ningún católico puede ponerla voluntariamente en duda sin incurrir en herejía.

4.1.1. Naturaleza del purgatorio

La Iglesia nada ha definido sobre la naturaleza del Purgatorio. Pero es doctrina común, sólidamente fundada en los principios teológicos más firmes, que hay en él una doble pena, que corresponde a los dos aspectos del pecado:

- la *pena de dilación* de la Gloria, en castigo por la aversión a Dios, y
- la *pena de sentido*, por el goce ilícito de las cosas creadas.

4.1.1.1. La dilación de la gloria

Si el alma se desprende del cuerpo en el momento de la muerte, enteramente purificada de sus pasadas culpas, entra inmediatamente en el Cielo, como ha definido la Iglesia. Pero si al producirse la muerte del cuerpo, le queda todavía algún reato de pena temporal que no satisfizo del todo en este mundo, tiene que purificarse en el Purgatorio más o menos tiempo, antes de entrar en la Gloria. Esta dilación o retraso en llegar a la Patria bienaventurada le produce un gran dolor, cuya intensidad apenas podemos concebir en esta vida.

Escuchemos a un gran teólogo como Lesio tratando de explicarlo: «Las almas justas, en el momento mismo en que la gloria que les está preparada debía de haberseles dado, se ven rechazada y relegadas a un cruel exilio hasta que hayan satisfecho del todo las penas debidas por los pecados pasados. Con ello experimentan un dolor incomparable. Qué grande sea este dolor, podemos conjeturarlo por cuatro consideraciones. En primer lugar, se ven privadas de un tan gran bien precisamente en el momento en que hubieran debido gozarlo. Ellas comprenden la inmensidad de este bien con una fuerza que iguala únicamente a su ardiente deseo de poseerlo. En segundo lugar, advierten que han sido privadas de ese bien por su propia culpa. En tercer lugar, deploran la negligencia que les impidió satisfacer por aquellas culpas, cuando hubieran podido hacerlo fácilmente, mientras que ahora se ven constreñidas a sufrir grandes dolores; y este contraste aumenta considerablemente la acerbidad de su dolor. Finalmente, se dan perfecta cuenta de qué tesoros inmensos de bienes eternos, de qué grados de gloria celestial tan fácilmente asequibles les ha privado su culpable negligencia

durante su vida terrestre. Y todo esto, aprehendido con conciencia vivísima, excita en ellas un vehementísimo dolor, como acá en la tierra lo experimentamos también de algún modo en las cosas humanas cuando se juntan y reúnen esas cuatro circunstancias. Así, pues, es creíble que aquel dolor sea muchísimo mayor que el que los hombres pueden llegar a concebir en esta vida por los daños materiales; porque aquel bien es muchísimo más excelente, y la aprehensión más viva, y más ardiente el deseo de poseerlo».

T. Ortalan⁹⁴, recogiendo el sentir de toda la tradición católica, se expresa de la siguiente manera:

«En el momento mismo en que el alma se separa de su cuerpo, desprendida de los lazos de la tierra e inaccesible a las impresiones de los sentidos, siente despertar en sí misma esta hambre devoradora y esta sed de felicidad que, por una tendencia irresistible, la lleva impetuosamente hacia Dios, único capaz de satisfacerla y saciarla. Mientras el alma no entra en posesión del Bien soberano por el que suspira con todas las fuerzas de su ser, experimenta una tortura a la que no podrían compararse en modo alguno todos los males de la tierra (S. TOMÁS, *In IV Sent*, 1. 4, dist 21 q. 1 a. 1 q. 3). La visión beatífica –dice Suárez– es un bien tan grande, que poseerla un solo día, y aun una sola hora, proporciona una felicidad que sobrepasa infinitamente el gozo que causaría la posesión simultánea de todos los bienes de la tierra durante una larga existencia. La visión beatífica, concedida

⁹⁴ Cf. ORTALAN, T., *Dictionnaire de Théologie Catholique*, “*Dam*”, 4, 18, Letouzay et Ané, Paris, 1911, 18.

tan sólo unos instantes, sería una recompensa sobreabundante y fuera de toda proporción por todas las buenas obras que se pueden practicar y por todas las pruebas que se pueden sufrir acá en la tierra. Por consiguiente, el retraso de este gozo impuesto a un alma que, separada de su cuerpo, tiene una necesidad imperiosa de esta beatitud infinita, causa una pena que sobrepuja incomparablemente en amargura y en sufrimiento a todos los males de la tierra.

»Las almas del purgatorio reciben de Dios luces que les hacen comprender qué grande es el bien del que se ven privadas. Y, al mismo tiempo, se enciende en ellas hacia la belleza infinita, que conocen, un amor tan intenso, que les vuelve el alejamiento de Dios más penoso y terrible que mil muertes (Suárez).

»Su ardiente amor a Dios es la causa de su suplicio. No se trata solamente de un hambre insaciable y de una sed inextinguible de Dios: es una fiebre de Dios, fiebre abrasadora, de una incalculable intensidad, porque su grandeza se mide por la del objeto cuya privación les tortura. Es un dolor de otro orden completamente distinto a los dolores de la tierra: dolor trascendente, como es trascendente el estado de las almas separadas de sus cuerpos, estado del que no tenemos actualmente la experiencia personal ni siquiera una idea clara, y que les proporciona la facultad de sufrir de una manera completamente distinta de la que se sufre en este mundo.»

4.1.2. La pena de sentido

La tradición católica está perfectamente de acuerdo en que las almas del Purgatorio, además de la pena de dilación de la gloria –que es, sin duda alguna, la mayor de todas–, sufren una especie de pena de sentido en castigo de los goces ilícitos de los bienes creados que se permitieron durante su permanencia en el cuerpo mortal. Este desorden existe en toda clase de pecados, incluso en los más ligeros y veniales; tiene que haber, por consiguiente, una pena especial en castigo de ellos, distinta de la que pertenece al pecado por razón de su separación o desviación de Dios (que fundamenta la pena de dilación de la gloria).

¿En qué consiste exactamente esta pena de sentido? Es muy difícil precisarlo. La tradición cristiana habla de un fuego corporal que atormentaría a las almas de un modo misterioso (ya que no puede hacerlo quemándolas, puesto que el espíritu es inabordable al fuego material), que los teólogos suelen explicar –siguiendo a Santo Tomás– por una especie de malestar e inquietud al aprehender el alma como nocivo para ella aquel fuego que la tiene aprisionada a un determinado lugar impidiéndola volar a Dios⁹⁵.

4.2. Desigualdad de las penas

Las penas del purgatorio, como acabamos de ver, son de una intensidad enorme. Sin embargo, es cosa cierta e indiscutible que no todas las almas las sufren con el mismo rigor ni permanecen en el Purgatorio el mismo tiempo, sino que esto depende de la calidad y cantidad del reato contraído por el alma y acaso también del grado más o menos elevado de Visión beatífica a la cual Dios la tenga predestinada.

⁹⁵ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma contra Gentiles*, Madrid, BAC, 1968, L. IV, 90 (en adelante citaremos esta obra como CG); *S. Th.,. Suplemento*, q. 70, a. 3.

Oigamos a Santo Tomás explicar la razón de estas desigualdades: «En el pecado hay que distinguir la gravedad o cantidad de culpa, y la radicación de la culpa en la voluntad. La acerbidad de la pena responde propiamente a la cantidad de la culpa; y su prolongación responde a la radicación de la culpa en el sujeto. Y como las cosas que mayormente adheridas se purifican más tardíamente, por eso, en el purgatorio unos son atormentados más largamente que otros, porque su voluntad estuvo más sumergida en el afecto al pecado venial, aunque se les atormenta con menor intensidad que a otros por haber pecado menos gravemente que ellos»⁹⁶.

Esta doctrina no puede ser más lógica y equitativa. Se comprende, sin esfuerzo, que los pecados más graves dejan en el alma, después de perdonados, un reato de pena temporal mucho mayor que los pecados más leves. Y en idéntica clase de pecados, el pecador que se arrepintió enseguida después de cometerlo, merece menos castigo que el que permaneció largo tiempo –acaso años enteros– con aquel pecado en su alma. Este último mostró mayor afecto al pecado que el primero y, por consiguiente, es lógico que se lo castigue más. Por donde se ve, como consecuencia práctica, la alta conveniencia de arrepentirse cuanto antes si se tiene la desgracia de cometer un pecado. Cuanto más se tarde es peor, con relación a Dios y a nosotros mismos. Esto nos lleva de la mano a examinar la última cuestión complementaria relativa a las penas del purgatorio: su duración.

4.3. Duración

¿Cuánto tiempo permanecen las almas en el Purgatorio? Nadie puede contestar con seguridad a esta pregunta. La Sagrada Escritura no dice nada y la Iglesia nada

⁹⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sent*, d. 21, q. 1, a. 3, sol. 3.

ha definido. Sin embargo, podemos establecer con toda garantía de acierto las siguientes conclusiones:

1. Las penas del purgatorio no se prolongarán para nadie más allá del día del Juicio final. Se desprende claramente de las palabras de Cristo al describir el juicio y su sentencia definitiva: «E irán (los malos) al suplicio eterno, y los justos, a la vida eterna» (Mt 25,46). No queda lugar para el Purgatorio.

2. La duración del purgatorio será más o menos larga según el mayor o menor reato de pena que corresponda a cada alma. Lo pide así la equidad y justicia más elemental. No es lo mismo un pecado que cien; ni deja en el alma la misma huella un pecado mortal gravísimo (perdonado ya en cuanto a la culpa) que una ligera *mentira piadosa* que no perjudique a nadie.

3. La acerbidad de las penas corresponde – como ya hemos dicho– a la intensidad del pecado cometido en esta vida y su duración, a la mayor o menor permanencia o radicación en el sujeto. Y así puede ocurrir que un alma esté en el Purgatorio menos tiempo que otra, pero sufriendo con mayor intensidad que ésta⁹⁷.

Por lo demás, hay que tener en cuenta que en el Purgatorio no se mide el tiempo por nuestro cómputo solar; allí no hay horas, ni días, ni años. El tiempo se mide allí por el *evo*, que supone un tiempo discontinuo formado por la sucesión de los distintos pensamientos o sentimientos de las almas separadas, cada uno de los cuales puede corresponder a diez, veinte, treinta, sesenta horas de nuestro tiempo solar (como un místico puede permanecer varias horas en éxtasis,

⁹⁷ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S Th, Supl*, q. 8 ad.1.

absorbido por un solo pensamiento). Es imposible, por consiguiente, establecer una correspondencia entre nuestro tiempo solar y el que rige la duración del Purgatorio.

4.4. Podemos ayudar a las almas del Purgatorio

Es de fe que con nuestras oraciones y buenas obras podemos ayudar a las almas del Purgatorio a manera de sufragio. He aquí el texto de la definición dogmática del Concilio de Florencia: «Definimos (...) que los verdaderos penitentes que salieron de este mundo antes de haber satisfecho con frutos dignos de penitencia por lo cometido y omitido, son purificados con penas purificadoras después de la muerte; y que para ser liberados de esas penas les aprovechan los sufragios de los fieles vivos, a saber, los sacrificios de misas, oraciones y limosnas y otros oficios de piedad que los fieles acostumbran a ofrecer por otros fieles según las instituciones de la Iglesia»⁹⁸. Lo mismo había enseñado anteriormente el Concilio II de Lyon⁹⁹ y enseñó más tarde el Concilio de Trento contra los protestantes¹⁰⁰. El fundamento de esta doctrina se encuentra en la misma Sagrada Escritura (cf. 2 Mac 12,46) y en la tradición cristiana.

Lo exige así el dogma de la comunión de los santos, que lleva consigo la intercomunicación, por vía de caridad y de oración, entre los tres estadios de la única Iglesia de Jesucristo, a saber: la Iglesia triunfante, la purgante y la militante¹⁰¹. La ayuda a las almas del purgatorio no sólo es

⁹⁸ *Dz-Hn*, 1300-1306.

⁹⁹ *Dz-Hn*, 854-859.

¹⁰⁰ *Dz-Hn*, 1751-1820.

¹⁰¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th*, *Supl*, q. 71, 2.

posible y altamente recomendable, sino que es, además, obligatoria para todos los cristianos. Lo exige así la caridad que abarca a todos los hombres del mundo; la piedad familiar, si tenemos algún pariente en el purgatorio; y hasta la misma justicia, si algún alma está en el purgatorio, en parte por culpa nuestra (como haberle dado algún mal ejemplo o inducido a pecar).

5. Escatología colectiva

5.1. Juicio final

«Es preciso que quien se acerque a Dios crea que existe y que es remunerador de los que le buscan» (Heb 11,6). Creer en Dios significa también aceptar que nuestro hacer o dejar de hacer tiene su importancia ante él.

Nuestras acciones tienen unos efectos, visibles o invisibles, al igual que los tienen nuestras omisiones. En ocasiones, los percibimos enseguida; la mayoría de las veces no los vemos, pero están ahí. El sacerdote y el levita que vieron al hombre malherido al lado del camino y pasaron de largo (Lc 10,30-37) quizá ni siquiera notaron que habían pecado contra el amor al prójimo; Pasan de largo y olvidan, pero el pecado de omisión permanece. Llegará el día en que todo quedará al descubierto ante el rostro de Dios: nuestras acciones y nuestras omisiones, y todos los innumerables efectos que ellas han producido y que seguirán teniendo mientras dure la historia de los hombres.

La fe en el juicio de Dios¹⁰² es una confesión de la libertad del hombre, porque Dios nos ha creado como seres libres y, por ello, somos también responsables de nuestros actos y de sus consecuencias¹⁰³. Cuando, sin culpa nuestra,

¹⁰² CEC, 1038-1041.

¹⁰³ CEC, 1731-1734.

dejamos de ser libres, no se nos puede imputar lo que hacemos. Sucede involuntariamente y no se castiga¹⁰⁴. Las buenas obras merecen el reconocimiento y el agradecimiento por parte de la comunidad¹⁰⁵.

Pero hay muchas buenas obras que se hacen a escondidas y que nunca son vistas por los hombres: ¿quién las recompensará? El premio y el castigo de los hombres no pueden ser la última palabra. Los hombres a menudo somos injustos. Sólo Dios conoce los pensamientos y las obras más escondidos. En su día, quedarán al descubierto y tendrán su recompensa. ¿Cuándo? Cristo dice: «El Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según su conducta» (Mt 16,27). Y San Pablo: «Es necesario que todos nosotros seamos puestos al descubierto ante el tribunal de Cristo, para que cada cual reciba conforme a lo que hizo durante su vida mortal, el bien o el mal» (2 Cor 5,10). El «último día», cuando Cristo vuelva, tendrá lugar el Juicio final. En presencia de Cristo, se pondrá de manifiesto lo que ahora a menudo se enmascara con la mentira y la apariencia: quién es realmente grande en el Reino de los Cielos; entonces «los últimos serán primeros» (Mt 20,16). Esa «hora de la verdad» llega ya en el momento de la propia muerte¹⁰⁶: «A la tarde te examinarán en el amor» (Juan de la Cruz).

Pero hoy ya puedo percibir el juicio de Cristo sobre mis obras. En la medida en que me considero pecador ante Él, por ejemplo, en el sacramento de la penitencia, y me someto a su juicio misericordioso, «anticipo en cierta manera

¹⁰⁴ CEC, 1735.

¹⁰⁵ CEC, 2006.

¹⁰⁶ CEC, 1022.

el juicio»¹⁰⁷. Y cuando comienzo a vislumbrar con horror mi indignidad, cuando mi corazón me juzga, entonces la fe en el juicio del infinito amor de Dios me dice: «Dios es más grande que nuestro corazón» (Cf. 1 Jn 3,20).

5.2. El Cielo

Cuando transitamos simplemente por el camino del amor, estamos «disfrutando anticipadamente del cielo». Santa Teresita canta a este «cielo en la tierra» en la canción *Mi alegría*:

Yo quisiera vivir aún largo tiempo,
si es ése tu deseo, mi Señor.

Mas quisiera también seguirte al cielo,
si te contenta más esta tu opción.

El amor, fuego eterno de la Patria
[celestial],

no cesa de abrasar mi corazón.

¿Qué me importa la vida, qué la muerte?

¡Mi alegría es amarte con pasión!

El Cielo está allí donde está el amor: Cristo nos lo ha traído ya.

5.2.1. Existencia del Cielo

Ninguna otra verdad se repite tantas veces en la Sagrada Escritura como la existencia del Cielo, que constituye la Bienaventuranza eterna. Los textos son innumerables.

¹⁰⁷ CEC, 1470.

Aducimos, por vía de ejemplo, media docena de los más conocidos:

«Padre nuestro, que estás, en los cielos...» (Mt 6,9);

«Mirad que no despreciéis a uno de esos pequeños, porque en verdad os digo que sus ángeles ven de continuo en el cielo la faz de mi Padre, que está en los cielos» (Mt 18,10);

«E irán los justos a la vida eterna» (Mt 25,46);

«Yo soy el pan vivo bajado del cielo» (Jn 6,51);

«Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,43);

«Pues sabemos que, si la tienda de nuestra mansión terrena se deshace, tenemos de Dios una sólida casa, no hecha por mano de hombres, eterna en los cielos» (2 Cor 5,1).

La Iglesia ha definido como dogma de fe la existencia y eternidad del Cielo. He aquí algunas declaraciones dogmáticas:

- Concilio II, de Lyon: «Las almas que, después de recibido el sacro bautismo, no incurrieron en mancha alguna de pecado, y también aquéllas que, después de contraída, se han purificado mientras permanecían en sus cuerpos o después de desprenderse de ellos, son recibidas inmediatamente en el cielo»¹⁰⁸.

¹⁰⁸ Dz-Hn, 854-859.

- Benedicto XII: «Por esta constitución, que ha de valer para siempre, por autoridad apostólica definimos que, según la común ordenación de Dios, las almas de todos los santos que salieron de este mundo... estuvieron, están y estarán en el cielo, en el reino de los cielos y paraíso celeste con Cristo... donde son verdaderamente bienaventuradas y tienen vida y descanso eterno»¹⁰⁹.

En el Cielo, cabe distinguir una doble gloria:

- la visión y goce frutivo de Dios (en oposición a la pena de daño del infierno), que constituye la *gloria esencial* del Cielo.

- los goces secundarios que de ella se derivan para el alma y para el cuerpo del bienaventurado (en contraste con las penas de sentido), que constituyen la *gloria accidental*.

Vamos a exponer brevemente ambos aspectos a la luz de la divina Revelación y de la Teología católica.

5.2.2. La Gloria esencial del Cielo

Como acabamos de decir, la Gloria esencial del Cielo consiste en la Visión beatífica, es decir, en el acto de la inteligencia por el cual los bienaventurados ven a Dios, clara e inmediatamente, tal como es en Sí mismo. De esta visión, se sigue el amor y el gozo beatíficos, que sumergen al bienaventurado en un piélago insondable de felicidad.

Que los bienaventurados en el Cielo ven a Dios en su propia esencia, o sea, tal como es en sí mismo, sin ningún

¹⁰⁹ *Dz-Hn*, 1000-1001.

espejo ni criatura alguna intermedia, es una verdad de fe, expresamente contenida en la Sagrada Escritura y expresamente definida por la Iglesia. He aquí las pruebas:

1. *La Sagrada Escritura:* Lo enseñan, principalmente los apóstoles San Pablo y San Juan de manera clara e inequívoca: «Al presente, nuestro conocimiento es imperfecto, y lo mismo la profecía; cuando llegue el fin desaparecerán eso que es imperfecto (...) Ahora vemos por un espejo y oscuramente, entonces veremos cara a cara. Al presente conozco sólo en parte, entonces conoceré como soy conocido» (1 Cor 13,9-12); «Carísimos, ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que, cuando aparezca, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es (1 Jn 3,2). El mismo Cristo nos dice en el evangelio que son bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mt 5,8); y, al ponderar la cristiana dignidad de los niños, nos dice que sus ángeles de la guarda «ven de continuo en el cielo la faz de mi Padre celestial» (Mt 18,10); y en otro lugar nos dice que los bienaventurados del Cielo serán en todo semejantes a los ángeles (cf. Mt 22,30; Lc 20,36). La afirmación de la existencia de la visión beatífica está, pues, claramente contenida en la Sagrada Escritura.

2. *El magisterio de la Iglesia:* La Iglesia ha definido expresamente con su magisterio extraordinario la existencia y naturaleza de la visión beatífica. He aquí las principales declaraciones dogmáticas:

- Benedicto XII: «Por esta constitución, que ha de valer para siempre, por autoridad apostólica definimos que (...) [las almas de los bienaventurados] vieron y ven la divina esencia con visión intuitiva y facial, sin mediación de criatura alguna que tenga razón de objeto visto, sino por mostrárselas la divina esencia de manera inmediata y desnuda, clara y abiertamente, y que, viéndola así, gozan de la misma divina esencia, y que, por tal visión y fruición, las almas de los que

salieron de este mundo son verdaderamente bienaventuradas y tienen vida y descanso eterno»¹¹⁰.

- Concilio de Florencia: En su decreto para los griegos, enseña que las almas de los que mueren sin necesidad de purificación, o después de realizada en el Purgatorio, son «inmediatamente recibidas en el Cielo y ven claramente a Dios mismo, trino y uno, tal como es; unos, sin embargo, con más perfección que otros, conforme a la diversidad de los merecimientos»¹¹¹.

- Lo mismo había enseñado indirectamente Inocencio III, al decir que «la pena del pecado original es la carencia de la visión de Dios»¹¹².

- Clemente V condena, en el Concilio de Viena, los errores de los begardos y beguinas, una de cuyas proposiciones era que «el alma no necesita la luz de la gloria para ver a Dios y gozarle bienaventuradamente»¹¹³.

3. La *razón natural* no podría demostrar jamás la existencia de la visión beatífica, ya que se trata de un misterio estrictamente sobrenatural que sólo podemos conocer por la divina Revelación. Pero, supuesta esta Revelación, la razón teológica encuentra fácilmente las razones de alta conveniencia de este gran dogma de nuestra fe católica.

¹¹⁰ Dz-Hn, 1000-1001.

¹¹¹ Dz-Hn, 1304-1306.

¹¹² Dz-Hn, 1500-1501.

¹¹³ Dz-Hn, 1651-1676.

En torno a la visión beatífica hay que notar principalmente lo siguiente:

1. Desde el punto de vista teológico, la Visión beatífica es pura y simple intuición de la divina esencia realizada por el entendimiento creado, elevado y fortalecido por el *lumen gloriae*, sin mediación de criatura alguna que tenga razón de objeto visto, sino mostrándose la divina esencia de manera inmediata y desnuda, clara y abiertamente, tal como es en sí misma.

2. Los bienaventurados ven claramente a Dios tal como es en Sí mismo: uno en esencia y trino en Personas; y esta visión les produce un deleite y una felicidad inefables, llenando y saciando por completo todas las aspiraciones, y ansias de felicidad del corazón humano.

3. Los bienaventurados ven en Dios todos sus atributos esenciales (eternidad, inmensidad, simplicidad, belleza y bondad infinitas, etc.), porque esos atributos se identifican en Dios con su misma esencia divina y, por lo tanto, es imposible ver la una sin ver también los otros, ya que son una sola y misma cosa.

4. Los bienaventurados ven en la esencia divina todos los decretos libres de Dios entitativamente, o sea, tal como están en Él; porque, en ese sentido, se identifican totalmente con la voluntad divina y ésta se identifica en absoluto con la propia divina esencia. Pero no ven todos esos decretos terminativamente, o sea, en cuanto al efecto que habrán de producir de hecho en las criaturas, sino sólo los que Dios quiere que vean; porque, en ese sentido terminativo, no se identifican con la divina esencia y Dios puede, por lo mismo, manifestar ciertos misterios a unos bienaventurados con preferencia a otros. Por eso, dice Santo Tomás que ni los mismos ángeles conocen todos los misterios de la gracia, ni todos en el mismo grado, sino en la medida en que Dios se

los quiere revelar¹¹⁴. Sin embargo, conoceremos todos los decretos libres de Dios que se relacionen de algún modo con nosotros, incluso terminativamente; porque los bienaventurados ven en la esencia divina todo lo que les interesa de las cosas pasadas, presentes y futuras, ya que lo exige así la felicidad plena y total de la que disfrutaban (faltaría algo si desconocieran alguna de las cosas que les afectan a ellos mismos).

5. A la visión beatífica, acompaña necesariamente el amor y goce beatíficos, porque la esencia divina, aprehendida por el entendimiento como Verdad infinita, se presenta a la voluntad como Bien infinito y plenamente saciativo; lo cual arrastra necesariamente a la voluntad con un ímpetu de amor indecible, del que se sigue, también de manera necesaria, un gozo y fruición inmensos, que invaden y anegan por entero toda la capacidad afectiva del alma. Solamente entonces es el alma plena y totalmente feliz. Este amor necesario y en la máxima intensidad siempre actual, es uno de los fundamentos de la absoluta e intrínseca impecabilidad de los bienaventurados, que les asegura para siempre la posesión de la Bienaventuranza, sin posibilidad alguna de perderla jamás.

6. La visión beatífica –y lo mismo el amor y gozo beatífico que la acompañan– admiten, sin embargo, diversos grados, según el diverso grado de gracia y de caridad alcanzado por el alma en este mundo. Lo declaró expresamente el Concilio de Florencia al decir que los bienaventurados ven a Dios «unos con más perfección que otros, conforme a la diversidad de los merecimientos»¹¹⁵. Se comprende perfectamente que tiene que ser así y que no puede ser igual la gloria de Santa Teresa que la de un gran

¹¹⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, I. q. 75, a.5.

¹¹⁵ *Dz-Hn*, 1304-1306.

pecador convertido a la hora de la muerte. Sin embargo, todos los bienaventurados estarán enteramente llenos de Dios y se sentirán plena y absolutamente felices, sin que sea posible la envidia o el deseo de una mayor gloria; porque cada uno de ellos tendrá completamente satisfecha, con plenitud rebosante, su propia capacidad de amar y de gozar. Es como una serie de vasos de diferentes tamaños enteramente llenos de agua, de modo que ninguno de ellos puede aspirar a más por tener enteramente llena su propia capacidad.

5.2.3. La Gloria accidental del Cielo

Prescindiendo de la gloria accidental del alma –que apenas tiene importancia comparada con la Visión beatífica–, nos limitaremos a exponer la doctrina relativa a la gloria del cuerpo. Recogiendo el testimonio unánime de la tradición cristiana, con fundamento real en la Sagrada Escritura, al hablar de la gloria del cuerpo, los teólogos distinguen las llamadas *cualidades o dotes* y los *goces pertenecientes a los sentidos corporales*.

Las cualidades o dotes del cuerpo glorioso son cuatro: claridad, impassibilidad, agilidad y sutileza. Vamos a exponerlas brevemente una por una.

1. *Claridad*: Consiste en cierto resplandor que rebosa al cuerpo de la suprema felicidad del alma. En virtud de esta admirable cualidad, los cuerpos bienaventurados aparecerán resplandecientes de luz, aunque en grados distintos según los diferentes grados de gloria que sus almas disfruten. La existencia de esta cualidad consta expresamente en la Sagrada Escritura. El mismo Cristo se dignó revelarnos que «los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre» (Mt 13,43); y San Pablo escribe en su primera Carta a los Corintios: «Uno es el resplandor del sol, otro el de la luna y otro el de las estrellas; y una estrella se diferencia de la otra en el resplandor. Pues así en la resurrección de los muertos» (1 Cor 15,41). La claridad del cuerpo glorioso es una derivación o redundancia de la gloria del alma. Y así en el

cuerpo glorioso se verá o conocerá la gloria del alma, como a través del vaso de cristal se ve el color del líquido que contiene.

2. *Impasibilidad*: Como explica el Catecismo del santo Concilio de Trento dispuesto por San Pío V, la impassibilidad del cuerpo glorioso es «una gracia y dote que hará que no puedan padecer molestias ni sentir dolor ni quebranto ninguno. Y así, ni podrá dañarles el vigor del frío, ni el ardor del fuego, ni el furor de las aguas. Siémbrese en corrupción –dice el Apóstol– y se levanta en incorrupción» (1 Cor 15,42). La Sagrada Escritura habla claramente de esta cualidad. El apóstol San Juan escribe en su sublime visión apocalíptica hablando de los moradores del cielo: «Ya no tendrán hambre, ni tendrán ya sed, ni caerá sobre ellos el sol ni ardor alguno; porque el Cordero, que está en medio del trono, los apacentará y los guiará a las fuentes de aguas de vida, y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos» (Apoc 7,16-17); «Y (Dios) enjugará las lágrimas de sus ojos, y la muerte no existirá, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, porque todo esto es ya pasado» (Apoc 21,4). Al explicar teológicamente esta admirable cualidad de los cuerpos gloriosos, el Doctor Angélico llega a las siguientes conclusiones¹¹⁶:

1. La impassibilidad del cuerpo glorioso procede del dominio absoluto que el alma ejerce sobre él.

2. La impassibilidad del cuerpo glorioso no excluye de sí el acto de los sentidos. Pero las cualidades sensibles de las cosas exteriores afectarán a los sentidos de los cuerpos bienaventurados sin que les ocasionen ninguna transmutación material, de manera parecida a como el sentido de la vista percibe los colores sin que quede transmutado por los mismos.

¹¹⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.,. Supl*, q. 82, a. 1 ad 2 .

3. No todos los cuerpos gloriosos tendrán el mismo grado de impassibilidad –como tampoco de claridad, etc.–, sino que dependerá del mayor o menor dominio que el alma ejercerá sobre su propio cuerpo según el grado de gloria de que disfrute ella misma. Aunque todos los cuerpos bienaventurados estarán enteramente libres de toda clase de dolores o molestias.

3. *Agilidad*: La agilidad del cuerpo glorioso es una redundancia de la gloria del alma, en virtud de la cual obedece perfectamente al imperio de la voluntad en el movimiento local y en todas las demás operaciones. En virtud de esta admirable cualidad, el cuerpo glorioso se trasladará con la velocidad del pensamiento a los lugares más remotos a donde quiera llevarle el alma. El fundamento sobre la existencia de esta cualidad se encuentra en la misma Sagrada Escritura. Además del texto de San Pablo en su Carta Primera a los Corintios (1 Cor 15,42-44) leemos en el libro de la Sabiduría: «Al tiempo de la recompensa brillarán y discurrirán como centellas en cañaveral» (Sab 3,7). Como explica Santo Tomás, los bienaventurados en el cielo usarán de la agilidad de sus cuerpos gloriosos sin perder un solo instante de vista la divina esencia, que constituye la Gloria esencial, porque Dios es inmenso y, por lo mismo, está presente en cualquier parte del universo a donde el alma quiera trasladarse con su cuerpo¹¹⁷. De ellos se puede decir exactamente lo que de los ángeles dice San Gregorio: «Dentro de Dios corren, a cualquier parte adonde se les envíe» (Homilía 34, in Evang).

4. *Sutileza*: Es la principal cualidad del cuerpo glorioso y el fundamento de todas las demás. En virtud de ella, el cuerpo bienaventurado se sujetará completamente al imperio del alma y la servirá, siendo perfectamente dócil a su

¹¹⁷ Ibídem, q. 84, a. 2.

voluntad. Significa la *espiritualización* del cuerpo glorificado; no en el sentido que se transmute efectivamente en un espíritu impalpable, sino en cuanto será elevado a una sumisión total y perfecta al espíritu, al que asimilará en sus propiedades¹¹⁸. Acá en la tierra, el cuerpo corruptible y mortal ofrece grandes resistencias al alma para el libre vuelo de sus exigencias espirituales. En la Resurrección gloriosa, en virtud precisamente del don de sutileza, la materia corporal, sin dejar de ser material, perderá su pesadez y torpeza, quedando como ingrávida y espiritualizada, aptísima para seguir en todo, sin la menor resistencia, los vuelos y exigencias del espíritu. San Pablo alude claramente a esta cualidad del cuerpo glorioso cuando escribe en su Primera Carta a los Corintios: «Se siembra cuerpo animal y se levanta un cuerpo espiritual. Pues si hay un cuerpo animal, también lo hay espiritual» (1 Cor 15,44).

Claridad, impasibilidad, agilidad y sutileza: tales son las maravillosas cualidades o dotes de los cuerpos gloriosos. A esto hay que añadir los goces de los sentidos corporales (cada uno de ellos tendrá el suyo correspondiente). Todo ello constituye la gloria accidental o secundaria del cielo.

5.3. El Infierno

Dios «no quiere que nadie perezca, sino todos lleguen a la conversión» (2 Ped 3,9); Él quiere «que todos lo hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tim 2,4).

Tanto quiere Dios nuestra salvación que ha *empeñado* todo para ella: ha entregado su propio Hijo. Quiere que nos salvemos pero no sin nosotros, como dice San Agustín. Hemos sido creados como seres libres y corresponde a nuestra dignidad que Dios no nos obligue a dar

¹¹⁸ Santo Tomás de Aquino, CG, L. IV, 86.

el sí a su amor. Dice C. S. Lewis¹¹⁹: «Las puertas del infierno están cerradas por dentro». También es de él esta frase: «En el cielo, el hombre le dice a Dios: Hágase tu voluntad; en el infierno es Dios el que le dice al hombre: hágase tu voluntad». Nadie puede hacerse a sí mismo eternamente dichoso, pero puede hacerse eternamente desgraciado. Yo puedo rechazar la gracia de la conversión.

El infierno es una posibilidad real para cada uno de nosotros. Por eso, la Iglesia reza por todos los hombres: «Líbranos de la condenación eterna y cuéntanos entre tus elegidos». En la antigüedad, se sostuvo una herejía que todavía perdura en algunos ambientes y con distintos matices, lleva el nombre de *apocatástasis*¹²⁰; sería la idea de una *segunda oportunidad* para los condenados. En resumidas palabras, vendría a decir lo siguiente: “Dios es tan bueno que al final va a perdonar a todos, pecadores, condenados, incluso perdonará a los mismos demonios”. Seguramente uno puede pensar que el sostén que justifica esta afirmación puede llegar a ser algunas palabras como éstas de san Pablo: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tim 2,4). La contrapartida sería: ¿y que pasaría si los *condenados* no quieren salvarse?

¹¹⁹ Recomendamos la lectura en la que el autor escribe una metáfora sobre la psicología del los condenados: C. S. LEWIS, *El gran divorcio*, Rialp, Madrid, 2003.

¹²⁰ Término derivado del griego *apocatástasis* (reconciliación universal). Herejía condenada por el Sínodo de Constantinopla en el 543 contra los Origenistas: «Si alguno dice o siente que el castigo de los demonios a los hombres impíos es temporal –en esta vida- y que en algún momento tendrá fin o que se dará la reintegración de los demonios y los hombres impíos, sea anatema» (*Dz-Hn*, 411).

Sabemos que el juicio está unido a la justicia y la justicia, al amor. Pero no hay tal amor si el juicio no es justo. Dios no forzaría nunca nuestra libertad en la tierra ni más allá de ella. Por eso, lo realmente diabólico es que para los condenados «su bien es el mal (...), por eso es que son condenados» (C. S. Lewis).

Lewis, haciendo referencia a Milton, afirma que la elección de cada alma puede resumirse en las siguientes palabras: “Mejor reinar en el infierno que servir en el cielo”.

En tremendo contraste con la gloria inefable de que disfrutarán eternamente los bienaventurados en el Cielo, vamos a asomarnos ahora al abismo de desventura y desesperación que sufrirán eternamente los condenados en el infierno.

5.3.1. Existencia y eternidad del infierno

La existencia y eternidad del infierno es un dogma de fe. Pocos dogmas de la fe católica pueden presentar tan gran cantidad de textos de la Sagrada Escritura como el dogma del infierno. Solamente en el evangelio se nos habla más de veinte veces de él y se nos dice expresamente que es eterno. He aquí algunos de los textos más impresionantes: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles (...) E irán al suplicio eterno» (Mt 25,41-46); «y murió también el rico y fue sepultado. En el infierno, en medio de los tormentos, levantó sus ojos...» (Lc 12,22-23); «Si tu mano te escandaliza, córtasela; mejor te será entrar manco en la vida que con ambas manos ir a la Gehenna, al fuego inextinguible, donde ni el gusano muere ni el fuego se apaga» (Mc 9,43-44); «No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que al alma no pueden matarla; temed más bien al que puede perder el alma y el cuerpo en la Gehenna» (Mt 10,28); «Así será en la consumación del mundo: saldrán los ángeles y separarán los malos de los justos y los arrojarán al horno de fuego; allí habrá llanto y crujir de dientes» (Mt 13,49-50).

Es inútil seguir recogiendo textos. La existencia y eternidad del infierno está clara y expresamente revelada en la Sagrada Escritura. La Iglesia, al definir esa existencia y eternidad, no hizo otra cosa que sancionar con su autoridad infalible los datos inequívocos de la divina revelación. Benedicto XII definió solemnemente el siguiente canon: «Definimos, además, que, según la común ordenación de Dios, las almas de los que mueren en actual pecado mortal, inmediatamente después de su muerte descienden al infierno, donde son atormentadas con las penas infernales»¹²¹.

5.3.2. Naturaleza del infierno

El evangelio expresa admirablemente, en pocas palabras, la naturaleza íntima del infierno. En las palabras mismas que pronunciará Nuestro Señor Jesucristo el día del Juicio final al lanzar su anatema sobre los condenados: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno» (Mt 25,41), se contiene en germen toda la teología del infierno; porque al infierno, en esencia, lo constituyen estas tres cosas:

- la pena de daño o de separación de Dios,
- la pena de sentido y
- la eternidad de ambas penas.

Y todo ello está expresado en el texto evangélico que acabamos de citar:

- pena de daño: «Apartaos de Mí, malditos...»
- pena de sentido: «... al fuego...»
- eternidad de ambas penas: «... eterno...»

¹²¹ *Dz-Hn*, 1001.

Vamos, pues, a exponer esos tres puntos esenciales, aunque en forma imperfecta, a partir de los cuales podemos conocer en esta vida estos grandes misterios del mas allá.

5.3.2.1. Pena de daño

La llamada *pena de daño* consiste en la privación eterna de Dios como objeto de nuestra bienaventuranza o felicidad suprema. Es, sin comparación, la mayor de las penas del infierno, hasta el punto de que San Agustín pudo decir, con una frase genial, que «es tan grande como grande es Dios». Y el Doctor Angélico escribe textualmente: «El pecado mortal merece la carencia de la divina visión, a la que ninguna otra pena se puede comparar. La razón es porque, de suyo y objetivamente, es una pena infinita, por razón del Bien infinito del que priva eternamente»¹²².

Escuchemos a un teólogo tratando de explicar la magnitud inconmensurable de la pena de daño: «La pena de daño es incomparablemente la más terrible de todas las penas del infierno. Ante ella, el tormento mismo del fuego eterno, por muy atroz que sea, no significa casi nada». Esta pena sobrepasa infinitamente todo lo que la inteligencia es capaz de concebir acá en la tierra y todo lo que el lenguaje humano puede expresar. No se puede medir, dice San Bernardo, más que por la infinidad misma de Dios, de la que ella es la privación: *Haec enim tanta poena, quantum ille*. Y, por consiguiente, es proporcionada a la grandeza misma de Dios»¹²³. Ya hacía mucho tiempo que los antiguos Padres habían hablado del mismo modo (San Agustín).

¹²² SANTO TOMÁS DE AQUINO, S. *Th*, I-II, q. 87, a. 4.

¹²³ ORTALAN, T., *Op. cit.*, 4, 9-10.

El suplicio de la pena de daño es tanto más insoportable cuanto los malditos conocen mejor cuán grande y cautivador es el bien que han perdido. De este pensamiento, del que ellos no se pueden apartar y que los obsesiona, se enciende en ellos un deseo inmenso, jamás satisfecho, de la eterna Beatitud. Pero esta infinita belleza de Dios, que los atrae por sus encantos, hace, por su pureza sin mancha, resaltar más y más su vergonzosa fealdad moral. Conscientes de este contraste que los aplasta, es para consigo mismos un espectáculo tan repugnante, que preferirían sufrir todos los tormentos del infierno antes que comparecer en ese horrible estado en presencia de Dios, infinitamente santo, y en compañía de los elegidos, a quienes odian, no obstante, con odio inextinguible. Se ven, pues, obligados, a despecho de las tendencias más irresistibles de su ser, a huir de Dios, soberano bien, a pesar de que solamente Él podría satisfacer su sed insaciable de felicidad. Y a este Dios para el cual se sienten hechos, a esta Belleza suprema que los atrae y repele al mismo tiempo, a este objeto de su amor perdido para siempre, se ven obligados, en los transportes de una rabia infernal, a detestarlo, blasfemarle y maldecirlo. Es el tormento de un corazón apasionado de amor y corroído por el odio del ser a quien adora, porque, como dice Santo Tomás, los condenados no sufrirían tanto por la pena de daño si no amasen a Dios de alguna manera¹²⁴.

Esta pena, es, pues, el sufrimiento atroz del amor contrariado, despreciado, transformado en furia constantemente en el paroxismo de la rabia y de la desesperación¹²⁵. Los condenados sufren, pues, como una especie de desgarramiento del alma misma, atraída en

¹²⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In Iv Sent.*, 1. 4, dist. 21, q. 1, a. 1, q. 2; *Compendio de Teología* c. 174.

¹²⁵ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, II-II, q. 34, 1; *In IV Sent.*, 1.4 dist. 50, q. 2, a.1, q. 5.

diversos sentidos, a la vez, por fuerzas opuestas e igualmente poderosas. Es como un descuartizamiento espiritual, tortura mucho más espantosa que la que experimentarían si su cuerpo fuera despellejado vivo o cortado en pedazos; porque, en la medida en que las facultades del alma son superiores a las del cuerpo, en esa misma proporción es más doloroso el desgarramiento profundo por el cual el alma es separada de sí misma al estar separada de Dios, que debería ser el alma de su alma y la vida de su vida.

Por eso, dice profundamente Santo Tomás: «Duele tanto más alguna cosa dolorosa cuanto más sensible somos al dolor. Por lo que las lesiones que se sufren en los lugares mayormente sensibles son las que causan mayor dolor. Y como toda la sensibilidad del cuerpo la recibe del alma, si se causa algo que lesione la misma alma, es forzoso que sea aflictivo en grado máximo. Y por eso es preciso que la pena de daño, aun la más pequeña, exceda toda pena, aun la más grande, que se puede sufrir en esta vida»¹²⁶. De este desgarramiento interior del alma entera, nace un dolor tan intenso, que ningún suplicio de la tierra puede darnos la menor idea de él¹²⁷. Para infligir al pecador el más formidable tormento que puede existir, Dios no tiene que hacer otra cosa sino retirarse completamente de él¹²⁸. Así como le ha dicho al justo: «Yo mismo seré tu recompensa, que será inmensa, puesto que nada hay más grande ni mejor que yo» (Gn 15,1), así le ha dicho al réprobo: «Yo mismo seré tu suplicio, y lo seré alejándome de ti, porque no hay nada más terrible en los tesoros de mi cólera, que esta completa separación de sí mismo». Entonces, según la enérgica expresión de San

¹²⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sent.*, 13 4 dist.21, q. 1, a. 1.

¹²⁷ *Ibidem*, 1, 1 dist. 48, a. 3, q. 3; CG, III, c. 141.

¹²⁸ SUÁREZ, *De Angelis*, VIII, c.4, n.8, t. 2 p. 975.

Agustín, «se abre en el alma reprobada un abismo sin fondo de tinieblas y de lamentables miserias; vida horrenda, que la atormenta mucho más que el hambre devoradora» (Sal 58,15-16); vida angustiada, que eternamente la mata sin hacerla morir; porque Dios ha hecho al alma humana tan inconmensurablemente grande, que para rellenar su capacidad infinita y para satisfacer su ilimitado deseo de felicidad se requiere nada menos que a Él mismo. Sin Él, no queda en el alma más que la capacidad infinita de sufrir»¹²⁹. Es el despojo total, el aislamiento infinito.

El lenguaje humano es tan impotente para decir lo que es el infierno como para pintar la felicidad del cielo. El ojo del hombre no ha visto ni su oído ha escuchado ni su corazón ha llegado a comprender la felicidad que Dios tiene preparada para los que le aman y los suplicios para impíos “que le ofenden” (1 Cor 2,9; Is 64,4). El infierno nos es tan desconocido como el cielo.

5.3.2.2. Pena de sentido

La pena de daño, con ser tan terrible, no es, sin embargo, la única que sufren los condenados en el infierno. A la pena de daño hay que añadir la llamada *pena de sentido* que atormenta, ya desde ahora, a las almas de los condenados y atormentará también sus cuerpos después de la resurrección universal.

La existencia de la pena de sentido consta claramente en el evangelio: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno» (Mt 25,41). La Iglesia nada ha definido sobre la naturaleza de ese fuego del que habla la divina Revelación. Es doctrina común entre los teólogos que se trata de un fuego real, no metafórico; pero su naturaleza íntima nos es desconocida en

¹²⁹ San Agustín, *CONFESIONES*, 1, 13, c. 8, BAC, MADRID, 1968. (Cf. ML, 32, 848).

absoluto. No parece que sea un fuego específicamente idéntico al de la tierra, ya que el fuego terrestre no puede atormentar a las almas, sino sólo a los cuerpos y, además, consume o destruye los objetos que le sirven de combustible; a diferencia del fuego infernal que atormenta también a las almas de los condenados y no consumirá ni destruirá sus cuerpos.

¿Cómo un fuego real y corpóreo pueda atormentar las almas espirituales? Es un misterio difícil de explicar. Santo Tomás cree que atormenta a las almas aprisionándolas en un determinado lugar, en contra de su tendencia natural a volar libremente a todas partes. Esto las atormenta físicamente y no sólo por mera aprehensión intelectual¹³⁰. Sea de ello lo que fuere, ya se comprende que la pena de sentido afectará principalmente al cuerpo de los condenados, así como la espantosa pena de daño se refiere fundamentalmente al alma.

5.3.2.1. Eternidad de ambas penas

Lo más impresionante del infierno es su eternidad. Por espantosas que sean sus penas, todavía serían tolerables si hubieran de tener fin algún día. Pero la divina Revelación nos asegura terminantemente que el infierno es eterno: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno» (Mt 25,41), y Dios no puede engañarse ni engañarnos.

La razón humana, abandonada a sí misma, no podría demostrar la eternidad de las penas del infierno, ya que se trata de un misterio sobrenatural que rebasa y trasciende las fuerzas de la razón humana. Pero, una vez conocida por la divina Revelación, la razón sí puede encontrar ciertos argumentos que hacen de esta realidad infernal, algo

¹³⁰ Santo Tomás de Aquino, *CG*, IV, c. 90; *S. TH., SUPL*, q. 70, A3.

congruente y lógico, principalmente en relación a la obstinación satánica de los condenados que no quieren ni querrán jamás arrepentirse de sus pecados, así como el hecho de haber llegado al estado de término en el que no caben rectificaciones en orden a elegir el fin último sobrenatural, libremente rechazado por el pecador al morir en pecado mortal.

En todo caso, no olvidemos nunca que las cosas de Dios no dependen de nuestro criterio y de la aceptación humana, sino de sus designios inescrutables, llenos, a pesar de todas las apariencias, de bondad y de misericordia. El hombre podrá, si quiere, lanzar su *carcajada volteriana* rechazando el dato de fe; pero no podrá conseguir jamás, por mucho que multiplique sus burlas y blasfemias, que lo que Dios ha revelado deje de ser verdad. Dios quiera que los desgraciados incrédulos que ahora se ríen de estas verdades abran los ojos a tiempo, antes de que tengan que comprobar por sí mismos, en medio de una espantosa desesperación, su tremenda e inexorable realidad.

6. Fe cristiana y reencarnación. La unicidad de la persona humana. Los problemas de la reencarnación¹³¹

6.1. El concepto de reencarnación y su origen en la filosofía antigua

Con la palabra *reencarnación* (o también con otras equivalentes como los términos griegos *metempsychosis*) se denomina a una doctrina que sostiene que el alma humana

¹³¹ Respecto a los cultos Órficos, debería colocárselos en una época tardía. Sus doctrinas sobre la reencarnación tienen influencias pitagóricas y platónicas.

después de la muerte asume otro cuerpo, y de este modo, se encarna de nuevo.

Se trata de una concepción nacida en el paganismo. Sus primeros orígenes suelen colocarse en el hinduismo y el budismo; pero quizá por su mayor influjo en la cultura occidental, valga la pena fijar la atención preferentemente en la aparición de esta idea dentro de determinadas tendencias de la filosofía griega.

En este ámbito cultural «Pitágoras (hacia el 600 a. C.) es la fuente más antigua para una doctrina elaborada de la reencarnación». Cuenta Diógenes de Laercio que Heráclides Póntico refiere que Pitágoras contaba sus vidas sucesivas, de las cuales pretendía conservar memoria (*Vida de los filósofos*; 8, 1, 4-5). Viniendo ya a su planteamiento doctrinal, según Pitágoras, el número de almas permanece siempre igual. Cuando tiene lugar la muerte corporal, las almas no mueren, sino que entran necesariamente en un cielo que abarca también el reino animal; durante el tiempo que corre entre los diversos nacimientos, permanecen en el espacio que nos circunda, esperando una generación que las haga entrar en un nuevo cuerpo.

El hecho de pensar que los animales puedan tener un alma idéntica a la de los hombres fundamentaría el vegetarianismo y la matanza de animales para que así las reencarnaciones sucedan más bien en cuerpos humanos¹³². Píndaro (476 a. C.) introduce la idea de un juicio del alma posterior a la muerte, de modo que la reencarnación comienza a concebirse como un castigo por culpas del alma. Empédocles enseña la reencarnación de un *demonio* que, por su pecado, es expulsado de la esfera de la divinidad. En

¹³² Cf. Pozo, C., *La Venida del Señor en la Gloria*, EDICEP, Valencia, 1993, p. 166.

un largo proceso de purificación de 30.000 períodos de tiempo, recorre los dolorosos senderos de la vida, después de los cuales se produce con toda certeza la vuelta a la patria celeste (Fragmento 115).

La reencarnación puede tener lugar también en plantas. El mismo Empédocles habría sido anteriormente un muchacho, una chica, un arbusto, pájaro y pez (Fragmento 117). Por su respeto a la naturaleza, el hombre va subiendo la escala de los nacimientos hasta hacerse divino y sentarse a la mesa con los otros dioses. Así el *demonio* vuelve al seno de la divinidad, de donde lo había expulsado el pecado. Empédocles se consideraba a sí mismo ya en el último período de este proceso, «admirado por todas partes, enseñando a los mejores de los hombres y mujeres que lo siguen, el camino de la salvación» (Fragmento 112).

En este campo, tiene especial importancia Platón. Originariamente, el alma se encuentra en la esfera de lo divino. Entrando en la falsa dirección de la concupiscencia de lo sensible, en vez de permanecer dedicándose a lo meramente intelectual, el alma se hace culpable y tiene que encarnarse. La primera encarnación como hombre es diversa, según el grado de culpa en la previa actitud espiritual del alma. A partir de esta primera encarnación, las sucesivas corresponden a criterios puramente morales (y no a un proceso necesario por el que hubiera que recorrer todo el espectro de posibilidades, como pensaban Pitágoras, Píndaro y Empédocles): según se ha actuado, tiene lugar el nuevo nacimiento; los codiciosos se hacen lobos o buitres, los honrados se hacen hormigas, abejas o también hombres (Platón, *Fedón* 81e-82b). No se pasa necesariamente por las formas inferiores de vida animal. La redención de sí mismo es posible sólo desde una existencia humana: se consigue, si el hombre, dedicado a la filosofía y a la moderación, se comporta correctamente en tres existencias humanas sucesivas. Los otros, después de un juicio, pagan un castigo en un estado intermedio durante mil años, luego de los cuales se les da una nueva oportunidad por el ejercicio de su libertad

de elección, en una nueva vida terrena (Platón, *Fedro* 249ab).

Estos planteamientos favorables a la reencarnación recibieron una gran difusión gracias al neoplatonismo. En él no se discute la idea central; sólo hay divergencias en detalles: así, por ejemplo, se preguntan si la encarnación en animales hay que entenderla literalmente (Plotino) o sólo metafóricamente (Porfirio).

No tiene especial interés detenerse en las ideas sobre reencarnación existentes entre los romanos, ya que son mera recepción de influjos neoplatónicos o neopitagóricos. Pero es curiosa la importancia que la reencarnación tuvo en el culto a los emperadores: tanto Caracalla como Juliano el Apóstata se presentaban a sí mismos como reencarnaciones de Alejandro Magno.

6.2. La difusión de esta creencia en la actualidad. Respuesta de la fe católica

En nuestros días, asistimos a una amplia difusión de la idea de *reencarnación* en todo el mundo, también en el mundo occidental y entre muchísimos que siguen llamándose cristianos. Se calcula que hoy¹³³ un 22% de los franceses creen en ella, así como un 23% de los norteamericanos y un 23,9% de los canadienses. Si a estos occidentales se añaden los fieles de las religiones orientales, puede afirmarse que la mitad de los actuales creyentes en una vida después de la

¹³³ El instituto Gallup hizo un estudio en el año 1993 en el que se determinó que uno de cuatro europeos creía en la reencarnación. Otras encuestas afirman que un 70% de las mujeres norteamericanas y un 50% de las francesas creen en la reencarnación. En los varones, es más reducido el porcentaje (cf. Pozo, C., *Op. cit.*, p 167).

muerte, está hoy constituida por partidarios de la reencarnación¹³⁴.

La presencia del tema de la reencarnación en los medios de comunicación social, visto con luz positiva, puede calificarse de bastante masiva; de este modo, no pocos de ellos contribuyen a la formación de un estado de opinión favorable a la reencarnación. Ciertas técnicas utilizadas por algunos psiquiatras pretenden descubrir memoria de vidas anteriores, y con ello, contribuir a la curación de determinados trastornos psicológicos. Así, se piensa ofrecer a la idea de reencarnación un soporte científico; pero para eso, sería necesario proceder con rigor distinguiendo entre los fenómenos demostrados y su explicación; sin embargo, a veces, parece que se mezclan indebidamente estos dos niveles.

Por otra parte, existe en Occidente un influjo, que cada día se hace más fuerte, de las religiones y filosofías orientales que sostienen la reencarnación; probablemente, se debe a un claro aumento de mentalidad sincretista en los países con larga historia de cultura occidental y cristiana. No constituye una paradoja, sino un fenómeno normal, el hecho de que, aunque la difusión de la idea reencarnacionista se deba, en muy amplia medida, a un influjo de religiones orientales, el paso de la idea a Occidente se haga con matices que no coinciden plenamente con la forma oriental del sistema.

Una cuestión diversa, y por cierto sumamente interesante, radica en explicar la facilidad con que tantos en Occidente aceptan la reencarnación. Es muy posible que se deba, en parte, a una reacción espontánea e instintiva contra el materialismo dominante que se hace asfixiante para las

¹³⁴ KLOPPENBURG, B., *Espiritismo. Orientaciones para los católicos*, San Pablo: Loyola, 1986, pp. 103-104.

aspiraciones más profundas del hombre. Por otra parte, muchos de nuestros contemporáneos creen encontrar en la idea de reencarnación una respuesta satisfactoria a determinados interrogantes que no saben cómo resolver. En efecto, para muchos de ellos esta vida terrena se percibe como demasiado breve para que puedan superarse o corregirse los defectos cometidos en ella o para poder realizar, en un espacio temporal tan estrecho, todas las posibilidades que, en teoría, se presentan ante el hombre. Es también posible que se perciba, a veces, una desproporción entre nuestra limitada vida terrena y la retribución eterna que, según la fe católica, sigue a ella: «¿Cómo es posible que una desventurada vida de hombre, con toda su insignificancia, sus cegueras, sus miserias, desemboque de golpe en la eternidad? ¿Cómo es posible que una retribución eterna, un fin eterno e inmutable, quede fijo por nosotros en virtud de movimientos buenos o malos de un libre albedrío tan débil y extraño, tan atormentado como el nuestro?»¹³⁵.

Al afrontar esta problemática, debe decirse, ya desde el principio, que la fe católica ofrece una respuesta plenamente satisfactoria a los problemas que se quieren resolver con la idea de reencarnación. Baste, por ahora, evocar temas ya expuestos en los capítulos precedentes de este libro y que pueden ponerse en relación con los interrogantes a los que se apela al pretender demostrar la necesidad de la reencarnación. Así, por ejemplo, es verdad que la vida humana es demasiado breve para que se superen y corrijan los defectos cometidos en ella; pero la purificación escatológica a la que se refiere la doctrina del Purgatorio será perfecta; tampoco es posible realizar todas las virtualidades de un hombre en el tiempo tan breve de una sola vida terrestre, pero la Resurrección final gloriosa llevará al hombre a un estado que supera todo deseo suyo. Por último, «la

¹³⁵ MARITAIN, J., "De Bergson á Thomas d' Aquin", en *Oeuvres Complètes*, París, Fribourg Suisse, 1989, T. 8, p. 64.

desproporción entre la precariedad del viaje y la importancia del término», sin entrar ahora en la problemática de la eternidad del Infierno y limitándonos a la capacidad de esta vida para conducirnos a la eterna posesión de Dios, la desproporción «está compensada, y compensada con exceso y superabundancia, por la generosidad y la humanidad, como dice san Pablo, de nuestro Dios salvador (Tit 3,4)»¹³⁶.

6.3. El contexto de la reencarnación que se difunde en nuestros días

No es posible exponer aquí, separadamente, todos los aspectos con que los diversos reencarnacionistas exponen hoy su sistema. En general, en los planteamientos más característicos de las culturas orientales que creen en la reencarnación, ésta se propone preferentemente como un medio de purificación, o a veces aun, de castigo. Por ello, la reencarnación se percibe como algo doloroso de lo que el hombre desearía huir.

En orden a un problema ulterior, como puede suponerse, las explicaciones se dividen:

- unos consideran la liberación del penoso ciclo de reencarnaciones, como fruto del propio esfuerzo;
- otros la consideran don de Dios.

Mirando la forma como la reencarnación suele presentarse en Occidente, en nuestros días, «una cosa debe constatarse, como fenómeno sorprendente: en nuestros países la reencarnación, donde se cree en ella, es generalmente una imagen de esperanza, todo lo contrario que para las religiones del oriente asiático, para las que la reencarnación representa incluso la contra-imagen de la

¹³⁶ Ibidem, p. 66.

esperanza. Mientras allí todo se dirige a la liberación de la rueda de nuevos nacimientos, aquí, entre nosotros, la perspectiva de la reencarnación aparece como una chance de autorrealización gradual y de una evolución cada vez mayor. Por eso, mientras que en Asia la vía cristiana de la salvación puede presentarse como vía de redención del cerco cerrado y opresivo de los nuevos nacimientos, aquí, entre nosotros, la doctrina de la reencarnación se presenta más bien como la vía de la salvación alternativa que, en lugar de la esperanza cristiana en una vida eterna dada por gracia, pone los nuevos nacimientos como vía de la autorredención progresiva»¹³⁷.

Ante la imposibilidad de abarcar el completo abanico de formas en que hoy se presenta la idea de reencarnación en el mundo entero, creo preferible fijar primariamente la atención en los planteamientos con que suele aparecer en Occidente. La tendencia de reencarnacionismo, que prevalece hoy en el mundo occidental, se puede reducir sintéticamente a cuatro puntos¹³⁸.

1. Existen muchas existencias terrestres y nuestra vida actual no es nuestra primera existencia corporal ni la última. Ya vivimos anteriormente y viviremos todavía repetidamente en cuerpos materiales siempre nuevos (*niega la doctrina de la persona humana y de su ser personal*).

2. Hay una ley en la naturaleza que impulsa a un continuo progreso hacia la perfección. Éste es el sentido que

¹³⁷ SCHÖNBORN, CHRISTOPH OP, *De la muerte a la vida*, Edicep, Valencia, 2000, pp. 135ss.

¹³⁸ A Allan Kardec se lo conoce como uno de los fundadores del Teosofismo (cf. GUENON, R., *El Teosofismo*, Huemul, Buenos Aires, 1966, p. 121).

encierran las palabras que los amigos de Kardec¹³⁹, al morir éste en 1870, hicieron grabar sobre su tumba en el cementerio del *Père-Lachaise* en París: «Nacer, morir, renacer de nuevo y progresar sin cesar: tal es la ley».

Esta misma ley conduce las almas a vidas siempre nuevas y no permite retroceso alguno, más aun, tampoco una parada definitiva. Por esta ley de progreso, se comprenden estas palabras de Kardec: «Pluralidad de las existencias, según el espiritismo, difiere esencialmente de la metempsicosis [en su forma platónica clásica], en que aquél no admite la encarnación del alma humana en los cuerpos de los animales, ni siquiera como castigo. Los espíritus enseñan que el alma no retrocede, progresa siempre». *A fortiori* se excluye un estado definitivo de condenación sin fin. Después de más o menos siglos, todos llegarán a la perfección final de un puro espíritu (*negación del infierno*).

También expresa Kardec: «Sea la que fuera la duración del castigo, en la vida espiritual o en la tierra, dondequiera que se verifique, tiene siempre un término, próximo o remoto. En realidad, para el espíritu no hay más que dos alternativas, a saber: castigo temporal y proporcional a la culpa, y recompensa graduada según el mérito. El espiritismo rechaza la tercera alternativa de condenación eterna. El Infierno se reduce a figura simbólica de los mayores sufrimientos, cuyo término es desconocido».

3. La meta final se obtiene por los propios méritos. En cada nueva existencia, el alma progresa en la medida de sus propios esfuerzos (*autoayudas*). Todo mal cometido se reparará con expiaciones personales que el propio espíritu

¹³⁹ Cf. Citado por KLOPPENBURG, B., *Espiritismo... Op. cit.*, p. 99.

padece en encarnaciones nuevas y difíciles (*negación de la redención*).

4. En la medida en que el alma progresa hacia la perfección final, asumirá, en sus nuevas encarnaciones, un cuerpo cada vez menos material. En este sentido, el alma tiene tendencia a una definitiva independencia del cuerpo. Por este camino, el alma llegará a un estado definitivo en el que finalmente vivirá siempre libre del cuerpo e independiente de la materia, es decir, «el espíritu después de la última encarnación» será «espíritu bienaventurado; puro espíritu» (*negación de la resurrección*).

6.4. Incompatibilidad con la fe cristiana

Estos cuatro elementos que constituyen la antropología reencarnacionista contradicen las afirmaciones centrales de la revelación cristiana. No es necesario insistir ulteriormente en su diversidad con respecto a la antropología característicamente cristiana.

El cristianismo defiende una dualidad; la reencarnación, un dualismo, en el que el cuerpo es un mero instrumento del alma, la cual abandona a aquél después de cada existencia terrena para tomar otro completamente diverso. Para Kardec, el cuerpo no pasa de ser un envoltorio del alma, la cual, en cada nueva encarnación, «reviste otro envoltorio apropiado al nuevo género de trabajo que debe ejecutar»¹⁴⁰. En el campo escatológico, como ya hemos señalado, el reencarnacionismo rechaza la posibilidad de una condenación eterna y la idea de la resurrección de la carne.

¹⁴⁰ Una de las mejores exposiciones que se conoce sobre el Teosofismo y su alcance es la hecha por René Guenon (*Op. cit.*).

Pero su principal error consiste en la negación de la soteriología cristiana. El alma se salva por su esfuerzo. De este modo, mantiene una soteriología autorredentora, completamente opuesta a la soteriología heterorredentora cristiana. Ahora bien, si se suprime la redención del hombre por Cristo, es claro que Él no sería ya el Salvador de los hombres, puesto que, en realidad, el hombre se redimiría a sí mismo.

El núcleo de la soteriología del Nuevo Testamento se contiene en estas palabras: Dios «nos agració en el Amado. En él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre nosotros» (Ef 1,6-8). Se comprende, por ello, la energía con que san Agustín escribía contra los pelagianos: «Si hay posibilidad, para el libre albedrío, de conocer cómo se debe vivir y se basta a sí mismo para vivir bien, luego Cristo ha muerto en vano (Gál 2,21), luego se ha vaciado el escándalo de la cruz (Gál 5,11). ¿Por qué no exclamaré yo también aquí, más aun lo haré y los increparé con dolor cristiano? ¡Os habéis vaciado de Cristo los que os justificáis en la naturaleza, habéis salido fuera de la gracia!»¹⁴¹.

En efecto, con este punto central, se mantiene clara, en la teología católica, la doctrina de que la Redención es realizada por Cristo y no desde el mismo hombre. Si esto fuera a la inversa, el agente de la salvación sería uno mismo; con esto, se tira por tierra toda la doctrina salvífica que enseña la Iglesia sobre la necesidad de la Gracia y los sacramentos para la salvación.

Es evidente, entonces, la gravedad de las doctrinas implicadas en esta cuestión; se entiende con facilidad que el Magisterio de la Iglesia haya rechazado, con el nombre de

¹⁴¹ SAN AGUSTÍN, *Sobre la naturaleza y la gracia*, 40, 47.

teosofismo, la forma de doctrina sobre la reencarnación, que hemos venido exponiendo¹⁴².

Con respecto al punto específico afirmado por los reencarnacionistas de la repetibilidad de la vida humana, es conocida la afirmación de la Carta a los Hebreos (9,27): «Está establecido que los hombres mueran una sola vez, y luego el juicio». El concilio Vaticano II citaba este texto para enseñar que el curso de nuestra vida terrestre es único¹⁴³. Es un hecho histórico bien conocido que las palabras «terminado el único curso de nuestra vida terrena» se introdujeron en la última redacción por un *modus* propuesto por 123 Padres, «para que se afirmase la unicidad de esta vida terrena contra los reencarnacionistas».

En la actual difusión del fenómeno del reencarnacionismo, quizá se manifiestan ciertas aspiraciones de librarse del materialismo. Sin embargo, esta dimensión de movimiento *espiritualista* no permite, en modo alguno, silenciar en qué medida el reencarnacionismo contradice al mensaje evangélico.

¹⁴² *Dz-Hn*, 3648.

¹⁴³ CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática Lumen Gentium*, Op. cit., 48.

Anexo

Espiritismo¹⁴⁴ o invocación de los espíritus

1. La evocación de los espíritus

En un simple sondeo que hagamos, podemos darnos cuenta de que hay poca gente que no pase por la experiencia de haber sido iniciada en *sesiones de misterio* tales como el *juego (¿?) de la copa*; la tabla *Quija* (se vende en los supermercados), más sobre todo cuando hay películas que ponen de moda o dejan entrever la curiosidad por saber *qué hay más allá*. Para citar sólo algunos ejemplos: *El Exorcista*, *Revelaciones*, *La Quija*, *Los Otros*, o la serie televisiva, a veces interesante, de *Infinito*, entre otros.

Queremos con estas líneas aclarar el tema y advertir del peligro y la incompatibilidad de estas prácticas con la fe cristiana.

Con este concepto de invocación de los santos no puede confundirse, en modo alguno, la idea de evocación de los espíritus, como explicaremos a continuación. Por lo pronto, nótese que el mismo concilio Vaticano II, que recomendó invocar las almas de los bienaventurados, recordó también los principales documentos emanados del magisterio de la Iglesia «contra cualquier forma de evocación de los espíritus» (*Lumen Gentium*, 49).

¹⁴⁴ Un libro muy clarificador sobre el espiritismo, resulta ser de CASTELLAN, IVONNE, *Le Spiritisme*, P.U.F, France, 1965.

Concretamente, se aducen:

- la prohibición de Alejandro IV, en la Bula *Quod super nonnullis* (27 de septiembre de 1258);
- la Carta Encíclica del Santo Oficio a los obispos en el Pontificado de Pío IX (*Del abuso del magnetismo*, 4 de agosto de 1856); y
- la respuesta del mismo Santo Oficio en el Pontificado de Benedicto XV (*Del espiritismo*, 24 de abril de 1917).

De estas dos últimas intervenciones del Santo Oficio podemos retener que, en la primera de ellas, se rechaza con términos duros «evocar las almas de los muertos, recibir respuestas, descubrir cosas lejanas y desconocidas, y practicar otras supersticiones por el estilo»; en la segunda, se responde negativamente, en todas sus partes, a la pregunta sobre «si es lícito por el que llaman médium, o sin el médium, empleado o no el hipnotismo, asistir a cualesquiera alocuciones o manifestaciones espiritistas, siquiera a las que presentan apariencia de honestidad o de piedad, ora interrogando a las almas o espíritus, ora oyendo sus respuestas, ora sólo mirando, aun con protesta tácita o expresa de no querer tener parte alguna con los espíritus malignos».

Hemos citado algunas de las frases más características de ambos documentos del Santo Oficio, porque con ellas es posible conseguir una descripción de lo que se entiende por evocación de los espíritus.

De ellos puede concluirse que «hay una diferencia fundamental entre invocación y evocación: ésta pretende

siempre una comunicación perceptible; aquélla no es más que una forma de oración o súplica»¹⁴⁵.

También en el concilio Vaticano II, la Comisión doctrinal explicó qué se entiende por la palabra *evocación*: ésta sería cualquier método «por el que se intenta provocar con técnicas humanas una comunicación sensible con los espíritus o las almas separadas para conseguir diversas noticias y diversos auxilios».

Este conjunto de técnicas para comunicarse con los espíritus se suele designar generalmente con el nombre de *espiritismo*. Con frecuencia –como se dice en la respuesta ya citada de la Comisión doctrinal del Concilio–, por la evocación de los espíritus se pretende la obtención de noticias ocultas.

Generalmente, por este camino se buscan noticias sobre el más allá, sobre particularidades de la existencia después de la muerte o sobre la suerte concreta de un ser querido en su existencia después de la muerte. Pero la voluntad de Cristo es que, en este campo, los fieles se rijan por lo que Dios ha revelado, y se contenten con lo que en la Revelación se nos comunica: «Tienen a Moisés y a los profetas; que los oigan» (Lc 16,29).

En la práctica pastoral¹⁴⁶, este tipo de problemática se hace cada vez más notoria. Mucha gente acude al sacerdote luego de pasar muchas veces por largos tormentos porque se

¹⁴⁵ KLOPPENBURG, B., *Espiritismo. Orientaciones para los católicos*. San Pablo, Loyola, 1986, p. 51.

¹⁴⁶ Cf. AMORTH, G., *Habla un exorcista*, Barcelona, Planeta, 1998, pp. 129 s.; LAURENTIN, R., *El Demonio ¿Símbolo o realidad?*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1998.

vieron afectadas ellas mismas o algún familiar, cuando no también sus casas, por haber practicado o participado en sesiones de espiritismo, la magia y *otras yerbas*.

2. El espiritismo en el Antiguo Testamento

Esta prohibición por parte de la Iglesia tiene origen bíblico ya en el Antiguo Testamento. El mismo pueblo de Israel recibió un encargo formal de Yahveh: «Cuando llegares al país que el Señor Dios tuyo te va a dar, no aprenderás a obrar conforme a las abominaciones de aquellos pueblos. No debe hallarse en ti [...] quien practique la adivinación, ni los presagios, ni los augurios, ni los encantamientos, ni quien pronuncia fórmulas mágicas, ni el que interroga a un espíritu, ni el ocultista, ni el que consulta a los muertos; pues abominación es para el Señor quienquiera que hace estas cosas, y a causa de tales abominaciones el Señor Dios tuyo los va a expulsar ante ti. Irreprensible has de ser con el Señor tu Dios. En efecto, estos pueblos de los que vas a apoderarte atienden a los observadores de las nubes y a los adivinos; pero para ti nada de eso ha instituido el Señor Dios tuyo» (Dt 18,9-14). La prohibición de acudir a los adivinos es taxativa: «No os volveréis a los nigromantes ni a los adivinos: no los consultaréis para haceros impuros como ellos» (Lev 19,31). A esta prohibición se añade la amenaza de un castigo de Dios a quien la quebrante: «En cuanto a la persona que se vuelve a los nigromantes y a los adivinos para prostituirse detrás de ellos, yo volveré mi rostro contra tal persona y la exterminaré de en medio de su pueblo» (Lev 20,6). Aunque pueda resultar muy dura, es significativa la orden de que se mate a los adivinos o hechiceras (cf. Lev 20,27; Ex 22,17).

Es también muy conocido el relato de la evocación del espíritu de Samuel, realizada por el rey Saúl (1 Sam 28,3-25). La crisis que dio ocasión para que Saúl consultara a una pitonisa fue una grave amenaza militar (v. 4-5). Naturalmente, Saúl acudió primero a los medios normales con que se pedía consejo Yahveh, pero Yahveh no respondió (v. 6). En su desesperación, Saúl dio a sus oficiales la orden de buscarle

una pitonisa para consultarla. Disfrazado y de noche, el rey visitó a la mujer y le dijo: «Te ruego que me predigas el porvenir por medio de un espíritu (´ob) y que me evoques a quien yo te diga» (v. 8). Después de que la pitonisa recibió de su cliente una promesa de protección, es decir, de no aplicarle las sanciones que él mismo había decretado contra los nigromantes (v. 10), Saúl le comunicó el nombre del espíritu que debía evocar: «Evócame a Samuel» (v. 11). La pitonisa tuvo entonces una visión: «Veo espíritus [*elohim*] subir de la tierra» (v. 13); la visión se concreta más en cuanto que la mujer ve al espíritu de Samuel como «un anciano que sube y está envuelto en su manto» (v. 14). Saúl no tuvo visión alguna; sin embargo, recibió un mensaje de Samuel (v. 16-19). La Escritura considera el proceder de Saúl un grave pecado; a ese pecado atribuye el rechazo de Saúl por parte de Dios, más aun su muerte: «Saúl murió a causa de la infidelidad que había comentado contra Yahveh, porque no guardó la palabra de Yahveh y también por haber interrogado y consultado a una nigromante, en vez de consultar a Yahveh, por lo que le hizo morir y transfirió el reino a David, hijo de Jesús» (1 Cro 10,13-14).

3. El espiritismo en el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento, se mantiene la misma prohibición. Consta la existencia de un rechazo por parte de los apóstoles con respecto a todas las artes mágicas. En el libro de los Hechos, son muy característicos:

- el encuentro de san Pablo en Chipre con un mago llamado Bar-Jesús (Hech 13,6-12), a quien Pablo castiga con la ceguera por cierto tiempo (v. 11);
- en Filipos, san Pablo interpreta como si se debiera a posesión diabólica la actividad de una muchacha pitonisa (Hech 16,16-18);
- la misma interpretación reaparece durante la estancia de Pablo en Éfeso a propósito de las

pretendidas actuaciones exorcistas que ejercitaban los siete hijos de un tal Esceva, sacerdote judío (Hech 19,13-20): los hijos de Esceva fueron atacados por el espíritu malo (v. 16) y, como consecuencia de ello, muchos neófitos, impresionados por lo ocurrido, «venían a confesar y manifestar sus prácticas [mágicas]. Y bastantes de los que habían practicado artes mágicas, llevando consigo sus libros, los quemaban en presencia de todos; y calculando su precio, hallaron que llegarían a cincuenta mil monedas de plata» (v. 18-19).

4. El problema en la actualidad

El fenómeno actual de las sectas¹⁴⁷, especialmente agudo en algunas regiones del mundo, es difícilmente describible por su misma complejidad. En su propaganda proselitista, las argumentaciones con que se critican determinados puntos de la doctrina católica no se caracterizan siempre por su cuidado en exponerla con exactitud. A veces, al rechazar la invocación de los santos, tal y como se realiza en el catolicismo, se apela incluso a que ésta sería objeto de una prohibición bíblica. En este tipo de planteamientos, se tiene la impresión de que no se distingue entre la invocación de los santos y la evocación de los espíritus.

En todo caso, por nuestra parte, una pastoral equilibrada que permita hacer frente al reto de las sectas, ha de fomentar la religiosidad popular que constituye una gran riqueza de los pueblos de tradición católica. «La religión del pueblo tiene capacidad de congregar multitudes», y, gracias a ella, «el mensaje evangélico tiene oportunidad, no siempre aprovechada pastoralmente de llegar "al corazón de las masas"» (*Puebla*, 449). Pero hemos de enseñar también a

¹⁴⁷ Cf. AA.VV., *Sectas Satánicas y fe cristiana*, Madrid, Palabra, 1998.

los fieles a eliminar los aspectos supersticiosos que se infiltran, a veces, en esa religiosidad (*Puebla*, 456). De este modo, la religiosidad popular ganará en vigor (*Puebla*, 457); y a la vez, se evitará ofrecer a las sectas ocasión alguna para mantener el equívoco que confunde la invocación a los santos con determinadas prácticas de origen pagano, que están ciertamente prohibidas en la Biblia¹⁴⁸.

¹⁴⁸ Llama la atención que un teólogo protestante diera valor, en este sentido, al culto por los santos en la Iglesia Católica: “Desde el punto de vista de las religiones hay que hacer constar que la veneración de los santos representa una irrupción del culto precristiano de los muertos, como también que los santos entran en lugar de las divinidades paganas” (K. Nitzschke).

Capítulo 7. Religiones. 1. La religión de Israel

El judaísmo designa la religión judaica y también al pueblo judío en general, sus instituciones y su cultura. La religión abarca la vida entera individual, familiar y social; por eso, para describirla bien, hace falta tener en cuenta los distintos aspectos que la componen.

Vamos a distinguir tres temas en lo que se refiere su fundación.

1.1. La Alianza de Dios con el pueblo de Israel

La religión de Israel se funda a partir de un acontecimiento histórico: la alianza que Dios establece con su pueblo en el monte Sinaí.

La liberación del pueblo judío de la esclavitud de los egipcios origina una especial relación de pertenencia que termina en un pacto que une a las partes. Ambos se obligan, como en el matrimonio, a tratarse con amor y misericordia. Este pacto tiene cierta semejanza con los pactos humanos, aunque en este caso, la iniciativa la tiene Dios, porque jamás se le hubiera ocurrido al israelita pactar con un Dios trascendente.

La alianza puede sintetizarse en estas palabras: «Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo» (Ex 6,7). A partir de esta especial relación, el pueblo pasa a ser santo, por la pertenencia a Yahveh: «Ahora, si oís mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad entre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra, pero vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa» (Ex19,5). Allí se llama “sacerdotes” a todos los miembros del pueblo, para señalar que rendir culto a Dios, al único Dios, es la gran misión del pueblo; por otra parte, “santo” designa su cercanía por ser ahora propiedad de Dios. La gratuita elección divina

es el signo más evidente de su amor, y esto se convierte en la convicción más importante de la conciencia religiosa de Israel, que se descubre como un pueblo diferente entre los demás pueblos.

Esa nueva relación se expresa en la fundamental obligación de no adorar otros dioses: «No tendrás otro Dios más que a mí» (Ex 20,3). La entrega que Dios le pide a su pueblo a cambio de protección y la promesa de una tierra propia exigen una sumisión plena, interior, libre y de amor, compromiso que se expresa de esta manera: «Oye Israel, Yahveh es nuestro Dios, Yahveh es único. Amarás a Yahveh, tu Dios, con todo tu corazón, con todo tu poder» (Dt 6,4). A cambio, el pueblo recibe protección y ayuda; en primer lugar, la tierra de Canaán, una tierra rica en bienes que serán el signo del amor de Yahveh. Sin embargo, el mayor de los dones será habitar en medio de su pueblo, de modo que el tabernáculo se convierta en el lugar sagrado que, además, consagre a todo el pueblo.

La historia de todas maneras no es tan armoniosa, porque el pueblo termina siendo infiel a la Alianza y adora a un becerro de oro como símbolo de la divinidad. Esta situación le permite al pueblo conocer nuevos aspectos del Dios que sirve: su justicia y su misericordia.

1.2. El Dios de Israel

La primera nota que distingue al Dios de Israel es que la tierra entera le pertenece por ser el Creador. Él no pertenece a ella, sino que está por encima, es su Causa; pero la trasciende, su Ser supera totalmente los seres creados. Por lo tanto, no está ligado a las fuerzas de la naturaleza como algunos dioses; Yahveh es el más poderoso. Y no sólo poderoso, sino único; no soporta otro ser igual. Por este motivo, evita cualquier representación humana que lo equipare con los dioses que aparecen en la mitología pagana (que endiosaban a fuerzas naturales, almas de antepasados, entre otros). Esto lo manifiesta claramente cuando se llama a

sí mismo “El que es”, es decir, “Yahveh” (Ex 3,14), para dejar en claro que es el único, que siempre es y que es Causa de todo cuanto existe. Este nombre, *Yahveh*, significa que Dios existe, que es real; y eso lo prueban todas sus manifestaciones: la Creación, las intervenciones milagrosas, etc. Nadie es semejante a Él y ésta es la causa de la paz del pueblo.

Ese Dios único es “el Dios de los padres”, el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob. De esta manera, se evita caer en la multiplicación de dioses y se establece la tradición como vínculo de Revelación. Aunque se usen distintos nombres, siempre se refieren al mismo Ser. Él se hace construir un altar propio distinto de los templos dedicados al resto de los dioses. El lugar de privilegio son las montañas, espacio elegido por Dios para las teofanías, ya que la altura física da una imagen de cercanía a Dios.

En la Biblia, Dios aparece como:

- un ser excelso y todopoderoso, que no está sometido a nadie y es absolutamente libre. Él gobierna con omnipotencia y sabiduría toda la Creación. Es un Dios que, por ser infinito, está en todas partes y no en un lugar determinado, porque no cabe en la tierra, sino que es más grande (cf. 1 Rey 8,27);
- un ser eterno que no está sometido a ningún tipo de cambio, por ser este una propiedad de los seres imperfectos;
- cercano a los hombres por su amor, por su compasión: «Yahveh, Dios clemente y misericordioso, tardo a la ira, rico en misericordia y fiel; que mantiene su gracia por mil generaciones, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, pero no los deja impunes» (Ex 34,6);

- fiel a la alianza, a pesar del pecado del pueblo, cumple su promesa.

- no sólo misericordioso, sino justo; porque su misericordia no impide el juicio sobre el pecado de idolatría, causando la *ira*, es decir, el celo por hacer justicia. En efecto, el castigo, como expresión de esa justicia es un signo de la misericordia divina.

Respecto de la noción de salvación, el pueblo de Dios debe lograr que, al final de los tiempos, ésta llegue a todos los hombres. Cuando Yahveh reine sobre toda la tierra, sobre judíos y gentiles (Sal 22), la felicidad y paz consistirán en el conocimiento de Dios, la pureza de culto y de vida. Para cumplir con esta misión, Dios enviará un Mesías (Is 9-11) para establecer una nueva y definitiva alianza con los hombres (Is 42).

Esta idea de reino, con el tiempo y a partir de la experiencia del destierro, adquiere características escatológicas, es decir, se convierte en un objetivo que trasciende las realizaciones históricas. De esta perspectiva, en la otra vida, habrá una justa retribución de los justos, pues cada uno recibirá premio o castigo según fueron sus obras. Y por lo tanto, la resurrección de los muertos será la posibilidad de una definitiva felicidad que consistirá en la más perfecta unión con Dios, un estado de paz perfecta y definitiva.

1.3. El credo

La religión de Israel se basa enteramente en la alianza entre Yahveh y su pueblo, la cual se expresa en la *Torah* (Pentateuco). Ésta es la columna de la religión del pueblo. En el libro del Éxodo y del Levítico, tienen la clara expresión del sacerdocio, del culto y de las fiestas importantes.

Los antiguos sacrificios son sustituidos por las celebraciones litúrgicas en la sinagoga y los rabinos

(sacerdotes) son los que recogen estructuran y comentan toda la literatura que surge en torno a estas celebraciones culturales, los comentarios a la Escritura y las tradiciones¹⁴⁹.

La Torah tiene una larga y complicada serie de preceptos: 613 en total. Sin embargo y a pesar de los comentarios a la Escritura, la formulación dogmática de la fe es muy sintética. Los Trece Artículos de Maimónides en su comentario a la Misná sintetizan así la profesión de la fe judaica:

1. existencia de Dios;
2. unidad de Dios;
3. espiritualidad e incorporeidad de Dios;
4. eternidad de Dios;
5. obligación de adorar solamente a Dios;
6. revelación por los profetas;
7. preeminencia de Moisés entre los profetas;
8. suprema jerarquía de la Torah;
9. identidad de la Torah con las leyes divinas promulgadas en el Sinaí;
10. omnisciencia de Dios;
11. retribución divina como castigo o premio por los actos humanos;

¹⁴⁹ MAESO, G., "Judaísmo, estudio general", en *Gran Enciclopedia Rialp*, Madrid, Rialp, 1991, Tomo XIII, pp. 613ss.

12. certeza de la venida del Mesías;

13. resurrección de los muertos.

La vida en el más allá se espera como la retribución a la justicia practicada aquí en la tierra, aunque los designios divinos son difíciles de comprender para el hombre.

1.4. La liturgia hebrea

La liturgia tiene un significativo espacio en la religión como expresión de su fe monoteísta. Con el cumplimiento de estos preceptos religiosos, el judío abre el alma a Yahveh y facilita su ascensión y perfección.

El lugar de la celebración es la sinagoga, aunque existen varias ceremonias familiares. En la sinagoga, se guarda el Arca Sagrada que contiene el rollo manuscrito del Pentateuco (Torah).

Las celebraciones culturales comunitarias tienen un director que coordina el canto de los salmos y los himnos; aunque el rezo común resalta el aspecto comunitario y la solidaridad con todo el pueblo de Israel, también existe el culto individual y familiar.

Además, hay un libro de oraciones que refleja todo el amor y fidelidad de Israel hacia las Sagradas Escrituras. En él, se ordenan las oraciones diarias que tienen tres momentos principales: la de la mañana por Abraham, la de la tarde por Isaac y la de la noche por Jacob. En ellas, se recitan salmos, cánticos, se lee el Pentateuco, se realizan bendiciones y súplicas, entre otras cosas.

Hay también una liturgia del hogar que, a veces, abarca todos los aspectos de la vida, porque para el judío que practica, todo es religioso, teniendo una forma ritual de levantarse, vestirse, saludar, comer, salir, reaccionar, etc. Para cada situación, está prevista una plegaria de alabanza o

súplica. Todo esto está pensado para que el hombre viva en la presencia permanente de Dios.

Las principales celebraciones son:

- la circuncisión,
- la ceremonia que lo convierte en hijo del precepto,
- el matrimonio,
- la purificación de las manos y la bendición de la mesa,
- el ritual para los enfermos y difuntos¹⁵⁰.

2. El Islam

Es una de las religiones más importantes de la actualidad (unos 800 millones en todo el mundo). Es un conjunto de creyentes monoteístas intransigentes; se reúnen en una comunidad que adoctrina y fortalece a los fieles y en la que cada uno de ellos se siente solidario y hermano, a pesar de la variedad de razas y lenguas¹⁵¹.

Islam, en su sentido etimológico, significa creencia, obediencia, religión, fe, sumisión y resignación a la voluntad de Dios, por lo tanto, también paz. *Musulmán* significa el que

¹⁵⁰ GARZON SEFARTY, B., "Judaísmo, liturgia hebrea" en *Gran Enciclopedia Rialp*, op cit. Tomo XIII, pp. 615-618.

¹⁵¹ Cf. BORRMANS, M., "Islam" en POUPARD, P., *Diccionario de Religiones comparadas*, Barcelona, Herder, 1987, pp. 870-874.

se resigna enteramente a la voluntad de Dios, y por ello, disfruta de paz perfecta.

Esta religión fue fundada por Mahoma en el siglo VII, en la Meca (Medina). Su origen se encuentra en las creencias de la Arabia preislámica, del judaísmo y del cristianismo.

En la Arabia preislámica, se creía en una pluralidad de espíritus protectores; se adoraba, por ejemplo, a las piedras. Y es allí donde se origina la idea del culto a la piedra negra sagrada del santuario de la Caaba (La Meca). También las tribus y las familias tenían ídolos que eran adorados en los panteones.

Pero además, la región tenía una notable influencia de diferentes culturas, a partir del intercambio comercial; se destaca así la influencia de judíos y cristianos venidos de Siria.

Mahoma nace el 20 de abril del 571 d. C. Es de familia aristocrática y, en su juventud, tiene contacto con monjes cristianos.

A los veinticinco años, se casa con una viuda rica, con la cual tiene varios hijos. De ellos, sólo sobrevive su hija Fátima de quien surgirán los legítimos descendientes.

Pero a los cuarenta años experimenta una crisis espiritual y recibe la revelación del Corán a través del ángel Gabriel. Desde entonces comienza a predicar, pero es rechazado por la clase alta a causa de su mensaje de justicia social.

Más tarde, se establece en Medina, forma prosélitos y gobierna la ciudad. A través de guerras, logra difundir y dominar la región. Muere a los sesenta y un años. Su doctrina se recoge en el *Corán* y en la *Sunna* o *Tradición*, y se expande rápidamente por la simpleza de sus creencias.

El Islam considera a los cristianos y a los judíos como “gentes del Libro”, porque, según sus creencias, corrompieron y alteraron las verdades reveladas en sus libros sagrados. Por eso, Mahoma, el profeta de los árabes, con su doctrina revelada por Dios, viene para restablecer la *pura* fe monoteísta abrahámica, depurando el cristianismo y el judaísmo de las posteriores invenciones de *los hombres de religión*; y además, viene a traer la última y definitiva versión de la Ley de Dios para los hombres¹⁵².

No todos los árabes son musulmanes ni todos los musulmanes son árabes. Estos últimos constituyen sólo el 20 % del total de fieles musulmanes del mundo, pero sí tienen el privilegio de ser los fundadores y propagadores de la religión. Hay musulmanes también en Pakistán, la India, Bangladesh, Indonesia, Asia, Irán, Turquía y África.

Si bien los musulmanes tienen un proyecto de civilización, porque buscan construir una sociedad ideal, el Islam es, principalmente, un proyecto religioso. En efecto, se presenta siempre como religión y Estado, cultura y civilización. De hecho, desde la predicación de Mahoma en la Meca hasta hoy, ha generado sociedades sagradas y Estados gobernados con fidelidad al profeta y al Corán. Pero aquí hay diversidad de opiniones, puesto que algunos, los fundamentalistas, pretenden reeditar el modelo tradicional de la Meca; en cambio, los reformistas sugieren adaptaciones (adoptando valores occidentales de libertad, democracia y humanismo). Por eso, decimos que el Islam moderno se presenta como un derecho constitucional, como una doctrina social y como una ética económica, pero es, ante todo, un proyecto religioso y, en cuanto tal, se propone hacer de todo hombre “un testimonio de Dios”, su “lugarteniente en la tierra”.

¹⁵² Cf. BOSCH VILÁ, J., “Islamismo” en *Gran Enciclopedia Rialp*, op. cit., Tomo XIII, p. 123.

La religiosidad de los musulmanes es un hecho notable y se apoya en el orgullo y en la participación que sienten en el triunfo de los derechos de Dios (Allah) y de las leyes del Islam en la sociedad temporal, en nombre del deber comunitario de ordenar el bien y prohibir el mal¹⁵³.

2.1. Los fundamentos del Islam

La salvación para el Islam consiste en la respuesta personal a la palabra divina del Corán con el testimonio de sumisión confiada que se traduce en un credo simple, un culto exigente, una conducta conforme a la ley y una experiencia religiosa profunda.

El profeta enseñó que el Islam está constituido sobre cinco fundamentos:

1. la profesión de fe,
2. la azalá,
3. el azaque,
4. el ayuno en el mes de Ramadán y
5. la peregrinación.

Estos fundamentos son las acciones que deben cumplir los creyentes para salvarse:

1. *La profesión de fe*: se resume en dos frases: “Yo doy fe de que no hay ningún Dios, sino Allah” y “Yo doy fe de que Mahoma es el enviado de Allah”. Éste es el pilar más importante del Islam. El

¹⁵³ Cf. BORRMANS, M., “Islam”... op. cit., p. 872.

Corán dice así: «Oh fieles, creed en Dios, en su Enviado, en el libro que Allah envió a su profeta Mahoma, y en las Escrituras que envió antes. Pues el que no creyere en Dios, en sus ángeles, en sus libros, en sus profetas y en el juicio final se halla en error lejano de la verdad» (Cor. 4,135); y también: «la creencia en la unidad de Dios os es recomendada» (Cor 2,2).

2. *La azalá*: es el rezo en coro acompañado de gestos y constituye la oración principal; tienen la obligación de rezar cinco veces al día orientados hacia la Meca. Los viernes, día de la oración principal, se agrega la prédica, aunque no tienen sacerdotes, sino sólo algunos que dirigen la oración.

3. *El azaque*: es el pago obligatorio de un tributo o limosna para sostener la religión y el régimen político. Se paga también en especies con productos de campo, por ejemplo. Además, se recomienda la caridad con los demás como forma de la piedad.

4. *El ayuno*: la abstención de alimentos en el mes del Ramadán (mes en que fue revelado el Corán), desde el amanecer hasta la puesta del sol, es obligatoria. El ayuno no es sólo de comida, sino también de bebida, tabaco y sexo.

5. *La peregrinación*: la visita a la Meca responde al interés por poner al Islam en relación con lo árabe. La obligación consiste en visitarla al menos una vez en la vida. El centro es la Caba, la piedra sagrada negra, cuya fundación se atribuye a Adán.

2.2. El Dios del Islam

Allah es grande, es excelso, conoce lo oculto y está sentado en el trono. Él gobierna todo el mundo que creó y, por

eso, se concluye de esta manera: «el que busca la verdadera grandeza la encuentra en Dios, fuente de donde manan todas las perfecciones» (Cor. 35,11)¹⁵⁴.

Allah ayuda al creyente a obedecer y a ser creyente, pero también él hace incrédulos a los que no tienen fe. Lo justo y lo injusto ocurren según su voluntad. En el día del juicio, los justos lo verán cara a cara.

Allah posee veinte cualidades que se subdividen:

- en esenciales (existencia),
 - individuales (carencia de principio, eterna duración, diversidad de lo creado, existencia por sí mismo),
 - propias (fuerza, voluntad, sabiduría, vida, oído, vista) y
 - cualidades accidentales (ser poderoso, sabio, viviente, oyente, vidente).

Pero también hay cualidades que Allah no puede tener.

Otro punto a tener en cuenta es que no puede haber una ley de la naturaleza, porque esto sería algo que estaría fuera del poder divino¹⁵⁵.

¹⁵⁴ Cf. CID, C. Y RIU, M., *Historia de las religiones*, Barcelona, Sopena, 1965, pp. 479ss.

¹⁵⁵ Cf. GOTTSCALK, H. L., "El Islam" en KONIG, F., (dir), *Cristo y las religiones de la tierra*, Madrid, BAC, 1961, pp. 21-30.

2.3. Los dogmas fundamentales del Islam

La *unicidad de Dios* es el dogma fundamental de la fe musulmana y se resalta mucho para establecer una infinita e inalcanzable distancia con las creaturas. Por eso, no se afirma que Dios tenga hijos, ni siquiera en sentido figurativo. Los teólogos no identifican a la Persona Divina con los atributos, los cuales se predicán de Dios pero en un sentido absolutamente distinto del cristiano.

Para describir al ser divino, se usan noventa y nueve nombres bellos; algunos de los cuales son: el Primero, el último, el que empezó la Creación, el Eterno, el que subsiste en sí mismo, el Exaltado, la Verdad, el Generoso, el que lo oye todo, el Omnisciente, el Todopoderoso, el Justísimo, la Luz, el que perdona a todos. Los musulmanes se sienten siempre protegidos y perdonados por este Dios único.

El segundo dogma es la creencia en *los mensajeros de Dios*. Creer en Dios implica creer en sus mensajeros, mediadores entre Dios y los hombres. El más importante es Mahoma, el Enviado; es el más perfecto, el amado y elegido por Dios.

El número de los profetas es ilimitado; los más conocidos son: Adán, Noé, Abraham, Israel, Jacob, Moisés, Aarón, David, Salomón, Jonás, Juan Bautista. También Jesús es considerado un profeta, aunque ocupa un lugar eminente; pero no es el Hijo de Dios, sino que vino para anunciar a Mahoma: «para confirmar la doctrina del Pentateuco (...) para anunciar al profeta que vendrá después de mí, cuyo nombre será Ahmad (Mahoma)» (Cor. 61,6).

El tercer dogma es la fe en los *libros sagrados*. La fe en el Corán supone también la fe en la Tora y en los Evangelios, porque aquél es la confirmación de los mensajes de éstos. De este modo, la misión de Mahoma consistió en reformar, renovar y confirmar los mensajes divinos anteriores.

La existencia de los ángeles es el cuarto dogma. Ellos son los portadores de los mensajes divinos para los enviados. En el Corán, tienen diversas funciones, pero siempre están vinculadas con la misión de ser mensajeros; así menciona a Gabriel y Mikael.

La resurrección es el quinto dogma. Después del Día del Juicio, viene la recompensa en el paraíso o el castigo en el infierno, según lo que cada uno haya hecho en su vida.

2.4. Algunas notas de la sociedad islámica

Respecto del derecho, no hay igualdad de consideraciones para el hombre y la mujer.

La mujer está excluida de cargos públicos y su testimonio vale la mitad que el de un hombre; en la herencia, ella recibe la mitad.

El matrimonio se celebra por contrato, con pago de dote, y es polígamo.

Por otra parte, se prohíbe la usura, en relación a todo tipo de intereses.

No hay distinción entre Estado y comunidad musulmana, sino que es todo una sola cosa. Sólo hay diferencias entre los extremistas y los moderados.

Todos ellos están bajo la guía del califa.

La guerra santa es una obligación para los musulmanes. Y tiene dos características particulares: sus mártires van al paraíso y el objetivo es ganar un territorio para el Islam.

3. Las Religiones de la India

3.1. El Hinduismo

Es la religión de la India que cuenta con mayor número de fieles. Consiste en un conjunto de ideas religiosas que se formó en los inicios de la era cristiana, después de la separación del Budismo y Jainismo. No se trata de una religión en sentido propio, sino más bien de un conjunto de religiones, hábitos y costumbres de los hindúes, cuyo punto en común es su pertenencia al ambiente hindú, esto es, a la cuenca del Indo, a la India del Ganges y a la India Dravídica¹⁵⁶.

Es difícil definir la creencia del hinduismo por la cantidad de elementos religiosos antiguos y de otras religiones venidas de afuera que se amalgaman constituyéndolo. Se trata, además, de un fenómeno religioso que se adapta constantemente a nuevas formas y sociedades, como sucede, por ejemplo, en Occidente.

Para comprenderlo hay que tener presente tiene los siguientes grandes períodos de conformación:

1. *Período Védico* (del 2000 a. C. hasta el 600 a. C). Los arios que se establecen en la cuenca del Ganges elaboran una literatura en sánscrito que denominan “Veda” o saber que sintetiza los conocimientos litúrgicos y teológicos, que tienen las siguientes características:

- un politeísmo de hecho,
- la importancia del sacrificio,

¹⁵⁶ Cf. DELAHOUTRE, M., “Hinduismo” en POUPARD, P., *Diccionario de las religiones*, op. cit.

- la aparición de intuiciones filosóficas y
- una primera mención a una divinidad personal.

2. *Período de reacción* (del 600 a. C. hasta el 300 d. C.). Consiste en una reacción contra el ritualismo de los brahmanes y su misticismo intelectual por parte de dos hombres: Buddha y Mahavira. Ellos son los fundadores del budismo y del jainismo. Surge aquí la adoración a un dios llamado *Rudra*, asimilado a Siva y Visnú, Vasudeba Krisna y Rama. Se produce, en este período, una racionalización y sistematización de la religión como pensamiento filosófico.

3. *Período Clásico* (300-1200). En este período, se continúa con la práctica del culto védico y se constituyen las tradiciones escritas y orales que reflejan la moralidad, el culto y la liturgia. Surgen las *puranas* o relatos antiguos, que son mezcla de mitologías de dioses con especulaciones cosmológicas y teológicas. Se elaboran también los sistemas o *tarsana*, es decir, prescripciones, intuiciones, reglas de lógica, escala de valores, prácticas ascéticas y devocionales con las que el hombre llega a la liberación total. En esta época, se fabrican imágenes divinas de gran belleza. Surgen textos de la energía divina oculta en el hombre, los *tantra*.

4. *Período musulmán* (1200-1757). La invasión musulmana frena al hinduismo y tiene gran influencia en él, especialmente en la poesía religiosa mística, a la cual infunde algo de su monoteísmo.

5. *Período moderno* (1757-1947). En los ámbitos intelectuales hindúes, se producen movimientos de reforma. En esta época, aparecen Rabindranath Tagore y Gandhi (lucha política por la independencia, 1947). Desde entonces, la India independiente, organizada en castas, conserva vivas las tradiciones hindúes; algunas de ellas se han adaptado para incorporarse al mundo occidental (como por ejemplo, la

meditación trascendental), dando lugar, en algunos casos, al surgimiento de sectas como la Hare Krisna.

3.1.1. Creencias

Una de las principales creencias que domina a la India de todos los tiempos es la *trasmigración de las almas* o *metempsicosis*, según la cual, cuando el hombre muere, su espíritu se vuelve a reencarnar en otro hombre, en un animal o en otro ser. Si la vida que el hombre llevaba era justa, regresa a la existencia en una forma superior; si no observó toda la rectitud necesaria, se reencarna en otro hombre de clase, condición económica o casta inferior; por último, si fue un gran pecador, puede volver a este mundo bajo la nueva envoltura de un animal inmundado.

Esta creencia es uno de los dramas del pensamiento indio, porque presenta una suerte de encadenamiento fatal de existencias sin descanso, sin que aparezca la muerte como un remedio supremo y definitivo. En este universo, Dios se identifica con todas las cosas y se confunde con ellas (panteísmo), apareciendo a la vez como origen y destrucción de todo.

Los dioses del hinduismo son los derivados de la religión védica y son innumerables; así por ejemplo, encontramos a: Varuna (dios del agua), Indra (señor del cielo), Brahma (verbo creador), Visnú, Krisna, Rama. Brahma, Visnú y Siva son un mismo dios con una misma naturaleza, bajo tres apariencias.

El hinduismo también tiene muchos dioses de aspecto animal o semianimal; por ejemplo, Hanumán (mono divino) o

Ganesa (cuerpo de hombre y cabeza de elefante); hay también demonios y seres angélicos¹⁵⁷.

El culto hinduista es una práctica individual. Los sacerdotes sólo tienen la misión de honrar a la divinidad con sus cantos por la mañana y de cuidar el templo. El sacrificio será sustituido por ofrendas de frutos, flores, cantos y oraciones.

La moral se basa en los siguientes principios:

- el universo ha existido siempre, es eterno;
- dios es el universo impersonal y aparece, de vez en cuando, en el mundo mediante la reencarnación;
- el alma es lo inmutable y lo espiritual de los seres,
- los seres son reflejos de un alma única, el alma del mundo;
- el hombre está mezclado con el mal, que es físico y espiritual;
- el pecado es ignorancia, porque se comete por desconocimiento, y es causa de las reencarnaciones, así como el origen del dolor y de la muerte;
- para alcanzar la verdad, es decir, la salvación, hay que renunciar a todo; lo que se busca es llegar al estado de no deseo, de amor y rectitud, que a su vez, facilitan la unión con el alma universal y con el Uno

¹⁵⁷ Cf. CID, C. Y RIU, M., *Historia de las Religiones*, op.cit., pp. 126-131.

absoluto, única felicidad posible y eterna, libre de reencarnaciones.

La religiosidad se expresa también en peregrinaciones y baños sagrados (en el Ganges).

La vida eterna no existe como estado definitivo para el hinduismo, por las reencarnaciones (drama). Hay un cielo y un infierno, donde las almas son premiadas o torturadas, pero son lugares de paso. Aún hoy se mantiene el culto a los muertos, sobre todo, en el caso de hombres extraordinarios, a los que se considera como dioses.

3.2. Budismo

El budismo es una religión histórica fundada por el Buda Sakyamuni (Buda), cuyo nombre era Siddhartha Gautama, como un desprendimiento del hinduismo en la cuenca del Ganges, hacia el 525 a. C.

Es Buda quien tiene una experiencia mística de descubrimiento de la esencia de la vida tomando conciencia de su carácter doloroso y decide abandonar a su familia y dedicarse a una vida errante de predicación. Ese *despertar* a la realidad esencial le permite alcanzar, mediante la extinción de las pasiones, la paz y liberación del dolor.

A partir de esa experiencia, pronuncia su sermón sobre las Cuatro Verdades Nobles y funda una comunidad monástica. Muere a edad avanzada y se convierte, luego, en un personaje mítico. El buda actual sería una reencarnación de este personaje histórico¹⁵⁸.

¹⁵⁸ Cf. MASSEIN, P., "Buddha" en POUPARD, P., (dir), *Diccionario de las religiones*, op.cit.

Luego de la muerte de Buda y con el apoyo del emperador Asoka (siglo III a. C.), el budismo se abre a todo el universo, enviando misioneros a todas partes. Desde el siglo I d. C., desarrolla más su doctrina, distinguiendo entre la verdad superior y la verdad relativa, pero termina mezclándose con supersticiones y fetichismos que lo llevan a una decadencia en la época del tantrismo (siglo VI).

El brahmanismo asume algunas ideas budistas y las difunde desde el siglo VIII al XII, momento en el cual la invasión musulmana lo derrota en la India. La historia continúa luego fuera de sus límites, en Ceilán, Birmania, Laos y Camboya.

En China, se introduce en el siglo I d. C. con la teoría del Pequeño Vehículo, pero los misioneros se encuentran con dos grandes dificultades: el taoísmo y el amor por la vida de los chinos, así como el natural rechazo por asumirla sólo como dolor y sacrificio. El resultado es la adaptación que dio origen a un nuevo budismo: el chino, que contiene elementos del taoísmo, transformando la meditación trascendental en un fin en sí mismo.

Más tarde, el budismo atraviesa un período de florecimiento espiritual y doctrinal, durante el cual se asocia demasiado al Estado, ocasionándole una serie de persecuciones que terminan por expulsarlo hacia el 846.

El Tibet es otro de los países en los que alcanza un notable florecimiento; sin embargo, su gran enemigo, el Islam, logra expulsarlo de la mayor parte de los países de Asia, principalmente de los gobernados por regímenes comunistas.

En la actualidad, tiene mayor difusión en Occidente, donde los lamas tibetanos hacen de misioneros enseñando el Zen, el cual, en realidad, no puede denominarse religión porque no es más que un descubrimiento de la interioridad

humana que alcanza su pleno desarrollo en la comprensión inmediata del yo, sin dirigir al hombre hacia lo divino¹⁵⁹.

Resulta difícil exponer la doctrina del budismo, porque es el resultado de una mezcla de filosofía, superstición, ideas religiosas, mitos, enseñanzas de sectas y literatura, a veces, contradictoria, escrita en numerosos y complicados idiomas.

Sin embargo, podemos decir que Buda rechazó como impura toda religión anterior, desde la védica a la brahmánica. Él está por encima de los conceptos religiosos y no funda una religión, sino una norma de conducta para encontrar soluciones a los problemas de la existencia humana.

La salvación para el budismo consiste en zafar de una existencia que es dolorosa en este mundo, para lo cual enseña las cuatro *Nobles Verdades*¹⁶⁰:

1. *La verdad del dolor*: todo es dolor y sufrimiento: el nacimiento, la decadencia, la muerte, estar junto a quien se ama y estar separado, no poseer lo que se desea.

2. *El deseo como origen del dolor*: es decir, que el origen del sufrimiento se halla en el deseo de vivir; y es este deseo o *sed* lo que determina las reencarnaciones y a la vez busca constantemente nuevos goces. Se distinguen tres deseos: el de los placeres de los sentidos, el de perpetuarse y el de extinguirse (o autoaniquilación).

¹⁵⁹ Cf. *Idem*, p. 236.

¹⁶⁰ Cf. ELIADE, M., *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, Madrid, Cristiandad, 1978, T. II, pp. 101-103.

3. *La liberación del dolor*: el dolor termina si se destruyen las pasiones y se anulan los deseos, alcanzando el estado del *nirvana*.

4. *La revelación de los caminos que conducen a la cesación del dolor*: el “noble camino de los ocho senderos”: rectas creencia, decisión, palabra, acción, vida, afán, pensamiento y meditación¹⁶¹.

El budista necesita, además, de la verdad enseñada por el Maestro que resume en cinco mandamientos: no matar, no mentir, no robar, no apetecer mujer ajena y no tomar bebidas alcohólicas¹⁶².

Para el budismo, no hay adoración de seres divinos ni de fuerzas naturales, por lo tanto, acepta cualquier ética, religión o filosofía como ayudas para perseverar en el camino de salvación, aunque nada aporten por sí mismas.

Para esta religión, no sólo no hay Dios, sino que no hay seres; se habla de fenómenos y de sucesos que se desarrollan en el fuero interno del individuo. El ser como tal no existe, sólo existen estados sucesivos, un flujo incesante de fenómenos, afirmando la momentaneidad de todo.

Un mismo individuo está compuesto de la unión de cinco grupos de cosas temporales (agregados):

- la materia,

¹⁶¹ Cf. Roger Riviere, J., “Budismo” en Gran Enciclopedia Rialp, op. cit, p. 573.

¹⁶² Cf. Cid, C. y Riu, M., Historia de las Religiones, op.cit., pp. 131-149.

- las sensaciones,
- las percepciones,
- el conjunto psíquico del subconsciente y
- la conciencia.

Estos agregados no son permanentes y constituyen un flujo momentáneo que surge y cesa. Así el individuo es un conjunto de conjunto y representa una serie: entre dos estados sucesivos hay diferencia y solidaridad (relación de causa y efecto), y el modo de sustitución de los estados es por eliminación y asociación, pues todo es devenir; un devenir que sigue leyes, por ejemplo, la ley del karma¹⁶³.

¹⁶³ Cf. roger riviére, j., “Budismo”, op. cit., p. 574.

Capítulo 8

La búsqueda de la salvación y las sectas

1. ¿Qué es una secta?

La palabra viene de *secedere*, separarse; es decir que, cuando hablamos de sectas, está presente la idea de separación.

Las sectas son grupos religiosos, generalmente pequeños, llenos de entusiasmo, integrados por hombres y mujeres asociados voluntariamente que, tras una conversión, creen y detectan una supuesta verdad y una supuesta solución, excluyen radicalmente a los demás, se colocan contra las Iglesias y contra el mundo, y obedecen ciegamente a sus fundadores.

Son movimientos religiosos libres y voluntarios, con tendencia a la exclusividad, que surgen y crecen, fundamentalmente, en sectores populares, desarrollan fuertes vínculos comunitarios y carecen de un grupo de funcionarios altamente especializados.

Además, son grupos de *protesta* contra el orden social y las sociedades religiosas dominantes; responden a un perfil doctrinal dualista, apocalíptico y pre-milenarista y a una inspiración bíblica fundamentalista.

Últimamente, venimos asistiendo en muchos países a un verdadero *supermercado* de religiones, en el que cada cual puede elegir los elementos necesarios para construirse una religión propia a la medida, dejando de lado conceptos como Verdad, Iglesia, Patria, Cultura y todo lo que pueda exigir esfuerzo, como por ejemplo, la moral sexual, y argumentando que, en el fondo, todas las religiones son

iguales y que hay que atribuir sus divergencias a equívocos ya superados.

Resumiendo, podríamos tomar una definición del teólogo Dr. Walter Martín: “Una secta es un grupo de personas polarizadas alrededor de la interpretación particular que una persona hace de la Biblia, que incurre en grandes desviaciones con respecto a las doctrinas primordiales de la fe cristiana...”¹⁶⁴.

2. Diferencia entre Religión y Sectas

Creo oportuno definir los dos términos –*religión* y *secta*– antes de iniciar la lectura. *Religión*, de «re-ligare», quiere decir «ligarse o unirse con Dios». *Sectario* quiere decir «seguidor». Hay varias formas para distinguir una *religión* de una *secta*. La más sencilla y práctica es que la *religión* fue fundada por Dios y la *secta* fue fundada por un hombre en una fecha concreta.

Todos los sectarios siguen las ideas y forma de vida expuestas por ese hombre o mujer; y, en general, quien fundó la secta se convierte en el “*Dios de la secta*”, a quien se respeta y trata como si fuera “*Dios*”.

Las sectas que realizan actividades en América Latina podríamos clasificarlas en tres grandes grupos:

1. Las *Iglesias Evangélicas o Pentecostales*: nacidas a principios del siglo XX en Estados Unidos; hoy operan a través de las *transnacionales de la fe*,

¹⁶⁴ MARTÍN, W., (teólogo), *Doctorado en Religiones Comparadas*, California, Coast University, 1988, p. 11.

tales como World Vision International, Campus Crusade, Clug 700 y Cruzada de Luis Palau.

2. Las llamadas *Iglesias Paracristianas*: se caracterizan por incorporar, además de la Biblia, otros textos religiosos. Las más conocidas son: los Adventistas del séptimo Día, La iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, Los Niños de Dios y La iglesia de Unificación del reverendo Moon.

3. Los *Grupos Sectarios* que no tienen raíz cristiana: los Hare Krishna, la Misión de la Luz divina, Umbanda, Meditación Trascendental.

3. Características distintivas de las sectas

- *Autonomía*: rechazan a la sociedad, sus valores e instituciones. Todo es sustituido por la propia comunidad. Aquí se conservan puros, perfectos, salvados. Como vemos, las sectas tratan de conseguir su autonomía, pero no respetan la del otro. En esto, está presente la inestabilidad, la incertidumbre, la soledad. Ellos se creen poseedores absolutos de la verdad.

- *Salvacionismo*: sólo los miembros de la secta son *elegidos*, aceptados por Dios. El adepto es la luz. Y como estamos en los últimos tiempos, hay que prepararse para la salvación. Pero la interpretación de la salvación suele ser reducida por las revelaciones de los iniciadores de la comunidad.

- *Fraternidad y Culto Emocional*: se resaltan las vivencias personales y la experiencia religiosa; se trata de fomentar un clima de fraternidad entre los miembros. En el culto, se favorece todo lo que llega al sentimiento, como cantos apropiados y testimonios. Se crea una dependencia psicológica del líder y del grupo.

- *Militarismo Voluntario*: para ser miembro de una secta, es preciso una adhesión voluntaria y libre a sus valores y normas. La secta exige ser miembro *vivo, militante y activo*; está constituida por miembros voluntarios, aunque algunos, después de ciertas etapas, tienen exigencias de permanencia para conservar sus *secretos*. Ellos se consideran *santos*; los demás son mundanos, pecadores. Han de estar dispuestos al sacrificio y a seguir fuertes normas éticas.

- *Exclusivismo*: para ellos no es importante la formación, sino el carisma, la vivencia, la entrega al ideal del grupo. El carácter exclusivista del medio en que vive el individuo hace que abandone el estudio, amigos, incluso familia, dedicando todo su tiempo a la secta. No quieren contaminarse con el mundo al que califican como “lugar de tinieblas”.

- *Temor y Moralismo*: a menudo, sucede que los hombres actúan por temor más que por amor. Y en las sectas está muy presente la amenaza de la condenación, de que el fin está próximo. Los métodos para inculcar temor aparecen con facilidad en los escritos y palabras de los fieles sectarios.

- *Autoritarismo y Obediencia*: el grupo secta debe funcionar perfectamente. Para ello, nada mejor que una autoridad que mande con decisión. Ésta viene del maestro que ha tenido una *experiencia* peculiar o *revelación*. Por lo mismo, lo que viene del maestro o líder no se discute, sino que se acepta *obedeciendo ciegamente*. Así hay una entrega total a la secta, así como una especie de encierro o protección dentro de ella. Como recompensa consoladora, el grupo sectario le hace creer al fiel que él es de los *dignos* de pertenecer a la secta, es elegido, es salvado.

- *Perfeccionamiento Individualista*: las sectas se presentan ante el individuo prometiéndole la perfección. Ellos dicen ofrecerles una salvación inmediata y atrayente.

4. Diferentes tipos de sectas

- *Sectas religiosas*: son las más conocidas y las más numerosas. Están centradas en los dogmas religiosos. Algunas se basan en la Biblia, convenientemente modificada para sus intereses; otras, en religiones orientales, temas esotéricos; y los hay que siguen las invenciones de sus líderes. Proclaman que sólo se interesan por el espíritu, pero sus objetivos son el enriquecimiento personal y el acaparamiento material de propiedades.

- *Sectas políticas*: aparecen como agrupaciones marginales o extremistas, defendiendo doctrinas como la supremacía de la raza.

- *Sectas psicoterapéuticas o educacionales*: organizan talleres de trabajo y seminarios para desarrollar el “conocimiento interior” y la “concienciación”; organizan cursos sobre superación personal, prosperidad, cambio del estilo de vida, etc. Si la persona vive una experiencia que satisface sus expectativas, se le manipula para que se inscriba en cursos más avanzados y más caros.

- *Sectas comerciales*: son organizaciones mercantiles estructuradas como pirámides, que prometen enormes ganancias pero exprimen a sus víctimas, aplastan la autoestima de los explotados para que no protesten y los manipulan para que convencen a otras personas para unirse a la misma.

- *Sectas parapsicológicas y apocalípticas:* se basan en cursos de parapsicología, civilizaciones antiguas, espiritismo, brujería o elementos mágicos. Algunas de ellas también suelen proclamar el fin del mundo y la salvación mediante el contacto con supuestos seres extraterrestres, que vendrán a la tierra a salvar al líder y a sus seguidores.

Es importante resaltar, antes de continuar, que las sectas no son iglesias. Muchos de los nuevos movimientos religiosos se hacen llamar "iglesia". Así, nos encontramos con la *Iglesia de Cristo Científica* (Ciencia Cristiana), con la *Iglesia de la Unificación* (Moon), con la *Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días* (Mormones). Sin embargo, ningún grupo que sea secta puede ser considerado iglesia.

La Iglesia está formada por cristianos. Ella ha sido instituida por Cristo y ya quedó dicho que las sectas no siguen verdaderamente a Jesús.

La palabra *Iglesia* viene del griego *Ekklesia*, que significa «asamblea». La Iglesia es la convocatoria dirigida por Dios a los hombres en Cristo con el deseo de construir su Reino. San Pablo dice que es "la Plenitud del Cuerpo de Cristo" (Ef 1,23). Sólo hay una convocatoria y sólo debería haber una única Iglesia universal. Pero, por las divisiones históricas, existen varias iglesias, denominaciones o confesiones. Por eso, la palabra *Iglesia* también se aplica a diferentes Iglesias.

Las sectas piensan que la Iglesia ha traicionado a Cristo y se ha comprometido con el mundo. Destaca la importancia del carisma sobre la función, de la espontaneidad sobre la organización, del profeta sobre el sacerdote, de la inspiración sobre la doctrina.

5. Las principales sectas

5.1. Los Pentecostales

Son los que más han crecido en estos últimos años, en toda América Latina. Más del 63% de todos los protestantes de América Latina son pentecostales. Hay muchas razones por las que nuestro pueblo se siente a gusto con ellos: la alegría, los cantos, la curación y la fraternidad.

Se caracterizan porque son cerrados, por su fanático proselitismo y por sus ataques contra la Iglesia Católica.

Los movimientos pentecostales hoy son numerosos y abarcan más de 30 millones de adherentes en América Latina. Al principio, rechazaron toda organización, pero pronto la necesidad los obligó a agruparse. De ellos nacieron las *Asambleas de Dios* que también están extendidas por toda América Latina.

El nombre *Pentecostal* ya indica la gran importancia que estos grupos dan al acontecimiento siempre actual de Pentecostés, el que se actualiza en el Bautismo llamado del Espíritu Santo.

El movimiento pentecostal nace como respuesta a un anhelo de renovación espiritual que estaba latente, tanto en la mente de los pastores como de los fieles de algunas iglesias tradicionales.

Los Pentecostales tienen en común con nosotros, los católicos, la fe en el misterio de la Santísima Trinidad y también creen en la divinidad de Cristo, el único Salvador. Pero no aceptan la Tradición; es decir, para ellos, la Biblia es la única fuente de revelación dejada por Dios al mundo. Su bautismo es por inmersión y el lavado de su cuerpo en el agua pura es un símbolo externo de purificación.

5.2. El Ejército de Salvación

Esta secta tiene una serie de elementos que lo asemejan a un ejército mundano: uniforme militar, grados militares, una fuerte disciplina; son realmente un ejército de paz en favor de los marginados. Su divisa es «Sangre y Fuego», es decir, Sangre de Cristo y fuego del Espíritu.

Nacieron en 1865, en Inglaterra, y su fundador es Guillermo Booth. Tienen multitud de obras sociales: maternidades, asilos, dispensarios, centros de drogadictos, centros de rehabilitación de alcohólicos, etc. Se les reprocha el no atacar la pobreza de raíz y no atacar las causas que la originan.

Su objetivo es extender el protestantismo, doctrina en la cual se inspiran. Predican la justificación por la sola fe y la sumisión a la Palabra del Señor; su conversión personal se demuestra con el testimonio misionero. Se reúnen en las calles con sus bandas *militares* y así atraen a la gente y ofrecen servicios religiosos de predicación de la Palabra y cantos.

5.3. Testigos de Jehová

Carlos Russell funda el grupo en 1872, al romper con la Iglesia Adventista. En un principio, se llamaron *La Torre de Vigía*, y posteriormente *Aurora del Milenio*, adoptando recién en 1931 el nombre de *Testigos de Jehová*.

La doctrina de los Testigos es apocalíptica; anunciaron el fin del mundo en 1914, 1925, 1976 y 1984. No creen en la divinidad de Jesús y rechazan la inmortalidad del alma. Desde su nacimiento, han tenido problemas en diversos países por negarse a aceptar los deberes cívicos y sociales, como así también por rechazar las transfusiones de sangre.

Se mantienen aislados de la sociedad y, para ello, poseen una extensa lista de prohibiciones para los adeptos.

Veamos algunas:

- no se debe cantar nada que ensalce la patria, la bandera o cualquier símbolo patrio;
- no se deben leer novelas, ni libros, ni diarios, ni escuchar radio o ver televisión;
- las mujeres no deben usar pantalones;
- no se puede participar de bodas, si no son Testigos;
- no se puede participar en loterías o juegos de azar;
- no se debe ayudar a los mendigos;
- no se puede brindar con una copa en alto,
etc¹⁶⁵.

5.4. Umbandismo

Clasificación: Afro-brasileño. La secta Umbanda es un culto sincretista que se forma sobre la base de religiones africanas, mezcladas con el catolicismo, los cultos indígenas,

¹⁶⁵ Para mayor información ver: SILLETA, A., *Las Sectas invaden la Argentina*, Ed. Puntosur.

el espiritismo y el ocultismo. Su origen se da en Brasil, donde millones de personas lo practican.

El primer templo umbanda que se registra en Argentina data de 1961, pero su auge se da en la década del ochenta.

La practica de este culto está a cargo del *pae* o la *mae*, quienes recurren a los dioses para expulsar la dolencia o el mal espiritual con los que los adeptos asisten a las sesiones. En la reunión, aparecerán los *pretos velhos*, que son los espíritus que perdonan las fallas humanas y curan a los enfermos.

En algunos casos, para enfrentar el mal, se recurre a *Exu* y se sacrifican animales comestibles: cabritos, gallinas, palomas¹⁶⁶.

5.5. Mormones

La Iglesia de los Santos de los Últimos Días, más conocidos como mormones, fue creada en 1823 por Joseph Smith, en Estados Unidos.

El líder cuenta que un día se le apareció un ángel llamado *Moroni* que le reveló la verdadera historia de Dios. El *libro del Mormón* resume su principal doctrina, la cual es bastante confusa.

Desde un principio, los mormones tuvieron problemas con la sociedad por aceptar la poligamia y considerar a la raza negra como inferior. Para evitar las persecuciones, se trasladaron a un desierto en la zona oeste de los Estados Unidos, lo que hoy se conoce como el *estado de Utah*.

¹⁶⁶ IDEM.

Durante los años setenta, se los acusó de trabajar para la CIA en todo el mundo y de haber participado en el derrocamiento de Salvador Allende en Chile y del general Torrijos en Panamá¹⁶⁷.

5.6. Niños de Dios

Los Niños de Dios nacen en 1969, en los Estados Unidos. Su fundador fue un pastor evangélico llamado David Berg. La doctrina del grupo se basa en la Biblia y la particular interpretación de su líder, también conocido como *Moisés David o Padre Mo*.

Odian al sistema, son apocalípticos y le dan una gran importancia al sexo, como un regalo de Dios.

En 1972, comenzaron a tener problemas con la Justicia norteamericana y, posteriormente, debieron pasar a la clandestinidad en la mayoría de los países occidentales por las denuncias de corrupción de menores y prostitución.

En la Argentina, fueron prohibidos en 1977, pero retomaron sus actividades con fuerza a partir de 1985, cambiándose el nombre por *La Familia*. Tuvieron problemas con la Justicia en 1989, 1992 y 1993. En este último caso, sus líderes fueron detenidos durante más de 100 días, por orden del juez federal Marquevich, pero la Cámara de San Martín, en fallo dividido, los liberó. La mayoría de sus miembros se han marchado del país, principalmente a Chile y a Brasil. Hacia fines de 1994, se los detectó en la provincia de Córdoba,

¹⁶⁷ IDEM.

intentando crear instituciones para jóvenes droga-dependientes¹⁶⁸.

5.7. Los Mennonitas

Los menonitas surgieron alrededor de 1525, en Zúrci, siempre implacablemente perseguidos. Parte de ellos emigraron a América, creando allí sus comunidades.

Son disidentes de los anabaptistas y sus miembros llevan una vida que raya casi en lo ascético. En contra de todo progreso material, básicamente pacifistas, primordialmente agrícolas, viven en núcleos muy cerrados, en casas construidas por ellos mismos, rechazando todo adelanto moderno y todo lujo.

5.8. Grupos Espiritistas

El origen de este movimiento se remonta al hogar de las hermanas Fox, quienes, en 1848, expresaron que se comunicaban con los espíritus de los muertos. Pero la gran figura que le dio trascendencia a esta corriente fue Allan Kardec, quien publicó importantes libros como *El libro de los Espíritus* y el *Evangelio según el Espiritismo*.

En la Argentina, fue la Escuela Científica Basilio, fundada en 1917, por Blanca Aubreton, la organización más importante en su tipo.

La doctrina expresa que la persona consta de tres elementos: el cuerpo material, el alma o ser inmaterial y un cordón que une a los dos y que puede verse en las secciones espiritistas a través de los *mediums*.

¹⁶⁸ PARA MAYOR INFORMACIÓN VER: Baamonde, J. M., *LA FAMILIA. LA VERDADERA HISTORIA DE LOS NIÑOS DE DIOS*. ED. PLANETA.

5.9. Grupos Gnósticos

Los gnósticos persiguen la liberación de la conciencia como el instrumento que nos permite investigar la realidad de los mundos superiores.

Este movimiento nació en el siglo II de nuestra era y produjo el primer enfrentamiento importante dentro de la doctrina cristiana. Los gnósticos señalaban que Jesús enseñó dos doctrinas: una para el mundo común y otra oculta para los discípulos. Fueron expulsados de la Iglesia luego de un encarnizado debate.

El gnosticismo contemporáneo nace en Colombia, cuando Samuel Aun Weor funda el *Movimiento Cristiano Gnóstico Universal*, en 1950. Este líder expresaba en uno de sus libros que: «La Iglesia gnóstica es la Iglesia invisible de Jesucristo. Para ver esta Iglesia hay que viajar en cuerpo astral y solamente nuestro movimiento puede enseñarle ese secreto».

El estudio dentro del gnosticismo dura aproximadamente cuatro años y, en ellos, se enseña filosofía, arte, religión y ciencia, todo desde una óptica esotérica.

5.10. Hare Krishna

El hindú *Abhay Charan De*, más conocido como *Bhaktivedanta Swami Prabhupada*, fundó la Sociedad Internacional para la Conciencia de Krishna, en 1965.

La Doctrina está basada en la filosofía advaita y en los preceptos del gurú. Su norma central se basa en cantar un mantra: «*hare krishna, hare krishna, krishna, krishna, hare, hare, hare rama, hare rama, rama, rama, hare, hare*», un mínimo de 1728 veces por día, y practicar los cuatro principios regulativos (no comer carne, pescado o

huevos; no practicar sexo ilícito; no tomar intoxicantes; y no practicar juegos de azar ni especulación mental, eso es no razonar).

Los adeptos viven en estructuras cerradas y deben obedecer ciegamente al gurú. Luego de la muerte de Prabhupada en 1978, la secta comenzó a declinar y se ha caracterizado por rupturas y escándalos producidos por sus nuevos líderes. Tanto en Estados Unidos como en Europa, han sido denunciados por sus técnicas de reforma de pensamiento y por tráfico de joyas y drogas.

En la Argentina, se han dividido en dos grupos, manteniéndose la actividad en Capital Federal, Rosario, Córdoba y Mendoza.

5.11. Iglesia del Reverendo Moon

La *Iglesia de Unificación* nació en 1954, en Corea. Su líder, Sun Myung Moon, se presenta como el Mesías, el continuador de Jesús.

La doctrina del grupo expresa que Dios se divide en dos partes: una exterior a Él (el universo), y otra interior e invisible (lo espiritual). El pecado llegó a causa de que “Eva tuvo relaciones sexuales con Lucifer y, luego, con Adán”.

Los adeptos deben aceptar a los *verdaderos padres*, el reverendo Moon y su esposa, y aceptar a Corea como el nuevo Israel, la tierra del Mesías.

En su afán para luchar contra Lucifer, encarnado en el comunismo, apoyaron las más sangrientas dictaduras de América Latina e invirtieron importantes sumas de dinero. Solamente en Uruguay son dueños de un banco de crédito, dos hoteles internacionales, un diario y una imprenta.

5.12. Sectas Platillistas

En los últimos años, un hecho nuevo ronda el mundo sectario. La aparición de decenas de grupos, algunos muy pequeños y otros claramente organizados, que a partir del fenómeno ufológico, se han estructurado como sectas. Estos grupos, en mayor o menor medida, señalan que Jesús es un extraterrestre que vive confortablemente en una nave espacial, orbitando la tierra.

Entre los grupos de mayor actividad, encontramos: la Fundación Cosmobiológico de Investigaciones (FICI) de Pedro Romaniuk; al grupo Alfa, de Francisco Checchi; la Fundación para el Encuentro Cósmico (FUPEC), que preside Dante Franch; el comando Ashtar; la Fraternidad Cósmica, que sigue al italiano Eugenio Siragusa; y Misión Rama, del peruano Sixto Paz Wells.

Los grupos platillistas en la Argentina han elegido varios *santuarios* para realizar sus peregrinaciones en busca de OVNIS y seres extraterrestres. Los principales se encuentran en el cerro Uritorco (provincia de Córdoba), la estancia La Aurora (Salto, Uruguay) y la ciudad de Victoria (provincia de Entre Ríos).

5.13. Siloísmo

Su fundador es el argentino Mario Rodríguez Cobo, más conocido por Silo. El grupo comienza a funcionar en los años sesenta y, a través de su historia, fue cambiando de nombre: *Poder Joven*, *La Comunidad*, *Partido Humanista*, *Partido Verde* y, desde 1988, como *El Movimiento*.

La base teórica del siloísmo consiste en practicar varias técnicas de autoliberación que llevan “a reconciliar el pasado, presente y futuro” de cada persona. El adepto deberá realizar *experiencias guiadas* con un instructor que consiste

en ejercicios de meditación que le permiten reconciliarse con el pasado.

Otra de las experiencias de meditación es encontrarse con el *guía interno*, que debe ser construido y encontrado por el propio adepto.

El *guía* ha de tener tres requisitos: *sabiduría*, *bondad* y *fuerza*; no es un ser *físico* y su presencia *sólo se siente*, y para ser invocado ha de ser llamado con *una gran fuerza emotiva*. El siloismo se ha expandido por varios países latinoamericanos y europeos. Silo vive actualmente en la provincia de Mendoza.

5.14. Sectas destructivas

Podríamos definir las sectas como un grupo que viola los derechos de sus miembros y que los perjudica por medio del empleo de técnicas de control mental antiéticas y abusivas. Una *secta destructiva* se distingue a sí misma por someter a sus miembros a persuasión u otras influencias perjudiciales, para retenerlos en el grupo.

Dado que en estas sectas el fin justifica a los medios, se consideran por encima de la ley. Mientras crean que lo que hacen está *bien* y es *justo*, a muchas no les importa mentir, robar, estafar o utilizar el control mental para conseguir sus propósitos, violando las libertades civiles y convirtiendo a personas de buena fe en esclavos.

La estructura de las sectas es básicamente piramidal, con el líder en lo más alto de la pirámide y con los adeptos en la parte inferior. Tienen una estructura autoritaria, donde la figura del líder es indiscutible y sus decisiones inapelables. Son totalitarias y tienen un carácter fanático y extremista en sus ideologías.

En la mayoría de los casos, hay una persona, típicamente el fundador, en la cima de la estructura de la secta, que es en quien se centra la toma de decisiones. Los líderes de sectas son personas autodesignadas y persuasivas que afirman tener una misión especial en la vida o poseer un conocimiento especial; suelen ser decididos, dominantes, carismáticos y centran la veneración en sí mismos

El sistema ético de las sectas es inexistente para los miembros más relevantes, alentando a los nuevos adeptos a ser abiertos y honestos dentro del grupo y a confesar todas las faltas que cometan para, una vez en conocimiento de ellas, aprovecharse de esta información engañándolos y manipulándolos.

Éstos, a su vez, se sienten obligados a engañar a otras personas no miembros de la secta, para reclutarlos como nuevos adeptos o recaudar fondos.

Conclusión

Todos los hombres sabemos por la experiencia de la vida que nuestros deseos de felicidad no llegan a saciarse de manera plena en este mundo. Y por esta razón, apetecemos un estado de vida superior, con la esperanza de alcanzar lo que el deseo mismo promete.

Ese estado de plenitud tiene su fundamento en la misma naturaleza humana que busca poner en acto todas sus potencialidades. Ahora bien, el alma ansía poseer cosas que no se pueden lograr en esta vida terrenal, como el conocimiento de la Verdad y el amor al Bien. El hombre, siendo imagen de Dios, está hecho para Él y su corazón sólo descansará en la presencia divina.

El hombre no puede contentarse con menos, no puede satisfacer todos sus deseos con una meditación trascendental que lo ayude a liberarse de las pasiones humanas. No puede lograr un estado de perfección humana, por más veces que se intente retornar a este mundo; simplemente porque este mundo no está en condiciones de brindar todo lo que el ser humano necesita. El fin de la existencia humana no está en el mundo, sino fuera de él.

Por este motivo es que no cualquier propuesta de salvación llega a satisfacer verdaderamente al hombre; no todo lo que se presenta como experiencia religiosa conduce a Dios; no cualquiera puede ser un válido mediador entre Dios y los hombres.

Sólo Cristo, imagen visible del Padre invisible, puede ser el Camino para llegar a Dios, porque en Él se encuentra lo humano y lo divino unido en una sola Persona. Ese hecho, el de la Encarnación del Hijo de Dios, es la respuesta definitiva de Dios a la búsqueda de salvación y felicidad de todos los hombres.

Ya no hay que imaginarse dioses para suplir las necesidades humanas; ya no hay que endiosar a la naturaleza para hallar las causas primeras y últimas de lo que pasa en el mundo; no es necesario, tampoco, expulsar lo divino tan lejos del hombre, de modo que llegue a convertirse en un ser distante e incomprensible, sólo para salvaguardar la propia identidad humana; ya no hay que construir una religión como mero despliegue de las potencialidades espirituales.

La religión, como espacio de encuentro de lo humano con lo divino, no debe ser construida *desde abajo* por el hombre como obra suya; sino que debe ser descubierta por el hombre como construcción divina en él.

De este modo, el primer movimiento del hombre hacia Dios supone uno anterior en el tiempo y en el ser: la acción divina. Dios tiene siempre la iniciativa y, por eso, se encarna,

se hace visible y habla un lenguaje comprensible para el hombre. No es necesario, pero Él lo quiere así.

Hay, sin embargo, un movimiento divino anterior a esa Revelación, que es la misma Creación del mundo. Es la primera vez que Dios sale fuera de Sí para generar seres, sin necesidad, sólo para desplegar su infinita Bondad. La iniciativa también aquí es enteramente de Dios, gratuita, innecesaria, sólo porque lo quiere así.

Y entre los seres creados, hace al hombre a imagen suya, edificándole una interioridad espiritual que desea permanentemente lo divino y lo eterno. Y por eso, cada vez que el ser humano intenta lograr esa plenitud que reclama su ser, pronuncia la palabra *salvación*. A esa palabra-deseo de todos los hombres, Dios responde con su Palabra: *Jesucristo*.

Bibliografía

- AA.VV., *Sectas Satánicas y fe cristiana*, Madrid, Palabra, 1998.
- AA.VV., *Gran Enciclopedia Rialp*, Madrid, Rialp, 1991.
- AA.VV., *Mysterium Salutis*, Madrid, Cristiandad, 1984.
- AMORTH, G., *Habla un exorcista*, Barcelona, Planeta, 1998.
- ANTÓN, A., *La Iglesia de Cristo*, Madrid, BAC, 1977.
- BOECIO, *De duabus naturis et una persona Christi*.
- BUENO DE LA FUENTE, E., *Eclesiología*, Madrid, BAC, 1998.
- CASTELLAN I., *Le Spiritisme*, P.U.F, France, 1965.
- *Catecismo de la Iglesia Católica*, CEA, Argentina, 2005.
- CERFAUX, L., *La Théologie de l'église suivant saint Paul*, París, Cerf, 1984.
- CHOZA, J., *Los otros humanismos*, Pamplona, Eunsa, 1998.

• CID, C. Y RIU, M., *Historia de las religiones*, Barcelona, Sopena, 1965.

• COLLANTES, J., *La Iglesia de la Palabra*, Madrid, BAC, 1972.

• CONCILIO VATICANO I, *Constitución Dogmática Pastor Aeternus sobre la Iglesia de Cristo*, Roma, 18 de julio de 1870.

• CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática Dei Verbum sobre la Divina Revelación (DV)*, Roma, 18 de noviembre de 1965.

• CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática Lumen Gentium sobre la Iglesia*, Roma, 21 de noviembre de 1964,

• CONCILIO VATICANO II, *Constitución Pastoral Gaudium et Spes sobre la Iglesia en el mundo actual*, Roma, 7 de diciembre de 1965, 22.

• CONCILIO VATICANO II, *Declaración Ad Gentes sobre la actividad misionera de la Iglesia*, Roma, 7 de diciembre de 1965.

• CONCILIO VATICANO II, *Declaración Nostra Aetate sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas*, Roma, 28 de octubre de 1965, 2.

• CONGAR, Y. *El Espíritu Santo*, Barcelona, Herder, 1991.

• CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Declaración Dominus Iesus sobre la unicidad y la*

universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia, Roma, 6 de agosto de 2000.

• CUELLAR, M., *La Naturaleza de la Iglesia según Santo Tomás*, Pamplona, Ed. Univ. de Navarra, 1979.

• DENZINGER, E. Y HÜNERMANN, P., *Magisterio de la Iglesia*, Barcelona, Herder, 2006.

• ELIADE, M., *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, Madrid, Cristiandad, 1980.

• FAYNEL, P., *La Iglesia*, Barcelona, Herder, 1982.

• FERRERES, P., SJ., *La muerte real y la muerte aparente con relación a los sacramentos*, 5ª ed. Barcelona, 1930.

• FORMENT, E., *Personalismo Medieval*, Valencia, Edicep, 2002.

• GARCÍA EXTREMEÑO, C., *Eclesiología*, Madrid, Edibesa, 1999.

• GHERARDINI, B., *La chiesa, mistero et servizio*, Roma, Bib. Sc. Religiose, 1994.

• GUENON, R., *El Teosofismo*, Buenos Aires, Huemul, 1966.

• JOURNET, CH., *Théologie de l'église*, París, Desclée, 1987.

• JUAN PABLO II, *Encíclica Redemptoris missio sobre la permanente validez del mandato misionero*, Roma, 7 de diciembre de 1990.

- KESSLER, H., *Manual de Teología Dogmática*, Barcelona, Herder, 1996.
- KLOPPENBURG, B., *Espiritismo. Orientaciones para los católicos*, San Pablo, Loyola, 1986.
- KONIG, F. (dir.), *Cristo y las religiones de la tierra*, Madrid, BAC, 1961.
- LAURENTIN, R., *El Demonio ¿Símbolo o realidad?*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1998.
- MARITAIN, J., *Oeuvres Complètes*, París, Fribourg Suisse, 1989.
- ELIADE, M., *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, Madrid, Cristiandad, 1978.
- MONDÍN, G. B., *La chiesa prmizia del regno*, Bologna, Dehoneane, 1989.
- NICOLÁS, J. H., *Synthése Dogmatique*, París, Univ. Fribourg, 1993.
- PABLO VI, *Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi acerca de la Evangelización en el mundo contemporáneo*, Roma, 8 de diciembre de 1975, 16.
- PÍO XII, *Encíclica Mystici Corporis Christi sobre el Cuerpo Místico de Cristo*, Roma, 29 de junio de 1943.
- PIOLANTI, A., *Dio unomo*, Ciudad del Vaticano, Librería Editrice Vaticana, 1995.

- POUPARD, P. (dir.), *Diccionario de Religiones comparadas*, Barcelona, Herder, 1987.
- POZO, C., *La Venida del Señor en la Gloria*, Valencia, EDICEP, 1993.
- POZO, C., *Teología del más allá*, Madrid, BAC, 1992.
- ROYO MARÍN, A., OP, *El misterio del más allá*, 5ª ed., Sevilla, Apostolado Mariano, 1957.
- ROYO MARÍN, A., OP, *Jesucristo y la vida cristiana*, Madrid, BAC, 1961.
- SAN AGUSTÍN, *Confesiones*.
- SAN AGUSTÍN, *Sobre la naturaleza y la gracia*.
- SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Compendio de Teología*.
- SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sent*.
- SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, Madrid, BAC, 1998.
- SAYÉS, J. A., *La Iglesia de Cristo*, Madrid, Palabra, 1999.
- SCHNACKENBURG, R., *The Church in the New Testament*, London, Burns-Oates, 1981.
- SCHÖNBORN, CH., OP, *De la muerte a la vida*, Valencia, Edicep, 2000.

- SUÁREZ, *De Angelis*.
- YEPES STORK, R., *Fundamentos de Antropología*, Navarra, Eunsa, 1996.

Ofrecemos a nuestros alumnos de la Universidad FASTA una síntesis de los temas que enseñamos en la cátedra de Teología. Por eso, tiene todos los límites propios de una síntesis de temas distintos y complejos, y conviene tener presente la perspectiva desde la cual abordamos los temas.

Pretendemos hablar de la plenitud del hombre, de aquello que realmente puede satisfacer las ansias de realización que todo ser humano tiene. Por eso, nos abocamos a la realización espiritual, pues el hombre está hecho de tal manera que no puede ser feliz de cualquier forma, sino poniendo en acto sus potencialidades tanto sensitivas como espirituales.

La naturaleza espiritual del hombre hace que no pueda llenarse con cualquier cosa, sino que busque naturalmente una Verdad que pueda saciar su inteligencia y un Bien que colme la capacidad de amar de su voluntad.

